

An aerial photograph showing a massive crowd of people surrounding a line of police vans. The vans are arranged in a single file down a street, with police officers standing around them. The crowd is dense and extends far beyond the street. The image is framed by a red border.

NOIR et ROUGE

**AUTOGESTIÓN
ESTADO Y
REVOLUCIÓN**

En marzo de 1956 aparece en París el primer número de la revista *Noir et Rouge. Cahiers d'Études* editado por el *Group Anarchist de Action Révolutionnaire* (Gaara), surgido de la escisión de la *Federación Anarquista* (FA) en diciembre de 1953, y después de la *Federación Comunista Libertaria* (FCL) en enero 1956. Los responsables “legales” de la revista fueron Christian Lagant y Pascale Claris. a partir de diciembre de 1967.

Saldrán 46 números hasta junio de 1970. Más tarde la revista llevará otros dos subtítulos: “*Cahiers d'Études Anarchist Communist*” y “*Cahiers d'Études Anarchist*”. Fueran redactores Y. F. Antochko, Octavio Alberoloa, Evert Arvidsson, Giovanni Baldelli, Guy Bourgeois, Daniel Cohn-Bendit, Monique Blanco, Delouvrier, Jean-Pierre Duteuil, Daniel Guerin, Jivko Kolev, M. Korn, Ivo Kristov, Christian Lagant, Gaston Leval, Claude Martin, Frank Mintz, Théo Mitev, José Peirats, Jean-Pierre Poli, J. Presly, Paul Rolland, Sabadell, Schumack, Paul Talet, PC Vidal, Walter, Georges Yvetot y Paul Zorkine, entre muchos otros.

Aunque del primer número solo se editaron en mimeógrafo 50 ejemplares el número creció hasta los 3.500 en imprenta del último. También editaron folletos de temática diversa, pero sobre todo en relación con la Revolución española de 1936. Esta revista tendrá mucha influencia entre los jóvenes de Mayo del 68. En 1968 el “*Groupe Noir et Rouge*” publicó este volumen titulado “*Autogestión, Estado y Revolución*”.

AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 100

NOIR et ROUGE

AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

NOIR et ROUGE

ÍNDICE

- INTRODUCCIÓN
- LOS CONSEJOS EN RUSIA DE 1917 A 1921
- LA OCUPACIÓN DE FÁBRICAS EN ITALIA EN 1920
- LA COLECTIVIZACIÓN EN ESPAÑA DE 1936 A 1939
- LA AUTOGESTIÓN EN YUGOSLAVIA
- LA AUTOGESTIÓN EN ARGELIA
- ALGUNAS CONCLUSIONES

INTRODUCCIÓN

Cuando en mayo de 1968 Séguy, amo de la CGT (*Confédération General du Travail*), declaraba: “*La autogestión es una fórmula hueca*” (el slogan será retomado por los burócratas), es evidente que había sido obligado a tomar posición sobre una cuestión de la cual habría preferido no hablar. Y se ve obligado simplemente porque la autogestión está, por así decir, en el aire.

Al iniciar el combate¹, los estudiantes revolucionarios unieron la acción directa (barricadas y ocupación de las facultades) a la reivindicación de una toma de posesión directa de su trabajo (de las ocupaciones se pasa a la demanda de autogestión en las facultades por parte de los que trabajan en ellas). Con esta actitud retomaban las tácticas y la consigna que habían tenido los trabajadores no hacía muchos años y que habían sido olvidadas por muchos.

Pero el movimiento de democracia directa se extendió también a los trabajadores; aunque en este caso fue menos claro, para la acción directa es bastante: “*El poder está en la calle... "Abajo el Estado policial*” eran frases que gritaban sólo los estudiantes (Pompidou respondía: “*No incumbe a la calle dictar la conducta del Estado*”). La ocupación de fábricas se realizó desde el principio contra la voluntad del aparato sindical y en muchos casos fue organizada por intermedio de un comité unitario de fábrica (que reagrupaba a sindicalizados y “desorganizados”).

Esto es bastante general, pero existen hechos aislados tan importantes que convierten a la huelga en un arma activa y no pasiva: en la imprenta los linotipistas suprimen algunos títulos de *L'Aurore* y sabotean la compaginación; los rotativistas se niegan a imprimir *La Nation*, diario de la UNR: en la SNECMA (aviación) la caja de la fábrica continúa funcionando bajo la responsabilidad del comité; el comité mismo proporciona a los huelguistas, a cambio de cheques, el dinero en efectivo tomado de la caja del establecimiento; los agricultores de Marmande, antes de malvender sus patatas, haciéndose cargo de los gastos, las envían a la estación Saint Lazare de París, para que sean distribuidas gratuitamente entre todos los huelguistas que se presenten.

De esta manera, los alcances y la duración de la huelga, que desorganiza la economía capitalista en la que todos viven, conduce a algunos trabajadores a organizarse, por solidaridad, sobre principios diferentes. En tanto lo hacen, comienza el ataque contra la prensa tal como ella existe, o sea, controlada por la clase dirigente; a la organización de fábricas, manejadas a su vez por miembros de la clase dirigente; al método de distribución de los productos alimenticios, alterado en provecho de la clase dirigente.

¹ Se refiere a los acontecimientos de mayo-junio de 1968 en Francia conocidos como “*el mayo francés*”.

Este fenómeno por el cual se pasa de la simple ocupación de una fábrica a una organización de la vida económica, partiendo de las bases, constituye la Autogestión.

Los trabajadores demuestran así que son capaces de reemplazar el sistema capitalista que, por otra parte, sólo ellos pueden hacer funcionar.

Por cierto que éstos no son más que hechos aislados, pero en muchos establecimientos la discusión respecto del lugar de trabajo pertenece ya a la autogestión. Un folleto que se refería a los seguros tuvo un éxito enorme tanto entre los muy mal pagados como en las categorías de obreros bastante especializados; en él se expresaba que los trabajadores de la fábrica al igual que los estudiantes, habían decidido administrarla ellos mismos por medio de un consejo y sobre la base de igual salario para todos.

Una golondrina no hace verano, aunque algunas ya lo anuncian. Pero los trabajadores todavía no se sienten, a pesar de constituir una minoría fuerte, a pesar de tener junto a sí a los militantes revolucionarios, capaces de tomar en sus manos la economía y reorganizarla desde sus bases administrando las fábricas por medio de consejos, designando representantes revocables ante los comités regionales, nacionales, internacionales, a fin de planificar la producción y distribución en función de los intereses de todos y no del beneficio más o menos interesante que puede lograr tal o cual capitalista en uno u otro sector.

Este sentimiento de impotencia es normal. No obstante ya se ha debilitado y desaparecerá a medida que se revele la incapacidad de la clase dirigente para encarar la crisis económica en la que entran todos los países industrializados.

Si hasta el momento, y por lo menos en Francia, el movimiento de rebelión ha tenido ese carácter de democracia directa, es precisamente porque existe cada vez más acentuadamente una desconfianza hacia todo lo que constituye el aparato del Estado. Incluso los que votan por ella sienten que la oposición parlamentaria de izquierda no cambiará las cosas cambiando la forma de gobierno. ¿Por qué?

Antes de la huelga un espectro obsesionaba a Europa (también a EE. UU. y a la URSS), la desocupación: en abril de 1968, en Francia, sobre 15 millones de asalariados se calculaba oficialmente en 460.000 el número de los que había perdido su empleo y no encontraban otro. Más aún: los economistas gubernamentales confesaban que había que añadir a estas cifras a todos los jóvenes que no encontraban trabajo al salir del servicio militar, a las mujeres que tampoco hallaban empleo y a los trabajadores extranjeros que, o bien eran remitidos a sus lugares de origen o pululaban en número indeterminado en las villas miserias. Rehusaban dar las cifras. Ante esta situación los economistas burgueses se inquietan. Los desocupados son demasiados y se prevé que su número continuará aumentando regularmente en los años siguientes, y todo esto sin que se

pueda detener el fenómeno por el medio empleado hasta ese momento, o sea por el aumento de la producción (con aumento artificial del consumo). En efecto, actualmente, con la franca introducción de la automatización, la producción aumenta con una cantidad cada vez menor de trabajadores. Evidentemente la automatización crea empleos, pero en menor número que los que suprime.

La solución del problema parece clara: puesto que con una hora de trabajo, por ejemplo, se fabrica mucho más rápidamente el mismo objeto, pueden mantenerse los tiempos de trabajo empleando menos personas, o bien emplear más gente, reduciendo considerablemente las horas de trabajo.

Pero esta solución choca, a mitad de camino, con una serie de dificultades concretas: la automatización se introduce en función de los beneficios y no de las necesidades (problema planteado con respecto a las industrias de guerra); la “mano de obra” debería ser más cualificada (se hace necesario entonces invertir más en la educación, incluso en una educación generalizada y permanente, o en cualquier tipo de educación aunque no tenga nada que ver con la educación actual que sólo sirve para lograr diplomas). De cualquier modo existirán distorsiones (se habla de “reconversiones”); sería preciso ayudar a los “reconvertidos”.

Es imprescindible por lo tanto, un gigantesco esfuerzo de planificación, llevado a cabo teniendo en cuenta las necesidades de todos y no para conseguir un poco más de beneficio y poder a este o a aquel clan financiero. En consecuencia, economías asentadas sobre la supresión de sectores improductivos (guerra, publicidad).

Mas, ¿por qué una clase dirigente realizaría semejante esfuerzo? La guerra, militar o económica, constituye siempre la palabra de orden para ella y su razón de ser (competencia, selección...); ella juega con las disparidades económicas, ella vive en base a la desgracia de los demás. Mientras todo esto no implique la catástrofe económica completa, mientras existan policías para acallar las oposiciones, la clase dirigente continuará gobernando con usura: vive bien así, ¿por qué cambiar? Aun en el caso de que deseara el cambio no lo podría lograr más que auto-suprimiéndose como clase, renunciando a sus privilegios, sacrificándose por la prosperidad de los otros. A veces, ella llega hasta imaginar tal estado de cosas (¡los patrones cristianos!), pero no lo realiza jamás.

Las medidas que tomen sus miembros más capaces serán por lo tanto medidas de consevación: probablemente una relativa disminución en las horas laborales, una organización decente de la pobreza (Chirac, ministro de trabajo, dice: “Ser un desocupado no tiene nada de bochornoso”); se crearon todo un sector de empleos antediluvianos, o sea inútiles para la colectividad, y por último, a fin de que las píldoras pasen, la consolidación del aparato represivo (los proletarios podrán enrolarse en las fuerzas armadas junto a los policías, los pequeñoburgueses serán

contratados como sociólogos, o para relaciones públicas; dicho de otro modo, aceptar los engranajes).

Dicho todavía de otra forma: un tercio de medidas más o menos reales, un tercio de propaganda y otro tercio de garrote. Y como nosotros protestaremos cada vez más, las necesidades del garrote precederán a las otras, aunque el gobierno sea de izquierda, “democrático” y todo lo demás.

Pensamos que el avance de la crisis va a demostrar cada vez más la incapacidad de la clase dirigente, pues conducirá a los trabajadores a saber que “la emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”, o sea —a menos que se haga juego de palabras— que los trabajadores pueden decidir sobre sus vidas en todo momento, cosa que, por otra parte, debe constituir la base de cualquier discusión. Apoyándose en este principio, los trabajadores deberán tomar el control de las fábricas por medio de la instauración de consejos, comités (la denominación importa poco). Sobre esto se podrá construir el edificio social. Pero paralelamente a este movimiento de los trabajadores, el Estado y la clase dirigente no tardarán en poner en marcha la represión (no se descarta el estallido de una guerra mundial para “salvarse de eso”).

Estamos, por lo tanto, en un certamen de velocidad, a veces brusco, muy lento otras, pero inexorable. Las pérdidas de tiempo no se recuperarán fácilmente. La clase dirigente tratará de utilizar cualquier retraso para su propaganda, para satisfacciones superficiales, para instituciones tramposas. Si es necesario llegará inclusive a ofrecernos una revolución de teatro, o bien brindarnos una autogestión de pacotilla, una cogestión (uno tiene el derecho de llorar con el patrón si la fábrica no marcha, puede dar su parecer sobre el color del papel en los w.c., es dueño de organizar su trabajo para producir en base a mayor sumisión). Evidentemente existirán quienes se conformarán con eso.

Ahora bien, la autogestión ya existió, ya se esforzó por vivir. Resulta útil saber cómo ha combatido, y también cómo ha sido falseada, sabotada y vencida. De esta manera, la autogestión no será ya para muchos la “palabra hueca” que algunos querrían, sino una experiencia que puede retomarse y que constituye un arma para vivir.

Queremos exponer brevemente, mostrando en qué caracteres resultan diferentes y qué lecciones podemos obtener de ellos, algunos ejemplos de autogestión que suministra la historia de los trabajadores. No se trata de dar una receta sino de suministrar ejemplos de organizaciones de trabajadores. Consideramos, en efecto, que cada momento histórico tiene sus particularidades y en consecuencia sus soluciones específicas, por lo que se hace necesario conocer el movimiento obrero internacional y las diferentes tácticas que ha adoptado. Nada de dictadura de comité central; todos deben pensar en forma revolucionaria.

LOS CONSEJOS EN RUSIA DE 1917 A 1921

El número 4 de los *Cahiers de l'Autogestión* (diciembre de 1967) presenta una serie de estudios muy interesantes respecto de los problemas de la autogestión en el momento de la revolución rusa de 1917. Hacemos referencia a “*Los comités de fábrica en Rusia en la época de la Revolución (1917-18)*”, por Anna Pankratova, que es el trabajo de una historiadora contemporánea del movimiento y miembro del Partido Bolchevique; se trata de un estudio tendencioso pero que aporta informaciones muy valiosas. Siguen de inmediato dos estudios de intelectuales “modernos”, “*Lenin y el control obrero*”, por D. L. Limon, y “*La gestión obrera y las posiciones de Lenin*”, por Y. Sartan; ambos contienen numerosos textos bolcheviques (no solamente de Lenin) muy útiles.

Al lado de esto, el aporte de la reflexión de los dos autores y en la mayoría de los casos una repetición torpe de las posiciones tradicionales más reaccionarias sobre autogestión; digo torpe porque esas posiciones son utilizadas en su totalidad sin preocuparse de examinar si no son contradictorias. Por último, “*Los Soviets, ¿qué soviets? La teoría marxista de Otto Bauer y la práctica de Lenin*”, por Yvon Bourdet, que expone la tesis muy discutible, aunque claramente expuesta aquí, según la cual los consejos no eran viables a largo tiempo a causa de las condiciones objetivas en Rusia y en todo el mundo. Retomamos aquí algunos puntos de estos tres últimos estudios, aunque evidentemente nuestra crítica, demasiado breve, no dispensa de leerlos.

Pankratova muestra netamente la oposición que desde el principio hubo en el partido, entre una tendencia “realista”, mayoritaria, y otra que ella califica de anarquista pero que parece haber sobrepasado bastante ampliamente el número muy restringido de los militantes anarquistas rusos (número todavía muy limitado si se considera que algunos “anarquistas” se desinteresaban de esa clase de cuestiones). La tendencia realista (la de Lenin... y de no pocos profesionales) está muy bien ilustrada por este decreto que ella inventó para “organizar” al movimiento:

“Artículo 7 –El derecho a dar órdenes en la gestión de la empresa, su marcha y funcionamiento, vuelve a su exclusivo propietario. La comisión de control (obrero) no participa en la gestión de la empresa y no tiene ninguna responsabilidad sobre su marcha o funcionamiento. Esta responsabilidad continúa perteneciendo al propietario... Artículo 9 –La comisión de control puede, por intermedio del órgano superior de control obrero, plantear la cuestión del embargo (eventual) de bienes de la empresa o de otras medidas coercitivas hacia ella, pero no tiene el derecho de adueñarse de la empresa ni de dirigirla.” El artículo 14 estipulaba que “la comisión debía satisfacer las peticiones superiores”. (Citado por Limón, p. 92.)²

² Salvo indicación expresa, todas las citas que se hacen en este trabajo tienen como fuente la serie de artículos aparecidos en la revista *Cahiers de l'Autogestión* mencionada al comienzo.

La otra posición era igualmente clara; helá aquí tal como la describe Pankratova (p. 53) :

“El control de la producción y las comisiones de control no deben ser solo verificadores, sino que deben construir células del porvenir que, desde el presente, proponen la transmisión de la producción a manos de los obreros.”

Esto es lo que propusieron los anarquistas en su resolución en la sesión del primer *Congreso Panruso de los comités de fábrica*, el 20 de octubre de 1917.

“Esta tendencia se manifiesta en la práctica del control obrero desde los primeros días que siguieron a la revolución de octubre con más facilidad y éxito a medida que la resistencia de los capitalistas era más fuerte. Ahora bien, el proletariado se apoyaba en el poder obrero y valiéndose de los órganos revolucionarios logró dominar a los empresarios recalcitrantes. Desde el arbitraje obligatorio a la detención de los patrones y a la imposición de embargo (Pankratova quiere decir aquí “con autogestión de las empresas”), la clase obrera aceptaba utilizar todos los medios para quebrar la resistencia de los capitalistas”.

En el *Consejo Panruso de Control Obrero*, un vocero de los comités de fábricas (frente a los técnicos) declaraba:

“Los comités de fábrica estiman que el control debe ser asunto del comité de cada establecimiento. Esos comités se reunirán de inmediato en cada ciudad para formar el comité central por cada rama de industria y para llevar a cabo en seguida la coordinación de los organismos regionales”.

Y uno de ellos se atreve a decir, doce días después de la aparición del decreto dictado el 16 de noviembre por esos mismos técnicos:

“Entre nosotros, en los comités de fábrica, se elaboran instrucciones que llegan de abajo para luego abarcar todas las ramas de la industria; son las instrucciones del taller, de la vida, por consecuencia las únicas que pueden tener valor. Ellas demuestran de qué son capaces los comités de fábrica y, por eso mismo, deben dominar todo lo que concierne al control obrero”. (Citado por Limon, p. 74.)

En respuesta al decreto, los delegados de los comités redactaron y difundieron, a partir de estas instrucciones, un *“Manual práctico para la ejecución del control obrero”* respecto del cual Limon dice, desgraciadamente, que la principal característica era la de “confundir” *control* con *gestión*; pobres técnicos que veían a su sabio “control” abandonado por los delegados.³

³ (Ese *Manual* está verdaderamente muy bien hecho, ¡y se debería reeditarlo!; se transcriben párrafos acompañados de reflexiones malintencionadas de Limon, como por ejemplo: “cada vez que se intentaba eso, ocurría una catástrofe”, naturalmente sin aportar prueba ninguna. (Ver p. 82 a 86.)

Los argumentos en contra de esa concepción autogestionaria son invocados en su totalidad:

- 1) Eso constituye la desorganización, la anarquía. Ejemplo: “En lugar de una rápida normalización de toda la producción y la distribución, en lugar de medidas que habrían producido un acercamiento a la organización socialista de la sociedad, nos encontramos con una práctica que recuerda los sueños anarquistas de vulgares productores autónomos”. (Stépanov, bolchevique, citado por Pankratova, p. 53.)
- 2) Un paso hacia adelante ya es mucho, no hay que ir demasiado ligero. Ejemplo: “Los comunistas de izquierda... (que temen al *capitalismo de Estado*)... me dan risa. No han considerado que el *capitalismo de Estado* sería ya un paso adelante en relación con el estado actual de las cosas en nuestra república de los Soviets; si hace seis meses, por ejemplo, hubiésemos instaurado entre nosotros el capitalismo de Estado, habría constituido un gran éxito, y tendríamos la más segura garantía de que, dentro de un año, el socialismo estará definitivamente asentado en nuestro país”. (Mayo de 1918, “*Infantilismo de Izquierda*”, citado por Sartan, p. 135.) Seis meses... un año... cincuenta años después, ya no son los comunistas de izquierda los que dan risa.
- 3) Objeción un poco más seria: “Sí, nosotros realizamos una política burguesa, no podemos hacer una política revolucionaria si Alemania revolucionaria no se levanta para socorrernos” (ver citas de Sartan, p. 119). Pero una táctica burguesa en el interior bien pronto impone una táctica burguesa en el exterior. Mientras se pretextaba la inacción alemana, los diplomáticos soviéticos sostenían a los reformistas alemanes y saboteaban a los espartaquistas.⁴
- 4) El argumento: al querer ir más lejos, ustedes dividen al país y “objetivamente” abren la puerta a la contrarrevolución. Ejemplo: “En nombre de la IIIª revolución, los anarquistas de Cronstadt (la Oposición Obrera debía sumarse al Partido y condenar la insurrección) manifestaban que la revolución rusa no podía, únicamente con sus fuerzas, realizar los fines socialistas que, no obstante, había puesto a la orden del día: detrás de Cronstadt —y ciertamente los insurrectos no deseaban eso— se perfilaba la contrarrevolución”. (De Sartan mismo, p. 123.) En el folleto de Ida Mett⁵, se encontrarán elementos para darse cuenta de que esta calumnia es vieja y sin fundamento, de que los anarquistas eran poco numerosos en Cronstadt y de que los comunistas “de la base” de Cronstadt se batieron hasta el fin contra las tropas de Trotsky (La vieja Ida Mett será joven hasta su muerte, el joven

⁴ J Proudhommeaux, “*La Commune de Berlín*”, Ed. Spartacus.

⁵ Ida Mett, “*La Commune de Cronstadt*”, Ed. Spartacus, 1948

Sartan es un pequeño anciano universitario que repite la lección). Fue el proletariado el que luchó en Cronstadt, y no una minoría por su propia cuenta.

- 5) Lenin habría manifestado a los obreros: “¿Quieren que la fábrica sea confiscada (a los patrones)? Pues bien, *inmediatamente vamos a firmar los decretos* (sic). Pero, ¿han tomado en sus manos la producción, han calculado lo que ustedes producen, conocen ustedes la relación entre dicha producción y el mercado ruso internacional?” (diálogo imaginado por Sartan, p. 120). Ante estas palabras los obreros habrían quedado todos idiotizados... La realidad fue muy distinta; porque el diálogo se efectuó mucho más agitadamente: una tarde de fines de 1917 en la ciudad de Petrogrado, tres obreros de la destilería de petróleo Nobel (aproximadamente 4.000 obreros), se presentaron en el local de la Unión Anarcosindicalista y refirieron lo siguiente:

La fábrica ha sido abandonada por los propietarios, y los obreros, después de múltiples reuniones y discusiones, han decidido llevarla adelante colectivamente. Han iniciado las gestiones y se han dirigido al Comisariado del Pueblo para pedir la ayuda indispensable. El Comisariado (órgano del Estado) les manifestó que no podía hacer nada por ellos en las actuales condiciones, ni procurarles combustibles, ni materias primas, ni fondos, ni medios de transporte y ni siquiera pedidos o clientela. Se les dijo igualmente que el 90 % de las fábricas se encontraban en la misma situación y que el gobierno tomaría a la brevedad posible medidas generales para volver a poner en marcha a esas fábricas. (Nótese que las necesidades de los obreros de *Nobel* eran las mismas que las de los trabajadores agelinos.)

Los obreros decidieron arreglárselas solos. El comité obrero de la fábrica fue entonces advertido por el Comisariato del Trabajo de que, siendo muy elevado el número de empresas que se encontraban en el mismo caso, el gobierno había decidido cerrarlas en su totalidad y dar licencia de tres meses a los obreros, con goce de salario. A esto siguieron las protestas de la asamblea general de los trabajadores del establecimiento. El gobierno, no tan fuerte como en esta época, propuso una nueva asamblea general en la que sus representantes explicarían el verdadero sentido de la medida tomada y la necesidad general de su aplicación.

Los tres obreros que habían acudido a la sede de la *Unión Anarcosindicalista* pedían que un orador fuese a esa asamblea para exponer el punto de vista anarquista; cosa curiosa, en el mitin, fue ese orador anarquista quien hizo las preguntas que Sartan pone en boca de Lenin:

¿Tienen ustedes los medios técnicos, conocen ustedes el mercado, son capaces de no transformarse en patrones?

Las respuestas dadas a estas preguntas demuestran que los obreros de Nobel ya habían encarado y previsto todos esos problemas.

El comisario del trabajo en persona, el bolchevique Chliapnikoff tomó la palabra:

“Ustedes, la clase obrera de este país, han querido que nosotros nos ocupemos de los intereses de ustedes. Desde ahora corresponde a nosotros conocerlos, comprenderlos y velar por ellos. Cae de su peso que nuestra tarea consiste en preocuparnos de los verdaderos intereses generales de la clase laboriosa y no de tal o cual pequeña fracción. Es lógico y natural que establezcamos planes para el conjunto del país, obrero y campesino... tomar o tolerar medidas en favor de una u otra colectividad sería... criminal ante la clase obrera entera. (Las condiciones actualmente son penosas, el gobierno transitoriamente impotente...) Los obreros tienen que arreglarse como todo el mundo en lugar de tratar de crear situaciones privilegiadas para este o aquel grupo de trabajadores. Una actitud de esta clase sería esencialmente burguesa... Si ciertos obreros, empujados por los anarquistas, esos pequeño-burgueses y desorganizadores por excelencia, no quieren comprenderlo, tanto peor para ellos. Nosotros no tenemos tiempo para perder con los elementos rezagados y los intrigantes.”

Discusión de los obreros sobre las declaraciones de Chliapnikoff:

“Su discurso ha sido hábil pero falso. Según nuestra opinión no se trata de crear una situación privilegiada. Semejante interpretación desnaturaliza nuestro verdadero pensamiento. El gobierno no tiene más remedio que permitir a los obreros y campesinos actuar libremente en todo el país... Un gobierno socialista debería recurrir a otros métodos para que se abra paso la verdad.”

Algunas semanas después, se cerraba la fábrica y los obreros eran licenciados.⁶

Efectivamente la crítica más dura que se le puede hacer a la línea bolchevique respecto del “control obrero” consiste en decir que era inefectiva, que encendía una vela a San Miguel y otra al diablo. Después de cuatro páginas para demostrar que las contradicciones de Lenin “no son las de un pequeño Maquiavelo” sino que “su trágica e inevitable antinomia” constituye “la grandeza de este revolucionario profesional”, Limon resume el problema:

“Este debía ser el fin del control obrero en cada empresa: hacer el aprendizaje de la gestión junto a técnicos burgueses, aunque ejerciendo sobre su actividad la más atenta y al mismo tiempo instructiva de las vigilancias.

⁶ Según Volin, “*La révolution inconnue*”, París, 1938, p. 255 y ss. (Hay edición en castellano, “*La revolución desconocida*”, Editorial América lee, Buenos Aires, 1954.)

“Pero los empresarios y técnicos rusos, en los primeros meses de la revolución de octubre, han preferido en su mayor parte esconderse bajo tierra antes de dejarse controlar, mientras que allí donde ellos lo hubieran aceptado, fueron los obreros mismos quienes, llevados por su afán revolucionario, se opusieron a atenerse a ese control.”

“De esta manera, el propio realismo racional de Lenin tropezaba con la ideología reaccionaria de unos y el ideal revolucionario de otros: dos realidades bien concretas que no carecían, por otra parte, cada una a su modo, de cierta racionalidad.”

Nos parece bastante extravagante decir que Lenin tropezó con ideologías. Si se lo censura de acuerdo con su etiqueta revolucionaria, debe afirmarse que tropezó con intereses de clase que eran inconciliables; la lucha de ellos constituía precisamente la revolución. Exigir por decreto que los patrones quedaran en su lugar y dirigieran por cuenta del Estado, procurándose el beneficio por su intermedio; exigir por otro lado que los obreros aceptaran que esa antigua clase dominante los tranquilizara, con el pretexto de que ella estaba controlada por un arbitro, el Estado; pretender mantenerse “entre la derecha y la izquierda”... pues ¿quién ha afirmado que “el pequeño burgués dice siempre: De un lado... del otro lado... ?” No podían existir medidas a medias en el asunto, y la línea de Lenin, desde un punto de vista revolucionario, fue un completo fracaso. ¿Por qué?

Aparentemente dos explicaciones vienen a converger:

La de Otto Bauer, socialista austríaco (1881-1938), que declaraba que en Rusia se estaba en presencia de una “revolución burguesa sin burgueses” pues “en ese país la república burguesa no podía ser fundada por la burguesía; no podía serlo más que por los obreros y campesinos que primeramente debían apoderarse del poder a fin de realizar la gran revolución agraria...”; una vez que ésta se hubiese llevado a cabo y estuviese asegurada, “la masa campesina pondría a flote a la burguesía, y por medio de ello restablecería la democracia burguesa”.

Y concluía:

“Desde entonces, yo consideré a la dominación transitoria del proletariado unido al campesinado como una faz de la evolución necesaria en la marcha de Rusia hacia la democracia burguesa.”
(Citado por Y. Bourdet, p. 148).

Pasemos por alto algunas contradicciones que pueden provenir del hecho de que sólo tenemos citas y no el texto mismo: así “sin burgueses” y “poner a flote a la burguesía” son expresiones con las cuales Otto Bauer quería sin duda indicar que la burguesía en Rusia era relativamente débil.

Su análisis es simple: los bolcheviques realizan una revolución burguesa porque no pueden hacer otra cosa: la revolución agraria (como la de Inglaterra en el siglo XVIII y la de Francia y Alemania en el siglo XIX) que

debía lanzar a millares de campesinos a las ciudades, donde ellos proporcionarían la mano de obra necesaria para la constitución de una gran y mayoritaria industria, esa revolución, no podía ser llevada a cabo por una verdadera Revolución, sino por un régimen burgués.

Este es un análisis que se funda, como todo análisis formal, en hechos sucedidos anteriormente; y esto es un peligro; a fuerza de ceñirse demasiado a los hechos, a lo que ha ocurrido antes, no se advierte que no conocemos todos esos hechos, de que no conocemos su “cantidad” y sus combinaciones, se justifica *lo que es*; se trata de una ilusión bien conocida en los historiadores: “Eso ha pasado así pues no podía pasar de otra manera”. Tanto más cuanto que Bauer era evidentemente un secuaz de Kautsky, reformista bien conocido, y que su posición conducía realmente y desde el punto de vista táctico, a justificar a un tiempo las posiciones de los bolcheviques en Rusia y las suyas en el resto de Europa.

Cuando se comienza a confundir el materialismo, que es una manera de pensar, de comprender que la voluntad, las voluntades individuales, de grupos y de clases, se ejercen en el cuadro de cierto número de probabilidades existentes, cuando se confunde esto con el determinismo, que es un sistema que pretende que todo lo que ha ocurrido no podía ocurrir sino de esa forma, uno está maduro para consolidar el orden social existente: el capitalismo.

Jacques *el fatalista*, un personaje de una novela de Diderot, no se fijaba si había obstáculos en su camino pues sabía que si las condiciones estaban reunidas para que se cayera, caería, y de lo contrario, no. Ya que Diderot se mofaba de esto en el siglo XVIII, parecería que el determinismo durará para siempre. Indudablemente esto se debe a que él constituye una caricatura cómoda del materialismo al fortalecer el orden establecido. Es un viejo truco de la burguesía el hacer creer que ella es inevitable.

Pero hablamos de dos explicaciones; he aquí la segunda:

Piotr Archinoff, ferroviario, ex bolchevique y anarquista ruso decía:

“No ha habido hasta ahora ninguna revolución que el pueblo trabajador (es decir los obreros de las ciudades y los campesinos pobres no explotadores) haya resuelto en función de sus propios intereses. Mientras que la fuerza principal de todas las grandes revoluciones han sido los trabajadores... por el contrario, los dirigentes, los ideólogos, los que han organizado las formas y los fines de la revolución no han sido ni obreros ni campesinos, sino un elemento lateral, extraño, un elemento intermedio e indeciso entre la clase dominante de la época agonizante y el proletariado de las ciudades y los campos.

“Este elemento ha nacido siempre sobre la superficie de descomposición del viejo Estado, del viejo sistema de gobierno. Por constituirse como clase y pretender apoderarse del gobierno, asume,

con relación al régimen político que agoniza, una posición revolucionaria y llega a ser con facilidad guía de los trabajadores sojuzgados, guía de los movimientos revolucionarios de la masa. Pero, mientras organiza la revolución y la conduce con la bandera de los intereses exclusivamente obreros y campesinos”⁷ (...) “este elemento persigue *en realidad* sus restringidos intereses de grupo y aspira a copar el movimiento revolucionario para consolidar su propia posición dirigente en el país.

“Al principio de la Revolución de Octubre, corresponde al ala derecha de la democracia pequeñoburguesa (mencheviques y socialistas revolucionarios) el intento de dominio. La diferencia entre ellos y los bolcheviques consiste solamente en el hecho de que los primeros no supieron organizar el poder y dominar a las masas con su autoridad.”

⁸.

Archinoff terminó de escribir este libro en Moscú, en abril de 1921. Murió en Rusia algunos años más tarde, después de un viaje a Francia, donde con otros, propuso un proyecto de Plataforma, discutible aunque interesante.

Todorov

⁷ Véase en las páginas precedentes los párrafos del discurso de Chliapnikoff

⁸ F. Archinoff, “*Histoire du mouvement maknoviste*”. (En castellano, “*Historia del movimiento majnovista*”, Editorial Argonauta, Buenos Aires, 1926.)

LA OCUPACIÓN DE FÁBRICAS EN ITALIA EN 1920

Veamos ante todo el panorama que presenta el país. El fin de la guerra encuentra empobrecida a la nación; la derecha intenta utilizar a los viejos combatientes para luchar contra la izquierda que, a su vez, preconiza las reivindicaciones revolucionarias y cuya consigna es: imitar a Rusia que se halla en camino de destruir al capitalismo.

Aproximadamente a partir de 1919, los sindicalistas, algunos marxistas (Gramsci) y los anarquistas, discuten y propagan la idea de los consejos de fábrica.

En marzo de 1920 muchas fábricas son ocupadas en Milán y Turín, los campesinos toman las tierras de los grandes propietarios del sur. Pero ni el Partido Socialista ni la organización sindical que está bajo su dominio y que agrupa a la mayor parte de los trabajadores, hacen nada; el movimiento, aislado, resulta derrotado; fábricas y tierras son devueltas por la policía a sus propietarios.

En agosto se multiplican las huelgas y los dueños de las fábricas se deciden a poner en práctica el *Lock-out*, a cerrarlas. Los obreros impiden espontáneamente el cumplimiento de esta medida ocupando las fábricas. Más de medio millón de trabajadores se encuentran en sus lugares de trabajo.

Un testigo describe así estos hechos:

“Los patrones y sus representantes fueron llevados hasta la puerta; algunos partieron espontáneamente, después de haber sido nombrado un consejo oficial de administración entre los obreros. Algunos técnicos hicieron causa común con los trabajadores y permanecieron en su lugar, pero muchos prefirieron irse con los patrones o fueron directamente expulsados en virtud de que sus funciones eran similares a las del patrón o a las del accionista.

“En cada fábrica se tomaron decisiones para poder continuar la producción sin la dirección patronal. Se constituyeron consejos de fábrica allí donde todavía no existían, los cuales asumieron la dirección técnica de los establecimientos. Los obreros más capacitados ocuparon el lugar de los empleados ausentes; se organizaron los equipos y el trabajo.

“Los obreros se armaron; transportaron a los talleres las reservas de armas y municiones de las fábricas de guerra que habían ocupado. Otras armas se compraron. Algunos talleres fabricaron incluso algunas de ellas. Al cabo de algunos días todas esas fábricas se habían transformado en otras tantas fortalezas, grandes o pequeñas. Mientras un equipo trabajaba, el otro vigilaba en las alambradas. Por la noche la vigilancia era todavía más estricta, reforzándose con los obreros que no trabajaban y los elementos revolucionarios.

“En las grandes ciudades existían igualmente organismos de relación entre las fábricas, aunque a decir verdad, resultaban insuficientes. Las relaciones entre fábricas de diferentes provincias eran aun más insuficientes a pesar de que la prensa y los delegados trataban de hacer las cosas lo mejor posible.

“Al mismo tiempo se intentó que continuaran normalmente los servicios de cambio y venta de productos como asimismo el suministro de materias primas. En algunos lugares lo lograron pero en pequeña escala, pese a la ayuda que prestaron los ferroviarios y los obreros del transporte. Salta a la vista que era ése el punto débil que impedía la propagación del movimiento y lo mantenía dentro de los límites de las industrias metalúrgicas”⁹.

Mientras los obreros se organizaban y preparaban una nueva sociedad, el Partido Socialista y su organización gremial la CGL (Confederación General del Lavoro) se reunían. El 10 de setiembre se descartaron la insurrección y la revolución como soluciones. El 15, el primer ministro anunciaba la creación de una comisión paritaria de estudios¹⁰ con el fin de preparar un proyecto de ley referente a

“la intervención de los obreros en el control técnico y financiero y en la administración de las empresas”¹¹.

Los anarquistas escribían:

“Trabajadores, no se ha presentado jamás hasta ahora una ocasión más favorable que ésta para tratar de obtener la liberación definitiva, y ni siquiera sabemos si volverá a presentarse: ¡no la dejéis pasar en vano! Hoy, la fuerza es vuestra y la impotencia del gobierno contra vuestra voluntad es evidente.

“Intentadlo otra vez, atreveos: ¡la victoria os acompañará!”

Sin embargo, los patrones y el estado mayor de los sindicatos llegaron a un acuerdo cuyas bases debían fijarse mediante voto secreto. La disciplina sindical era estricta, el resultado no dejaba lugar a dudas.

“Obreros, antes de abandonar los establecimientos reflexionad bien, salvad todo. Afuera espera la policía. No os rindáis con armas y bagajes. Los saboteadores de la revolución estarán demasiado contentos”¹².

El 23 y 24 tenía lugar la votación, el 25 los obreros salían y los patrones recuperaban sus fábricas. Dos años más tarde, Mussolini llegaba al poder, mientras la mayor parte de los miembros del estado mayor sindical se convertían en diputados fascistas.

⁹ Luigi Fabbri, extraído del periódico “*Umanità Nova*”, número especial de setiembre de 1954.

¹⁰ No imitamos a Pompidou; ver Leonetti, “*Movimientos obreros y socialistas en Italia*”, p. 140

¹¹ “*Umanità Nova*”, editorial del 8 de setiembre.

¹² “*Umanità Nova*”, 20 de setiembre.

A despecho de las deficiencias señaladas por el testigo (ausencia de verdadera relación y distribución), los consejos de fábrica habían demostrado dos cosas: a) el carácter revolucionario de las ocupaciones y la patraña que implicaba la cogestión; b) el carácter práctico de las ocupaciones: la producción y la distribución no se detuvieron.

LA POLÉMICA SOBRE LOS CONSEJOS

El movimiento de los consejos encontró su camino no obstante ser obstruido por dos fuerzas del orden: los grupos de la gran industria y las jerarquías sindicales. Tanto aquéllos como éstas tendían a la conservación de una estructura determinada de la sociedad italiana: los Olivetti, los Agnelli y los Pirelli, pretendían conservar sus monopolios, su prestigio y su hegemonía, dentro y fuera de las fábricas; los Colombino, los D'Aragona, los Baldesi, procuraban preservar el equilibrio instaurado, gracias a su mediación, en las relaciones de trabajo, y por otra parte, mantener en sus manos el derecho exclusivo de representar a los trabajadores junto a su enemigo de clase y al Estado.

El movimiento terminó con esta situación y golpeó más al corazón que al bolsillo de la organización capitalista, al quitar toda autoridad a las organizaciones sindicales y reemplazarlas por una forma de organización obrera más acorde con el movimiento revolucionario.

Veremos más adelante hasta qué punto fue violenta la resistencia de los empresarios piamonteses, aunque no menos áspero fue el resentimiento de los círculos confederados de los sindicatos, alarmados ante el debilitamiento de sus posiciones en el Piemonte.

En ocasión de la aparición de *Battaglie Sindicali*, órgano de la CGL (Confederación General del Trabajo), el movimiento de los consejos se vio sometido a violentos ataques y denunciado como evidencia de reaparición y erupción súbitas de “anarquismo”. En aquel entonces era un método bastante difundido en todo el campo social-reformista europeo el acusar de “anarquismo” a todo movimiento revolucionario, desde el *Spartacus* en Alemania hasta el Bolchevique en Rusia.

Incluso el grupo del *Ordine Nuovo*, y con él toda la sección turinesa del Partido Socialista, fue objeto de recios ataques en este sentido, no por la presencia en los consejos de anarquistas declarados, sino por su enérgica defensa del derecho de todo trabajador, organizado o no, a participar de los consejos. El *Ordine Nuovo* responde a esas críticas desenmascarando a los funcionarios sindicales que sólo procuran disponer de gente “que tiene una tarjeta”, de “carneros” y no de militantes obreros decididos a defender y sostener concretamente los derechos de su clase en las fábricas. Esta polémica existente en el propio seno del Partido Socialista se tornó más acerba hasta que el congreso de Livorno desvió la querrela sobre la cuestión formal planteada alrededor de la adhesión a la Internacional de Moscú.

Más rica, no obstante, fue la polémica en el interior del movimiento de los consejos; entre los grupos que, como el *Ordine Nuovo*, de Turín, y el *Soviet*, de Nápoles, se dirigían hacia la fundación del Partido Comunista Italiano, y los que se agrupaban alrededor de la USI (sindicalista revolucionaria) y de la UAI (Unión Anarquista Italiana), el debate resultó sabroso y fecundo.

Comencemos con el *Ordine Nuovo*.

En la primera época del periódico, que se extiende desde el 1º de mayo de 1919 hasta fines de 1920, pueden apreciarse dos períodos que corresponden respectivamente a dos influencias: primeramente la de Tasca, luego la de Gramsci.

Tasca, aunque feroz defensor de los consejos en un principio, poseía un espíritu confuso e impreciso, de modo que en un lapso relativamente breve cambió a menudo su posición (recordemos que pasó en seguida a la socialdemocracia con el nombre de Lerroux). Una polémica con el anarquista Garino lo condujo a escribir un artículo en el *Ordine Nuovo*, en el que sostenía la tesis según la cual el sindicato debía defender ante todo los intereses del obrero en su condición de asalariado (según Garino debía, en cambio, desarrollar una conciencia de productor en el obrero); pero lo que más se traslucía en dicho artículo era la idea de que el consejo debía ser incluido en los cuadros sindicales y permanecer subordinado a ellos.

En el número siguiente, Gramsci responde que el consejo de fábrica es el principio histórico del proceso que conduce a la fundación del estado obrero, y que debe ser autónomo. Se coloca así entre Garino y Tasca; este último levanta entonces su voz y proclama su fe en la dictadura del proletariado y su oposición a la democracia obrera; el consejo debe ser el instrumento del partido; juzga a Gramsci como “sindicalista” y “anarquista”!

Tasca se aleja inmediatamente del periódico y tiene lugar la etapa “Gramsci” del mismo.

Asimismo hay que poner el acento sobre las intervenciones de Bordhiga en el diario *Soviet*, de Nápoles, que planteó el problema del poder político, el cual se interpone y aniquila cualquier tentativa de construcción del socialismo por la base, como sucede con los consejos cuando éstos no son inmediata y gradualmente incorporados por el orden burgués.

La objeción era justa, pero Bordhiga, aprisionado por viejas fórmulas, no lograba resolver el problema del poder, si no en el sentido de su conquista, por lo menos en el de su destrucción; y esto porque no podía comprender la función inmediatamente positiva de los consejos en el curso de la destrucción del Estado, efectuada por el movimiento político de una clase.

LA CONTRIBUCIÓN DE LOS ANARQUISTAS

La contribución de los anarquistas en la elaboración de la teoría de los consejos puede reducirse a dos aportes principales:

- a) Es sólo en el curso de un período revolucionario y no por la colaboración de las clases, que los consejos de fábricas pueden tener una verdadera eficacia y constituirse en medios valiosos para la lucha de clases. En períodos contrarrevolucionarios los consejos terminan por ser constreñidos por la organización capitalista pues ésta no siempre se opone a la co-gestión moral de la parte obrera. Por tal causa, llevar adelante la idea de los consejos en un período contrarrevolucionario significa dañar seriamente la fórmula misma de los consejos de fábrica como voz de orden revolucionaria;
- b) Los consejos sólo resuelven a medias el problema del Estado: le quitan sus funciones sociales pero no lo eliminan; vacían al aparato estatal de su contenido sin destruirlo. Pero puesto que no se puede vencer al Estado por el solo hecho de ignorarlo, ya que a cada instante él puede hacer sentir su presencia poniendo en movimiento su mecanismo de represalia y de sanción, conviene destruir también ese mecanismo. Los consejos no pueden llevar a cabo esta tarea, por lo cual es necesaria la intervención de una fuerza política organizada, el movimiento específico de la clase que lleve a buen término semejante misión, únicamente así puede evitarse que el burgués, expulsado por la puerta con sus vestiduras de empresario, vuelva a entrar por la ventana disfrazado de "policía".

Esto demuestra que la cuestión suscitada en ocasión de la disputa entre el *Ordine Nuovo* y el *Soviet* puede resolverse; los del *Ordine Nuovo* subestimaban el problema del Estado en el sentido de que tendían a no ocuparse de él; los del *Soviet*, por el contrario, lo sobreestimaban al pretender ampararse en él, mientras que los anarquistas lo colocaban en el centro de sus preocupaciones a fin de lograr su liquidación en el terreno político.

Las ocasiones de discutir estas tesis fueron numerosas; la primera se presentó durante el congreso nacional de la Unión Sindical Italiana (USI) que se celebró en Parma en diciembre de 1919. Los consejos habían dado su adhesión a esta Unión y habían enviado un representante (el obrero Matta. de Turín). Allí se habló en pro y en contra de los consejos, pero siempre con conocimiento suficiente del tema. Sin embargo, al finalizar los debates se aprobó una importante resolución que condensaba las observaciones positivas de los mismos.

Antes de pasar a esta resolución es necesario que expliquemos algo referente a la USI.

Se ha creído y dicho frecuentemente que la USI era “anarquista”, quizá porque su flamante secretario, Borghi, era ya conocido como militante anarquista, aunque no podía darse a sí mismo ese nombre simplemente porque no había surgido de una selección ideológica sino de un reclutamiento obrero realizado en base al oficio de cada uno. Esto no impidió que, desde el momento que esa organización se colocaba al margen de la conquista del Estado, negaba a los organismos estatales toda participación en la discusión con la esfera patronal, al mismo tiempo que se oponía a la conquista parlamentaria para practicar la táctica de la acción directa, fuera considerada (y se considerara a sí misma) como inspirada en las viejas ideas de la Primera Internacional, o sea, ideas de inspiración anarquista.

Congreso de la USI en Parma (Diciembre de 1919 - Resolución final)

“El congreso celebra cada paso hacia adelante que dan el proletariado y las fuerzas políticas hacia la concepción pura del socialismo, al negar toda capacidad de demolición o de reconstrucción a la institución histórica, típica de la democracia burguesa, que es el parlamento, corazón del Estado;

“Considera a la concepción denominada de los “Soviets” sobre la reconstrucción social como antitética del Estado, y declara que cualquier superposición con el autónomo y libre funcionamiento de los soviets de toda la clase productora, unida en acción defensiva contra la amenaza de la reacción y por las necesidades administrativas de la futura gestión social, es vista por la clase obrera como un atentado al desarrollo de la revolución y a la realización de la igualdad en la libertad;

“Manifiesta por estas razones, toda su simpatía y su estímulo hacia esta iniciativa obrera de los consejos de fábrica, los cuales tienden a transferir a la masa trabajadora todos los poderes de promoción revolucionaria y de reconstrucción de la vida social, previniendo sin embargo sobre las posibles desviaciones hacia una solución de tipo reformista que esté en contra de la naturaleza revolucionaria de dicha iniciativa, contrariando así las intenciones de la mejor parte del proletariado;

“Invita a esta parte del proletariado a que considere la necesidad de preparar fuerzas de ataque revolucionario, sin las cuales no sería posible jamás que el proletariado asumiese la gestión social.”

A continuación el congreso explicita en los siguientes términos los peligros de desviación que involucra la experiencia de los consejos de fábrica:

“Los consejos de fábrica podrían degenerar en simples comisiones internas para velar por el buen funcionamiento del taller, por el incremento de una forma burguesa de producción, por resolver las diferencias internas, etc.

“Sería posible invertir la lógica del proceso revolucionario y creer que la anticipación de la futura gestión social basta para hacer caer al odiado régimen.

“Se podría olvidar que la fábrica es propiedad del patrón porque existe el Estado (el gendarme) que lo defiende;

“No habría que caer en el error de creer que la cuestión de forma resolverá la cuestión sustancial del valor ideal de un movimiento determinado.”

Una discusión todavía más profunda tuvo lugar en el momento de la preparación del congreso de la Unión Anarquista Italiana que se reunió en Bolonia los días 1, 2, 3 y 4 de julio de 1920. En este congreso se aprobó una resolución cuyo texto es el que sigue:

“El congreso, teniendo en cuenta que los consejos de fábrica y de sección tienen importancia principal en la medida en que se prevé una revolución en un futuro próximo, pudiendo ser entonces organismos técnicos para la expropiación y para la continuación inmediata de la Producción, considera sin embargo que, al continuar existiendo dentro de la sociedad actual, ellos sufrirían la influencia moderadora y acomodaticia de esta última;

“Estima a los consejos de fábrica organismos aptos para incluir, en camino hacia la revolución, a todos los productores, manuales e intelectuales, en el lugar mismo de trabajo, con intención de realizar los principios anarco-comunistas; organismos absolutamente anti-estadistas y posibles focos de la futura gestión de la producción industrial y agrícola;

“Los considera, además, como aptos para desarrollar en el asalariado la conciencia de productor y como útiles a los fines de la revolución al favorecer la transformación del descontento de la clase obrera y campesina en una voluntad clara de expropiación;

“Por ello invita a los camaradas a apoyar la formación de consejos de fábrica y a participar activamente en su desarrollo para mantenerlos, ya sea en su estructura orgánica, ya sea en su funcionamiento, en estas directivas, combatiendo toda tendencia de desviación colaboracionista, de modo que los trabajadores de cada fábrica, organizados o no, participen en su formación.”

Una segunda moción fue votada respecto de los “soviets”, repitiendo idénticos principios sobre la imposibilidad histórica y política de realizar experiencias libertarias en períodos de contrarrevolución.

El 27 de marzo de 1920, el *Ordine Nuovo* lanzó un llamado de los anarquistas a los obreros y campesinos para realizar un congreso nacional de consejos. Firmaron esta convocatoria, además de la redacción del periódico, el comité ejecutivo de la sección socialista de Turín, el comité de estudio de los consejos de fábrica turineses y el grupo libertario de la misma ciudad.

Pero el congreso no se reunió jamás pues otros acontecimientos se precipitaban.

Revista *Noir et Rouge*

LA COLECTIVIZACIÓN EN ESPAÑA DE 1936 A 1939

No hay que confundir la palabra “colectivización” en España, pues durante la guerra civil designa simplemente la autogestión. Los compañeros españoles –casi fundamentalmente los anarquistas– ya tenían un conocimiento extenso y profundo de los problemas de la organización revolucionaria.

Por eso, en cuanto el golpe de Estado militar resultó vencido, la revolución y la guerra para liberar las ciudades ocupadas tuvieron lugar simultáneamente. El 20 de julio de 1936, cuando ya hacía algunas horas que los militares habían sido derrotados, la central anarquista CNT (Confederación Nacional del Trabajo) transmite por radio la consigna de que los trabajadores relacionados con la alimentación vuelvan al trabajo. El 22, el órgano de la CNT, *Solidaridad Obrera*, pedía a las secciones de caldereros y aparejadores que se apoderaran de los centros respectivos de producción “para llevar a cabo el blindaje de los camiones así como otros trabajos necesarios”.

En la mayor parte de los casos, sin embargo, los militantes habían colectivizado espontáneamente la fábrica y las tierras. Se tomaron diferentes medidas de orden económico y social.

Los ferrocarriles que no estaban nacionalizados sino divididos entre muchas compañías, fueron unificados. En la industria maderera se reunió a todos los talleres en una misma sección y los que eran demasiado pequeños pasaron a unirse a otros. Por efectos de la guerra comenzaron a faltar las materias primas en algunas industrias (en la textil en especial) e igualmente las piezas de repuesto, pero a pesar de ello se incrementó el trabajo de las minas y la industria química y del vidrio. La exportación de naranjas, que comienza normalmente en septiembre, fue organizada por la CNT y la central socialista UGT (Unión General de Trabajadores). En lugar de que diferentes exportadores pudiesen vender las naranjas en los mercados europeos, hubo un solo organismo que de esta manera pudo controlar los precios y lograr que las divisas obtenidas reforzaran el esfuerzo que la guerra requería.

En las fábricas se redujo, en general, la jornada de trabajo: cuarenta horas en los tranvías (en la industria de guerra la producción era ininterrumpida). Los salarios eran iguales o muy poco diferentes: antes, un subdirector de ferrocarriles ganaba 340 pesetas mensuales y un ferroviario 143; después del 19 de julio de 1936 el salario mínimo fue de 300 pesetas y el máximo de 500. A pesar de esto, la igualdad de salarios entre hombres y mujeres fue muy rara. Se desarrolló la solidaridad: volvió a emplearse a los obreros despedidos por la clase patronal; se aumentó el retiro de 35 a 70 en las fábricas de cerveza Damm, de Barcelona; se ayudó técnica y financieramente a las colectividades agrícolas. La cultura tampoco fue olvidada: creación de bibliotecas y escuelas.

En las colectividades campesinas se acordaron salarios, subsidios por hijos y jubilaciones, aunque sin igualdad entre hombres y mujeres. La solidaridad se manifiesta con el envío gratuito de víveres al frente. También se fundaron bibliotecas y escuelas. Se contrataron médicos y veterinarios. Se aumentaron las áreas de riego y se dio impulso a la avicultura.

Esta autogestión no se limitó a los pueblos o a las fábricas, de lo cual se podrían dar múltiples ejemplos.¹³ Intentó tener alcances nacionales; y realizó y organizó congresos y federaciones.

Pero una dificultad tan importante como la que producía la guerra contra el capitalismo¹⁴ amenazaba y muy pronto atacó a la autogestión. La banca española había estado siempre en manos de la burguesía republicana. Por respeto hacia las alianzas, los anarquistas y los partidarios de la autogestión, que a veces eran también socialistas y marxistas que estaban contra Moscú, no quisieron obligar por la fuerza a la burguesía a comprar armas con el oro de la banca.

La URSS, ofreció su ayuda que terminó por brindar sólo a sus partidarios, poco numerosos, y a la gente que ella controlaba, es decir, la burguesía, que a su vez deseaba recuperar las fábricas y las tierras. El oro español pasó a Rusia (donde todavía está) y la autogestión fue destruida. El episodio más destacado fue el de las jornadas de mayo de 1937 en Barcelona, donde los comunistas y la burguesía atacaron la central telefónica en poder de los anarquistas¹⁵ con el resultado de muchos miles de muertos y heridos.

La división de los trabajadores que había provocado Rusia¹⁶ y el respeto hacia la burguesía, ocasionaron la derrota y la muerte de la autogestión.

LAS COLECTIVIDADES ANARQUISTAS ESPAÑOLAS

Por Gastón Leval

Transcribimos de la edición italiana: *Né Franco, né Stalin. (Le collectività anarchiche spagnole nella lotta contra Franco e la reazione staliniana)*, Instituto Editoriale Italiano, Milán, 320 pp. (1952). Elegimos numerosos ejemplos extraídos en forma textual:

¹³ Ver Gastón Leval, "*Né Franco, né Stalin*". Milán, 1952.

¹⁴ La sublevación estaba bien preparada: a partir del 11 de julio fueron retirados todos los fondos de la Transmediterránea de Barcelona.

¹⁵ Pampidou utilizó la misma táctica al hacer intervenir a la CRS para adueñarse de algunos sectores de la PTT.

¹⁶ "En cuanto a Cataluña, la liquidación de los elementos trotskistas y anarcosindicalistas ha comenzado y será conducida con la misma energía que en la URSS." *Pravda*, 17 de diciembre de 1936.

Organización sindical sanitaria

Hospitalet Levante

Conclusiones y comentarios:

El ataque contra las colectividades

La inteligencia popular

Principios y enseñanzas de la Revolución Española.

En el texto, el presente corresponde al período de guerra 1936-39; el imperfecto a antes de 1936; las conclusiones y comentarios son posteriores a 1939.

Organización sindical sanitaria

Constituyó una de las más grandes realizaciones de la revolución socialista libertaria. Hablaremos brevemente de ella. Para poder apreciar convenientemente el esfuerzo de los camaradas, hay que saber que el sindicato único que se extendía por toda Cataluña, fue fundado después del 19 de julio de 1936.

Con anterioridad algunos médicos estaban afiliados a la CNT y constituían una sección del Sindicato de Profesiones Liberales. Además, y aparte de éstos, había un grupo de enfermeros y ayudantes de farmacia.

La revolución pudo contar con un cierto número de médicos para los cuales la medicina no significaba un medio de explotación de sus semejantes sino una verdadera misión.

A principios de septiembre de 1936 se formó el Sindicato Único Sanitario. Obedeciendo a la tendencia imperante en ese momento de que distintas categorías de hombres que aseguraban una misma tarea se reunieran en un solo organismo, ellos se ocuparon de un mismo servicio y reformaron todas las secciones en vista de una actividad general.

Las cifras aumentaron con una rapidez sorprendente. En efecto, hacia fin de febrero de 1937 se me entregó la siguiente lista: 1020 médicos 3206 enfermeros 133 dentistas 330 parteras, 203 “practicantes” (médicos que no se habían diplomado todavía) 180 farmacéuticos 663 ayudantes de farmacia 153 herbolarios, 335 ayudantes en cuestiones de material sanitario, 71 radiólogos, 10 auxiliares sanitarios, 220 veterinarios. Deberíamos agregar los kinesiólogos, cuya cifra no poseemos. Cinco meses después de la revolución el número total de inscritos llegaba casi a 8.000.

Antes, la UGT también había organizado un sindicato sanitario pero muy inferior numéricamente al nuestro, ya que contaba con un máximo de 100 médicos.

El sindicato único no se contentó con organizar. El deseo de crear nació con tanta más fuerza cuanto que los médicos no habían hecho nada hasta poco antes de la revolución. Con frecuencia ellos son los constructores más audaces entre los revolucionarios. Podríamos citar muchos ejemplos de este hecho paradójico.

Guiado por algunos militantes que habían demostrado admirable valor, el sindicato tomó audazmente en sus manos la reorganización de la profesión médica. Ésta lo necesitaba. En España morían cada año 25.000 niños cuyas edades eran inferiores a los 12 meses. En el distrito 5° de Barcelona la mortalidad infantil era dos veces mayor a la registrada en el 4°. Aquél es un barrio obrero, éste una zona de privilegiados. La mortalidad infantil en España era una de las más elevadas de Europa, no obstante ser un país de clima sano, generalmente seco. Semejantes hechos no se explican más que por la miseria, la falta de higiene y de atención. Conociendo esto, sabiendo que existía una cantidad de médicos que no pedían más que trabajar y sacar provecho de la desorganización del gobierno, nuestros compañeros cimentaron las bases de una nueva organización sanitaria.

No me fue posible seguir paso a paso el proceso de la obra realizada. Me limitaré entonces a resumir la obra en sí misma y a establecer a qué grado de desarrollo había llegado en el momento de mi entrevista con nuestros compañeros que estaban al frente de las secciones del sindicato.

La organización de la profesión médica se extiende por toda Cataluña. Constituye un gran aparato cuyas partes están geográficamente articuladas según las distintas actividades, conforme a un plan de conjunto. Cataluña fue dividida en nueve zonas: Barcelona, Tarragona, Lérida, Reus, Berga, Ripoll, Altos Pirineos. Son los centros alrededor de los cuales están agrupados a su vez las pequeñas ciudades y pueblos.

Sobre un total de 27 pequeñas ciudades se tienen 36 centros sanitarios, distribuidos por toda Cataluña sobre la base de la coordinación de esfuerzos, a fin de que a ningún pueblo, a ninguna región, a ningún campesino aislado en la montaña, a ninguna mujer, a ningún niño, les falte asistencia médica. Cada una de las nueve zonas posee un centro sindical cuyos servicios sanitarios controla y dirige el comité central. A su vez, los comités de las zonas circunvecinas se remiten a Barcelona.

Las secciones de categorías son autónomas en el seno del sindicato, pero esta autonomía no es sinónimo de aislamiento. Una vez por semana, el comité central de Barcelona, nombrado por el congreso, se reúne con un delegado de cada sección. Tanto desde el punto de vista técnico como del geográfico, las actividades responden a un plan general.

La población recibió inmediatamente el beneficio de las iniciativas del sindicato. Éste dirige y controla todos los hospitales y clínicas. Fundó en Barcelona 6 hospitales: el Proletario, el Del Pueblo, el Pompeya, 2 hospitales militares y el Pabellón de Romania. Además se abrieron 8 nuevos sanatorios en Cataluña: el Marítimo de Cadafell, el de la Florida, el

Pabellón Modelo de Valldrera, el de la Bonnanova, el de las Tres Torres, el Hospicio de Montserrat, el de Terramar, en Sitges, y el sanatorio de San Andrea.

Lo más frecuente era que los sanatorios fuesen instalados en bellos edificios, en suntuosas residencias aristocráticas y en albergues lujosos construidos sobre la montaña y entre los pinos.

No era cosa fácil organizar los hospitales. Debían improvisarse instalaciones que satisficieran el deseo de procurar rápidamente los medios para atender a la población. A tal fin, a principios de 1937 se construyeron nuevos pabellones en el Hospital General. Uno de ellos fue destinado a la atención de tuberculosos de los huesos y a la ortopedia. Su organización era tal que se la debe considerar como una de las mejores del mundo en esta especialidad.

En todas las localidades de cierta importancia se crean policlínicos que cuentan con todas las especialidades médicas y están dotados de todo el material sanitario adecuado. Han sido construidos con el fin de evitar la aglomeración de los enfermos y heridos en las pequeñas ciudades, lo cual, por las dificultades del transporte, causa frecuentemente sufrimientos y muertes evitables.

Los médicos que están inscritos en el sindicato se establecen en cada localidad.

En Cataluña, como en el resto de España y en el mundo entero, había un número excesivo de médicos. El sociólogo sabe hasta qué punto esta plétora era artificial y obedecía a la organización capitalista, estatista e individualista de la medicina. Actualmente, por el contrario, en el nuevo sistema de organización, no hay ninguna persona de más; incluso hacen falta más médicos. Cuando los habitantes de una región piden uno, el sindicato se informa acerca de las condiciones sanitarias de la localidad, hace una estadística de las enfermedades y accidentes que son más frecuentes allí, y elige de la lista de los que pueden ser trasladados un médico que, por su especialidad, responda mejor a las necesidades de ese lugar. El que se niega a ir debe suministrar razones de peso. En caso contrario, corre el riesgo de no poder ejercer más su profesión.

Los gastos hospitalarios son pagados por la municipalidad y la administración; los gastos de los policlínicos que se construyen, por los sindicatos obreros y municipales. Sin embargo, la sanidad no puede ser todavía socializada integralmente, aunque la mayor parte de las clínicas de odontólogos de Cataluña, por ejemplo, está en manos del sindicato. Todos los hospitales, sanatorios y clínicas están controlados por él. Se tiende a suprimir el ejercicio independiente de la medicina y a sustituirlo por una organización de tipo social. El médico privado existe aún, pero los abusos tan frecuentes en esta profesión han sido suprimidos. Actualmente el costo de las operaciones está controlado. Los obreros pagan al sindicato, el que entrega el dinero al cirujano y toma nota de todo. En las nuevas clínicas se

opera gratuitamente y hasta las extracciones de dientes son gratuitas. El número de enfermos que son admitidos en asilos de alienados es mayor que antes.

¿Cuál es entonces la situación del médico en esta organización naciente? Si los interrogáramos, las respuestas serían numerosas y contradictorias. Hay dos categorías distintas: los viejos y los jóvenes. Entre los viejos, los más privilegiados no están muy satisfechos del cambio; por el contrario, los más favorecidos dejan hacer o cooperan voluntariamente con la nueva organización.

Los jóvenes han adherido con entusiasmo. Para la mayoría el porvenir habría sido un enigma, una fuente de inquietudes. Durante años habrían tenido que trabajar gratuitamente en los hospitales y sanatorios. El médico oficial que estaba a sueldo no iba casi nunca a las clínicas. Un médico más joven trabajaba por él esperando su muerte para ocupar su lugar y cobrar sus honorarios. A su vez, este médico tenía un secretario de graduación reciente, el cual esperaba la muerte de los otros dos por las mismas causas.

Actualmente, todos los médicos de los hospitales ganan 500 pesetas mensuales por tres horas de trabajo diario. Además trabajan privadamente. Teniendo en cuenta que un obrero manual gana de 350 a 400 pesetas por mes por 7 horas de trabajo cada día, el lector puede sacar por sí mismo las conclusiones.

Esta nivelación permite disponer de dinero para pagar todos los gastos. Ya no existen médicos que perciban emolumentos enormes mientras otros mueren de hambre. En un establecimiento público nadie puede tener dos sueldos. Más de la mitad de los médicos, una vez que han cumplido con su trabajo remunerado, trabajan a continuación gratuitamente, y lo hacen con satisfacción. No es necesaria ninguna coacción.

“La obra más bella —me decía el secretario de la sección de médicos, un vasco infatigable en el sacrificio— es la revolución moral realizada en este trabajo; cada uno cumple con su deber con honestidad. El médico de renombre que es enviado una vez por semana a un dispensario no falta jamás a él. El personaje importante que recorría las salas del hospital seguido por media docena de colegas inferiores a él en jerarquía, sosteniéndole uno la palangana, otro la toalla, abriendo la puerta un tercero y formando el resto una corte de honor, humillados ante tan grande autoridad, ya no existe más. Ahora hay camaradas que trabajan en igualdad de derechos, estimándose y respetándose recíprocamente.”

Hospitalet

Es una zona de Barcelona que incluye tres barrios con un total de 50.000 habitantes, y donde predomina la industria. En los alrededores se ha desarrollado una industrialización intensiva, tan frecuente en los suburbios de las grandes ciudades.

La industria textil era la más importante, a pesar de lo cual la metalúrgica no era despreciable; ésta estaba integrada por muchas fundiciones; contaba con dos altos hornos importantes y además muchos talleres mecánicos. Existía también la industria maderera, la química, etcétera.

Dado que se trataba de un centro de formación bastante reciente, el movimiento social que en él fermentaba era también reciente; apenas se remontaba a la guerra de 1914-18.

La CNT y la FAI (Federación Anarquista Ibérica) tenían una influencia preponderante en este ambiente: contaban con 8.000 trabajadores en sus filas desde el principio. Actualmente hay en ellas 12.000; la UGT cuenta sólo con 1.000.

En el mes de julio, la lucha y el ardor belicoso duraron de cinco a seis días y galvanizaron a todo el país. Terminado este período, la CNT acordó el retorno al trabajo por categorías según las industrias. Con estas primeras medidas asumía la responsabilidad de la vida económica, abandonada por los patrones y el gobierno mismo.

Mientras el trabajo era reiniciado, una parte de las fuerzas populares estaba movilizada y se mantuvo alerta durante tres o cuatro semanas, detrás de las barricadas, en las calles, ejerciendo además la vigilancia de los caminos a Barcelona, a fin de preservar a esa ciudad de cualquier ataque. Con este fervor revolucionario comenzó la socialización.

No deja de ser raro que esta socialización comenzara en los campos. Fueron los jornaleros los que tomaron la iniciativa; ellos constituían una minoría en relación a los propietarios que los contrataban cada tanto para los trabajos. Pero los propietarios comenzaron a ocuparse de todo y provocaron una reacción de la base. La destrucción amenazaba a las legumbres por falta de cuidados, y Hospitalet comenzaba a tener hambre. El 15 % de su población se encontraba sin trabajo por causa de la crisis y una parte de los que trabajaban sólo podía hacerlo tres días por semana.

Los agricultores comprendieron que esta situación, ya aflictiva, se vería rápidamente agravada si los productos de las granjas se perdían, y decidieron salvarlos. Convocaron a los propietarios y en una asamblea unos y otros resolvieron socializar de inmediato el trabajo de la tierra.

Se creó en esa oportunidad la Colectividad de los Campesinos que contó con la adhesión de todos. A la cabeza figuraban siempre la CNT y la FAI.

La pequeña propiedad cultivada por el propietario y el jornalero contratado por el período de trabajo fue sustituida por la gran extensión trabajada conforme a un plan general. Por consiguiente, el trabajo aumentó en intensidad y cantidad. Incluso las tierras que hasta entonces habían sido consideradas estériles fueron utilizadas.

Pero el medio de retribución era todavía el dinero. Su falta representó una gran dificultad, al impedir la compra de útiles de trabajo, de animales y, en general, la tecnificación de la agricultura. Esta situación imponía enormes sacrificios, como la renuncia al 15 % de aumento decretado por el gobierno regional y a la jornada laboral de 6 horas. Los campesinos de la Colectividad perfeccionaron sin embargo su organización; vivían de sus propios recursos, que a no dudar serían mayores cuando la venta de sus productos fuera posible.

Las industrias pasaron por las etapas ya conocidas en la primera fase de la revolución. Se comenzó por el control de las fábricas, especialmente las que estaban en actividad. Los obreros nombraron en cada empresa comités que tenían la misión de velar por la producción y vigilar la administración patronal.

Las empresas pobres que tenían deudas –cuantiosas en ese período de crisis– fueron inmediatamente colectivizadas. Se eliminó al patrón como tal y se lo asimiló al grupo de productores.

Los comités mismos dirigieron la producción según la línea de una economía particular trazada por el Decreto sobre la Colectivización. La CNT y la FAI crearon rápidamente los consejos de intensificación de la producción que obligaron a los patronos a emplear la mano de obra desocupada. Casi todos los desocupados fueron contratados de esta forma. Esta medida resultó fatalmente antieconómica: la falta de materia prima en la industria textil –la más importante– y de mercados, tenían que conducir necesariamente a una disminución de la producción, desproporcionada con respecto a la mano de obra ocupada en ella.

Para remediar la miseria existente se crearon, por iniciativa de la CNT, comisiones de abastecimiento para el pueblo: su tarea era procurar alimentación tanto a los que no trabajaban como a los que lo hacían. Al no poder normalizarse rápidamente la situación económica, y ante el hecho de que familias muy numerosas no percibían salarios suficientes para vivir, estas comisiones continuaron durante algún tiempo desempeñando el papel de seguros sociales.

Todos se dieron cuenta rápidamente del peligro inherente a la administración de tipo particular de las empresas; entre otras cosas, la competencia y la falta de solidaridad habrían podido provocar roces y luchas incompatibles con el espíritu socialista y libertario. La CNT local lanzó entonces la voz de orden: “Socialicemos las industrias”.

La idea se realizó con rapidez. Primero las peluquerías, luego los espectáculos, la industria maderera, de la construcción, de la alimentación y los transportes. Yo encontré a la industria metalúrgica en plena actividad reorganizadora y a la textil colectivizada sólo parcialmente. Lo mismo sucedía en toda Cataluña. Las industrias químicas estaban todavía al cuidado de los comités de control. La nueva estructura encontraba obstáculos por la falta de materias primas y el desempleo que originaba. Por otra parte, las resistencias de la UGT obligaron a regular el paso.

La necesidad de establecer un salario único para todos se impuso tanto en las industrias activas como en las pasivas existentes en ese momento. Incluso se encaró la creación de una caja común inspirada por la solidaridad entre industrias, de la cual todos los obreros retirarían fondos por partes iguales. Pero eso no pudo realizarse. La solidaridad financiera se practicaba sólo en algunas ramas de la industria.

Cuando las diferentes ramas lograban una producción notablemente extraordinaria se comunicaba el hecho a la comisión central administrativa, la cual consideraba cómo y en qué medida se ayudaría a las ramas deficitarias a las que se entregaban las sumas necesarias para la compra de materias primas y de diversos elementos de producción. Cuando las sumas a entregar eran importantes, los delegados de todas las ramas, reunidos en congreso, examinaban las condiciones económicas y técnicas de la ayuda. Hecho el examen y escuchadas las observaciones, indicaciones y críticas, se acordaba el dinero solicitado, o bien quedaba en evidencia la necesidad de eliminar la causa del déficit de la industria en cuestión.

Esta iniciativa de solidaridad constituyó poco después la institución del salario familiar. Con este fin se había realizado un censo especial y había sido formulada una minuciosa estadística.

Las preocupaciones de la vida económica no eran las únicas que asaltaban a nuestros compañeros. La cultura había estado siempre viva en sus aspiraciones. Después de Francisco Ferrer¹⁷ los sindicatos obreros habían mantenido en España de 50 a 100 escuelas racionalistas en las que se impartía una enseñanza independiente de cualquier dogma, tanto político como religioso y aun moral. Los camaradas de Hospitalet afrontaron inmediatamente este problema. Existían 8.000 niños de los cuales sólo 4.000 podían llegar a las escuelas. Los restantes iban a parar a las calles por carencia de instrucción o como consecuencia de la miseria de sus familias.

¹⁷ Anarquista y pedagogo racionalista, fundador de la Escuela Moderna. En julio de 1909 fue destruida en Marruecos una columna del ejército español. Para reemplazarla el gobierno llamó a los reservistas de Cataluña. El pueblo se sublevó. La represión fue terrible. Se aprovecharon los hechos para acusar a Ferrer, el maestro anticlerical, quien ni siquiera se encontraba en Barcelona. Lo fusilaron el 13 de octubre de 1909 en el castillo de Montjuich.

La CNT y la FAI no aspiraban a resolver solas este grave problema. Podrían haberlo hecho, pero prefirieron unir sus esfuerzos a los de otras fracciones en las que esperaban encontrar un eco favorable. Los militantes de la UGT y los de la Izquierda Catalana se reunieron entonces, presentándoseles los proyectos de reforma de la enseñanza que fueron aceptados por su objetividad. Las tres fracciones se encontraron en un trabajo conjunto.

A seis meses de la revolución, entre mil dificultades como la que implicaba el problema de la guerra y el de la reconstrucción, progresar con rapidez se hacía difícil. Pese a esto el milagro se realizó. Se adaptaron enseguida numerosos edificios y hoy 6.500 niños asisten a las clases en salones más amplios, más higiénicos y luminosos que los que existían hasta entonces. El personal docente ha sido mejorado con la eliminación de todos los viejos maestros de cerebro endurecido atados al espíritu de la enseñanza clerical. Se seguían libremente las tendencias pedagógicas modernas. Una vez por semana, los maestros se reunían para exponer y discutir los resultados de sus esfuerzos.

Los niños eran también objeto de otras atenciones. Yo vi el edificio que había sido construido con el fin de que los padres dejaran a sus hijos para concurrir a sus ocupaciones. Todos los jueves, en todos los cines de la ciudad se brindaban espectáculos para niños con películas elegidas y programas concebidos hábilmente. En las fábricas, donde el trabajo de las mujeres era necesario, se preparaban guarderías. Yo asistí a la inauguración de la primera. Ya se había construido casi enteramente una maternidad para las mujeres del pueblo que, hasta entonces, daban a luz en condiciones espantosamente antihigiénicas. Un ginecólogo competente dirigía la construcción de este establecimiento.

Puesto que hablamos de higiene, notemos que no faltaban disposiciones estrictas según las cuales todos los trabajadores y sus familias debían recibir, en clínicas y dispensarios, atención y cuidados adecuados por parte de médicos especializados. Siempre bajo la égida de la CNT y la FAI todos pudieron ser asistidos debidamente.

Pero eso representaba sólo una solución provisoria; se había construido un hospital provincial de grandes dimensiones.

Paralelamente a esta actividad sindical, existía otra, municipal. El espíritu comunitario está muy marcado en las concepciones de nuestros camaradas de Hospitalet. Podrían haberse hecho dueños de la situación, pero por solidaridad y fidelidad antifascista, no lo hicieron. Invitaron a la UGT y al partido de la Izquierda Catalana a constituir conjuntamente el consejo municipal.

Se nombraron en total 22 consejeros de los cuales 8 cumplían cargos efectivos. El alcalde de la ciudad era un militante anarquista.

Las otras dos fracciones tuvieron miedo ante la audacia revolucionaria de los nuestros y se retiraron en seguida de la alcaldía. Nuestros compañeros les han cedido siempre que volviesen, y entre tanto, han continuado su trabajo sin desmayos.

Ellos tenían espíritu administrativo. Ya habían delimitado las funciones que incumbían a los sindicatos y las que incumbían a la comuna. Siempre dominaba la tendencia a considerar los intereses del grupo en el cuadro de los intereses generales. Como no existía un sindicato aislado puesto que cada uno debía hacer los cálculos para nuevas obras con el asentimiento de los demás, los sindicatos no prevalecían ni siquiera allí donde los problemas por resolver revestían un carácter general. Es así como la alcaldía resultaba competente. Enseñanza, trabajos públicos, salud, asistencia social etc.. eran organismos relacionados con la alcaldía. Para la ratificación de su trabajo nuestros camaradas llamaban a la opinión pública.

Ellos rendían, pues, cuenta del trabajo realizado, convocando a la población a vastas asambleas de barrios, asambleas que sesionaban en los salones más grandes que había. Exponían ante ellas lo que habían hecho y lo que se proponían hacer, y el pueblo manifestaba su opinión. Por consecuencia, no se hacía política de partido a puertas cerradas, ni se tomaban decisiones a espaldas de la población. Se mantenía siempre el contacto con ella, aplicándose las normas libertarias de la mejor manera posible.

Levante

La Federación Regional del Levante, constituida por nuestros camaradas de la CNT y que ha servido de base para la constitución de la federación paralela de las colectividades agrarias, englobaba a cinco provincias: Castellón de la Plana, Valencia, Alicante, Murcia y Albacete. La importancia de la agricultura en las cuatro primeras –todas mediterráneas y que están entre las más ricas de España– y la de la población –casi 3.300.000 habitantes–, otorgan un gran relieve a las realizaciones sociales que se efectuaron en ellas. Según nuestra opinión es en el Levante –gracias a sus riquezas naturales y al espíritu creador de nuestros compañeros– donde la obra de las colectividades agrarias ha sido más vasta y mejor realizada.

(...) De las cinco provincias, el movimiento alcanzó más desarrollo en la de Valencia. Eso se explica en primer lugar por su gran importancia: 1.650.000 habitantes en el momento de la revolución. Luego y en orden creciente se encontraba la provincia de Murcia, con 622.000 habitantes; Alicante, con 470.000; Castellón de la Plana, con 312.000; por último Albacete, que contaba con 238.000 habitantes. El número de colectividades estaba en proporción directa con el de habitantes. En la provincia de Valencia es donde las socializaciones han tomado desde el principio un ritmo más decisivo y acelerado.

Esto no es una sorpresa para el que conozca la historia social de esta región. Desde 1870 el movimiento libertario ha contado en sus campos con militantes obstinados; mientras en la ciudad de Valencia, en algunas épocas, la llama estuvo completamente extinguida, en el campo no murió jamás: los campesinos tenían siempre en alto la antorcha. Y a estos militantes, que frecuentemente eran pequeños propietarios, se llamó hacia 1918 para hacer renacer el movimiento en la ciudad conquistada por el republicanismo, único elemento, en aquel entonces, de oposición a la monarquía.

Para esos hombres la revolución no era solamente la lucha en las barricadas; ella ha revestido siempre el carácter de toma de posesión de la tierra y organización del socialismo libertario.

(...) En el congreso de la Federación de los Campesinos de Levante, –21-23 de noviembre de 1937– se nuclearon 430 colectividades organizadas. Cinco meses más tarde, ya llegaban a 500. Para poder apreciar estas cifras señalaremos que las cinco provincias totalizaban, desde la ciudad más importante hasta el más insignificante pueblo, 1.172 municipalidades. En el 43 % de las localidades de la región más rica de España, (en la “huerta” de Valencia, por ejemplo, la densidad de la población es la más elevada del mundo: 450 habitantes por km²) es donde, en el término de 20 meses, han surgido 500 colectividades agrarias.

En general, tales colectividades no han tenido el mismo carácter que las de Aragón. En esta región, la predominancia más o menos exclusiva de las milicias de la CNT y de la FAI estorbaron durante mucho tiempo a la policía, a la administración estatal y a los partidos políticos que se apoyaban en la autoridad gubernamental, impidiéndoles que obstaculizaran su desarrollo. En el Levante, como en las restantes regiones de España, las autoridades se han mantenido en sus puestos a fuerza de guardias de asalto, carabineros y tropas comandadas por oficiales que no poseían precisamente espíritu revolucionario. En Levante se hizo difícil desde el principio colectivizar con la misma rapidez obstinada que en Aragón. Por otra parte, en la región del Levante la importancia de los pueblos que con frecuencia se asemejan a pequeñas ciudades, hacía difícil la adhesión unánime de la población; las divisiones políticas y sociales estaban allí más netamente marcadas y las diferentes tendencias mejor organizadas.

En el Levante, casi siempre las colectividades nacieron por iniciativa de los sindicatos de campesinos del lugar, pero no tardaron en constituir una organización autónoma. Se mantuvo solamente un contacto externo con el sindicato, que era el lazo de unión entre colectivistas e individualistas. En efecto, estos últimos aportaron sus productos para cambiarlos por otros; así, en la práctica, su aislamiento se diluía totalmente ante la obra mediadora del sindicato, el cual se organizaría en adelante en base a una estructura que respondiera al nuevo propósito. En su seno habían sido creadas comisiones atinentes al arroz, a las naranjas, a la horticultura. La

colectividad misma tenía su almacén propio y sus propias comisiones; más tarde, este inútil desdoblamiento fue suprimido; se unificó a los almacenes; las comisiones se integraron con colectivistas e individualistas inscritos en el sindicato. Otros fundaron comisiones mixtas, como por ejemplo la que existía para la compra de máquinas, semillas, fertilizantes, insecticidas, productos veterinarios, etc. etc. Todos utilizaban los mismos camiones. La solidaridad aumentó y el espíritu colectivista atrajo cada vez más a los recalcitrantes.

Por ser una organización desde la base su alcance era mayor; abarcaba inteligentemente todo lo que era posible abarcar; ella permitía, gracias al sindicato, continuar penetrando en las capas populares susceptibles de ser influidas.

Rápidamente, esta organización tendió a unificar y racionalizar todo. El racionamiento y el salario familiar se establecieron por comarcas; las poblaciones ricas ayudaron a las más pobres por medio de los comités comarcales intermediarios. En cada centro comarcal se estableció un centro de técnicos compuesto por contadores, un experto en agricultura, un veterinario, un especialista en enfermedades de las plantas, un ingeniero, un arquitecto y un experto en cuestiones comerciales.

La organización facilitaba la distribución y utilización de los elementos necesarios para el buen desempeño de las actividades.

Cada colectividad, por ejemplo, tenía un veterinario. La mayor parte de los ingenieros y veterinarios adhería al sindicato de la CNT. También se contaba allí con un gran número de técnicos en agricultura; exceptuando a seis, estaban allí todos los especialistas en el cultivo de la vid y en la fabricación del vino. Los ingenieros y veterinarios empleados en otras empresas y no en la colectividad prestaban, no obstante, sus servicios a ésta, incluso de manera desinteresada, ocupándose de la elaboración de planes y realización de proyectos. El espíritu creador de la revolución había conquistado a los espíritus progresistas.

Los agrónomos proponían las empresas necesarias y posibles: planificación de la agricultura, trasplante de los cultivos que la propiedad individual no siempre permitía adaptar a las condiciones geológicas y climáticas más favorables. El veterinario organizaba científicamente la crianza de ganado; eventualmente consultaba al agrónomo sobre los recursos de los que podían disponer y, de acuerdo con las comisiones campesinas, adaptaba los cultivos a las mejores condiciones posibles.

Pero el veterinario consultaba también al arquitecto y al ingeniero para la construcción de chiqueros, establos, caballerizas y gallineros colectivos. El trabajo se planificaba espontáneamente, desde la base y según los principios libertarios.

Gracias a los ingenieros, se había construido un gran número de canales y pozos artesianos que han permitido, ya sea irrigar mejor las tierras que lo precisaban, ya sea transformar aquellas que eran áridas. Se había procedido a la toma y distribución del agua por medio de bombas aspirantes. Esto no representaba ninguna novedad técnica pero, de hecho, lo era para muchos pueblos de esa zona. La naturaleza del suelo, muy poroso, y la escasez de precipitaciones pluviales —400 mm de promedio— habían hecho siempre muy difícil la extracción del agua, la cual debía buscarse a 50, 100 ó 200 metros de profundidad. En la región de Murcia y de Cartagena fue quizá donde se realizaron los más grandes esfuerzos en este sentido. En las afueras de Villajoyosa, la construcción de una represa permitió irrigar un millón de almendros que hasta entonces habían sufrido la sequía.

Los arquitectos, a medida que recorrían las tierras daban consejos respecto de las viviendas humanas en cuanto a la arquitectura, los materiales, los cimientos, la orientación, la higiene, etc.; a todas estas cosas se habían opuesto hasta ese momento y demasiado frecuentemente los intereses de unos y la ignorancia de otros. La cercanía de los pueblos, mucho menos diseminados que en Aragón, facilitaba esta solidaridad activa. El trabajo era intercomunal. Se constituía un centro para combatir las enfermedades de las plantas, para la sulfatación, para podar los árboles, para trabajar en los campos y las huertas de más localidades. Otro se dedicaba a la reparación y construcción de caminos. Todo eso facilitaba la sincronización de los esfuerzos y su indispensable racionalización en base a un plan general.

Las 500 colectividades y secciones de la región del Levante, estaban subdivididas en 54 federaciones comarcales que, a su vez, se agrupaban en 5 federaciones provinciales que desembocaban en el Comité Regional que abarcaba todo.

Este comité, nombrado por congresos anuales y responsables —campesinos de camisa y chanclos—, se componía de 26 secciones técnicas: cultivo de árboles frutales en general, manzanos, viñas, olivares, horticultura, arroz, ganado ovino y caprino, porcino y bovino; venían en seguida las secciones industriales: fabricación del vino, de alcoholes, de licores, de conservas, de aceite, de azúcar, de esencias y perfumes, así como también otros productos derivados; cada vez más se pusieron en marcha secciones de productos diversos, de importación y exportación, de maquinarias, transportes, fertilizantes; además, la sección de construcción que orientaba y estimulaba el levantamiento local de edificios de toda clase; por fin, la sección de higiene y enseñanza.

Ahora se comprenderán mejor los alcances y el método de esta organización. Desgraciadamente no podemos describir la obra realizada en todos sus detalles. Digamos, sin embargo, porque puede resultar significativo, que la mitad de la producción de naranjas —casi cuatro

millones de quintales—¹⁸ estaba en manos de la Federación Campesina del Levante, y que el 70 % de la cosecha total era transportada y vendida por su organización comercial, gracias a sus numerosos depósitos, a sus camiones, a sus barcos y a su sección de exportaciones que a principios de 1938 había establecido en Francia secciones de venta (en Marsella, Perpiñán, Burdeos, Sète, Cherburgo y París) .

La misma situación existía con respecto al arroz —30.000 hectáreas únicamente en la provincia de Valencia sobre un total de 47.000 en toda España— y a las legumbres frescas —la “huerta” de Valencia y los huertos de Murcia— brindaban dos o tres cosechas por año.

La organización permitía todavía otras realizaciones y un método de trabajo sin el que esas realizaciones no habrían podido llevarse a cabo, fuese por falta de medios, fuese por insuficiencia de rendimiento que la multiplicidad de esfuerzos habría vuelto demasiado costosos, tanto en cuanto al material empleado como en cuanto a la energía invertida.

Cuando, por ejemplo, las colectividades de una localidad consideraban útil crear una fábrica de licores, de frutas abrillantadas, de conservas, etc.. comunicaban la idea a la sección correspondiente del comité central en Valencia. Éste examinaba la proposición y según el caso, invitaba a una delegación de proponentes. Si conforme a las materias primas utilizables, había ya bastantes fábricas, se contestaba negativamente explicando la razón. Si la instalación resultaba conveniente, se aceptaba la propuesta. Pero en ese caso la obra sólo habría incumbido a las colectividades locales proponentes. Por intermedio del comité regional las 500 colectividades en pleno habrían contribuido al esfuerzo. En general, se trataba de eliminar cualquier desequilibrio entre producción y distribución.

Hasta ese momento se había perdido una inmensa cantidad de frutos que se pudrían allí mismo por falta de mercados nacionales e internacionales. Eso ocurría sobre todo con las naranjas, consumidas íntegramente en estado natural y que en el mercado inglés se enfrentaban con la competencia de Palestina y África del Sur, lo que obligaba a bajar el precio y a disminuir la producción.

La clausura de una gran parte de los mercados europeos, la ocupación del mercado interno, aislado por las tropas de Franco, y los obstáculos que el gobierno ponía a la obra de socialización, agravaron el problema. Esta situación no sólo perjudicó a las naranjas sino también a las patatas y a los tomates. Una vez más la iniciativa de las colectividades se reveló como necesaria.

Ellas organizaron secaderos de patatas, tomates y naranjas. De esta forma se comenzó por utilizar estos frutos durante todo el año. De las naranjas se obtenía: esencia extraída de las cascavas en mayor cantidad que antes, mermelada, pulpa para la conservación de la sangre en los mataderos con el fin de obtener un alimento nuevo para las aves, zumo de naranja del que

¹⁸ Un quintal= 50 Kgs.

se extraía alcohol para curas medicinales. Las fábricas de concentrados más importantes se organizaron en Oliva y Burriana; las fábricas de legumbres en conserva cuyos principales centros se radicaron en Murcia, Alfasar, Castellón y Paterna, estaban también en manos de la Federación. El campesino que contribuye en persona a la industrialización de sus productos nos parece un acontecimiento que merece ser destacado.

Hemos dicho que la sede de las federaciones comarcales se establecía, casi en la mayoría de los casos, cerca de las vías férreas o de las rutas, dado que así se facilitaba el transporte de las mercaderías. Las colectividades de cada comarca enviaban a dichas federaciones el excedente de sus productos; éstos se contabilizaban, clasificaban, almacenaban, y las cifras correspondientes se enviaban a las diferentes secciones del Comité Regional de Valencia, de manera que la federación sabía siempre exactamente con qué reserva podía contar para los trueques, exportaciones y distribuciones.

El espíritu creador se demostraba también con la intensificación de la crianza de animales de corral. Los gallineros, las conejeras, los rediles, se multiplicaban día a día. Razas nuevas, desconocidas por el simple campesino, de conejos y gallinas, se propagaban más y más, y las colectividades que habían dado ya los primeros pasos en esos hallazgos ayudaban a las otras. En fin, los esfuerzos de organización y justicia económica no eran los únicos motivos de acción. Cada colectividad ha creado una o dos escuelas con la misma rapidez con la que se habían organizado los primeros gallineros. El salario familiar y la nueva moral permitían enviar a todos los niños a la escuela. En la nueva jurisdicción, las colectividades del Levante, como las de Aragón, Castilla, Andalucía y Extremadura, habían aplicado, desde los primeros tiempos, el golpe de gracia al analfabetismo. Y no olvidemos que en los campos españoles éste alcanzaba al 70 %.

Para completar tal esfuerzo y con un fin práctico inmediato, se había abierto una escuela de oficinistas y tenedores de libros a la que fueron enviados más de 100 alumnos pertenecientes a la colectividad. Esto ocurrió a fines de 1937.

La última creación es la Universidad de Moncada. Obra de la Federación Regional del Levante, ésta la ha puesto a disposición de la Federación Nacional de Campesinos de España. Allí se enseña la crianza de ganado, de animales de corral, los cuidados que deben recibir, los métodos de selección, las características de razas, la agricultura, la silvicultura, etc. Existían 300 alumnos que habían enviado las colectividades, y hubieran sido más de haber contado con suficientes profesores y edificios. Estos últimos estaban instalados entre los naranjales, en medio de los campos.

Para terminar, señalemos que el espíritu de solidaridad de las colectividades de Valencia era tan grande como en las de Aragón. Ellas han recibido un gran número de refugiados, especialmente de mujeres y niños que

provenían de Castilla. Abastecían gratuitamente a Madrid, a una parte del frente del Centro y al sur del frente aragonés. Las colectividades de Beniopa, Oliva, Jerez, Taberna de Villadigua, Beinairo y Simat –comarca de Gandía– entregaron 187 camiones de víveres en los seis primeros meses de guerra. Poco después de la caída de Málaga, un simple llamado telefónico consiguió, siempre gratuitamente, siete camiones de víveres para Almería, centro de refugiados sub-alimentados. Si se multiplican estos hechos por todas las colectividades del Levante, tan generosas como el sol que parece inspirarlas, se tendrá un nuevo aspecto de sus obras sociales.

CONCLUSIONES Y COMENTARIOS: EL ATAQUE A LAS COLECTIVIDADES

En junio de 1937, el comunista Uribe, ministro de agricultura, dio a conocer un decreto por el cual legalizaba las Colectividades en todo el territorio español, cualesquiera fuesen las circunstancias que les hubiesen dado origen.

Quien conozca la campaña metódica que este hombre había desarrollado contra las realizaciones de los campesinos revolucionarios, se sorprenderá con este cambio brusco de opinión. Durante meses, él había pronunciado discursos –retransmitidos por radio–, instando a los campesinos a no ingresar en las colectividades, incitando a los pequeños propietarios a combatirlas. Siempre había hablado como ministro, de modo que los conservadores y reaccionarios del interior se sintieron apoyados por el gobierno en su instintiva tendencia a elegir el antiguo sistema antes que el nuevo mundo en formación.

(...) En consemejantes condiciones la legalización de las colectividades sorprenderá enormemente. De inmediato, equipos de jóvenes comunistas se alistaron para ir a Cataluña y al Levante a ayudar a los campesinos para la cosecha. La prensa stalinista llenaba sus columnas de informaciones y comunicados que se explayaban sobre esta colaboración de las “brigadas de choque” con los agricultores.

Los que conozcan la clase de hombres que dan tales directivas no pueden ilusionarse respecto de sus fines. Intentar, muy simplemente, penetrar en las organizaciones agrarias para adueñarse de ellas y destruirlas.

A mediados del mes de junio, el ataque comenzaba en Aragón en gran escala y con métodos hasta entonces desconocidos. El tiempo de la cosecha estaba próximo. Fusil en mano, los recaudadores, que obedecían a inspiración stalinista, detuvieron en las rutas importantes a los camiones cargados con víveres y los condujeron a sus propios campamentos.

Poco más tarde, los mismos guardias afluyeron hacia las colectividades y, en nombre del Estado Mayor que tenía sus cuarteles en Barbastro, exigieron que les entregasen grandes cantidades de trigo.

(...) A continuación tuvo lugar el ataque abierto. El comandante Lister fue encargado de ello. Sus tropas se habían retirado a más de 50 Km. en el momento de la batalla de Belchite, a mediados de agosto del mismo año. Resultaría demasiado extenso exponer detalladamente los episodios. El resultado final fue que el 30 % de las colectividades fueron destruidas. En Alcolea, el consejo municipal que dirigía la colectividad fue arrestado; los habitantes de la Casa de Ancianos, de la cual se habló en este libro, fueron arrojados a la calle. En Mas de las Matos, en Muzón, en Barbastro, en cierta forma en todos lados, hubo detenciones. Se cometieron saqueos en todas partes. Los almacenes de las cooperativas, los depósitos de trigo, fueron desvalijados; los muebles hechos pedazos. El gobernador de Aragón, enviado por el gobierno central después de la disolución del Consejo de Aragón –lo que al parecer constituyó la consigna para el ataque a mano armada contra las colectividades–, protestó. Lo enviaron al diablo.

El 22 de octubre, en el congreso nacional de los campesinos, la delegación del comité regional de Aragón presenta un informe, cuyo resumen es el siguiente:

“Más de 600 organizadores de las colectividades han sido arrestados. El gobierno ha nombrado comités de gestión que se apoderaron de los depósitos de víveres y distribuyeron su contenido al azar. Las tierras, los animales de tiro y los instrumentos de trabajo, fueron devueltos a las familias o a los fascistas que la Revolución había tratado sin rigor.

“Las cosechas fueron distribuidas de la misma forma. Los animales que las colectividades habían criado sufrieron la misma suerte. Una gran cantidad de chiqueros colectivos, establos, tambos, han sido destruidos. En algunos municipios como Burdeos y Calaccita despojaron a los campesinos de las semillas que ahora les faltan para trabajar la tierra”.

La inteligencia popular

Señalo un hecho curioso: el fiasco de la cima, de las cabezas dirigentes, de los “hombres-conductores”. No hablo sólo de los políticos, de los jefes socialistas y comunistas. Hablo también de los militantes anarquistas notorios, de los que en el lenguaje corriente son llamados líderes.

El anarquismo español los tenía. El más capaz, Valeriano Orobón Fernández, murió poco antes del 19 de julio. Él había extendido y profundizado sus problemas políticos y económicos; era un sociólogo, en el sentido estricto del término. Otros eran hombres cultos, excelentes agitadores, a veces oradores notables, buenos periodistas y escritores. Federica Montseny era una de las mujeres más inteligentes que haya tomado parte en la actividad intelectual del país.

Pero estos militantes no han desempeñado ningún papel en la obra que he descrito en este libro. Desde el principio fueron absorbidos por cargos oficiales que aceptaron pese a su tradicional repugnancia por las funciones de gobierno. La unidad antifascista les dictaba esta actitud. *Era necesario acallar los principios, hacer concesiones transitorias*. Eso les impedía continuar su papel de conductores. Permanecían al margen de la gran empresa reconstructora en la que el proletariado encontrará enseñanzas preciosas para el porvenir.

Por cierto, les habría sido posible aportar algunos consejos útiles, exponer normas generales de acción y coordinación. No lo hicieron. ¿Por qué razón? Es que ellos fueron, sobre todo, demoleedores. La lucha contra el Estado y la sociedad capitalista los había impregnado de espíritu táctico político, al cual subordinaban toda su cultura y prestigio personal. Ningún militante –salvo Noja Ruiz y en los últimos tiempos Santillán– era competente para resolver los problemas económicos de la Revolución. No se improvisa una mentalidad constructiva, capaz de discernir entre las contradicciones de una realidad fragmentada y armonizarlas con una visión de conjunto.

No obstante, todo hombre inteligente que hubiese conservado su agilidad mental habría podido cooperar con la obra común. Pero ninguno hizo nada de esto. Incluso algunos intelectuales que quedaban al margen de los cargos oficiales permanecieron extraños a la obra de transformación radical de la sociedad.

¿Entonces cómo fue posible, a pesar de todo, el éxito? He reflexionado dos meses para encontrar una respuesta clara, satisfactoria. Sé ahora que la razón de este feliz resultado realmente estuvo en la inteligencia positiva del pueblo. Ella ha sido nuestra fuerza secreta.

Durante dos decenas de años, los diarios, revistas y opúsculos anarquistas habían modelado militantes individualmente activos y capaces de iniciativa. Ellos no estaban habituados a aguardar las directivas para actuar. Habían pensado y actuado siempre por sí mismos, a veces bien, a veces mal. Al leer el diario, la revista, el opúsculo, el libro, cada uno formaba y completaba su personalidad. No se les había ofrecido jamás un dogma o una línea de acción uniforme y segura. La problemática de los hechos reales y la crítica de los sistemas económicos y políticos habían inducido permanentemente a la reflexión, en la que maduraban poco a poco ideas claras de revolución.

Desde hacía largo tiempo los problemas de la reconstrucción social estaban a la orden del día. Una parte de los militantes más renombrados desdeñaba los estudios publicados por Isaac Puente, Besnard, Santillán, Orobón Fernández, Noja Ruiz, Leval. Pero muchos de los obreros más sensatos y quizá en el fondo más inteligentes los leían ávidamente. De los 70.000 lectores de la revista libertaria *Estudios*, una buena parte seguía los trabajos que se publicaban sobre estos temas. Se discutían con

minuciosos análisis los problemas que una revolución siempre origina en los dominios de la alimentación, del combustible o de la producción agrícola.

Esta fue también la obra de muchas secciones sindicales. Y cuando en mayo de 1936, en el Congreso de Zaragoza, uno de los militantes más renombrados que siempre había demostrado una olímpica indiferencia por estas cuestiones –fue más tarde tan buen ministro como mal organizador¹⁹– hizo sobre el comunismo libertario una exposición en la que se revelaba la inconsistencia de su pensamiento, los obreros y campesinos llegados de todas las provincias manifestaron su reserva, porque entendían que la vida social debía concebirse y organizarse de modo más metódico.

De todas estas actividades, de la lucha permanente que exigía hombres llenos de voluntad para actuar, nació esa capacidad del pueblo que ha permitido realizar la maravillosa obra de las colectividades agrarias y de las organizaciones industriales.

En consecuencia, capacidad del pueblo. Es decir, inteligencia más voluntad, he ahí el secreto.

Los jornaleros más humildes no deben ser olvidados. He conocido muchos entre los miembros de los comités sindicales que tenían frecuentemente una concepción bastante exacta de las contingencias de una revolución y de la organización económica. Hablaban competentemente de materias primas, de compras en el exterior, de la necesidad de perfeccionamiento o eliminación de tal o cual rama de la industria, de la defensa armada o de otros temas.

La rápida reacción contra los *Comités de Control* que, en las grandes ciudades, amenazaban con transformarse en una nueva burocracia parasitaria, la decisión inmediata de defenderse contra los ataques del 18 y 19 de julio, la actitud de los jefes militares improvisados que tenían a sus órdenes a militares de carrera (los Durruti, los Ortiz, los Mera, los Ascaso) son todos hechos que confirman mi opinión.

Cuando hice mi primera visita, que no era la de un turista, al frente de Aragón, me llamó la atención la fisonomía de numerosos jóvenes que se hallaban en las trincheras. Miradas claras, venturosas, firmes, frentes luminosas donde brillaba el pensamiento. Volví a Barcelona en auto, viajando con un camarada, el consejero económico de la región, que iba a Valencia a hacer ante el gobierno central una tentativa desesperada para salvar a su compañera, detenida por los fascistas en Zaragoza.

Era un hombre simple en su aspecto exterior y en su comportamiento, pero de un temple notable. Aunque atormentado por la suerte de su compañera, me dio continuas explicaciones respecto de las nuevas tierras que había que cultivar, de las minas de hierro, de carbón, de manganeso que se

¹⁹ Se refiere a Garcia Oliver.

podrían abrir, respecto de los canales que debían construirse, de los intercambios con Cataluña y de las relaciones entre los campesinos colectivistas y los que habían permanecido individualistas.

Hablamos también de electrificación. Me expuso un plan de red única alimentada por todas las fuerzas hidráulicas y distribuida por igual en todas las regiones socializadas para evitar las concentraciones industriales y las especializaciones agrarias excesivas y a menudo injustas. Me sorprendió su conocimiento serio y profundo de la economía española. Quise saber algo de él. Era un obrero vidriero que tenía sólo 32 años. Muchos ministros de Economía y de Agricultura sabían menos que él respecto de esos puntos...

(. . .) La revolución se desarrolló en circunstancias extremadamente complicadas. Tuvo que batirse tanto con los ataques del exterior como del interior. Aplicar los principios anarquistas demandaba esfuerzos múltiples. A pesar de esto se aplicaron en muchos lugares. Los organizadores han sabido adaptarse a todo. Su técnica logró alcanzar casi siempre el fin propuesto. Para cada problema se encontró una solución. Repito: eso fue posible porque teníamos junto a nosotros la inteligencia popular como base. Ella es la que trabaja, orienta y crea. Ella es la que encuentra el camino y responde a las mil necesidades de la vida y de la revolución. Su actividad multiforme ha sido maravillosa. Ella organizó las milicias y venció al fascismo en la primera etapa de la guerra. Trabajó sin contar con lo necesario en la fabricación de tanques, fusiles y obuses.

La iniciativa ha venido del pueblo, sobre todo del pueblo influido por los anarquistas.

Tomemos las colectividades de Aragón. Uno encuentra allí, entre sus organizadores, sólo dos abogados, en Alcorisa. No eran intelectuales en el sentido exacto de la palabra, y lo que hicieron junto a los otros camaradas campesinos y obreros estuvo bien hecho, pero no mejor de lo que se realizó en Esplús, en Binefar, en Calanda y en otras colectividades.

Lo que sorprendía al hablar con esos campesinos era comprobar que en la gran mayoría de los casos eran analfabetos. Pero poseían la fe, el sentido común y práctico, el espíritu de sacrificio, la voluntad para construir un mundo nuevo. No tengo la menor intención de hacer una demagógica apología de la ignorancia. Lo que existía en estos hombres era una mentalidad, un corazón, un espíritu, de los que no provee la instrucción y que, inclusive, la educación oficial frecuentemente asfixia. La cultura espiritual no es libresca jamás y menos aún académica. Puede nacer de las cosas mismas, en cuyo caso es más dinámica. Indudablemente, las grandes inteligencias se interesan por todo lo que es creación, coordinando e indicando las directivas generales de la reconstrucción social, poniendo en guardia a una región de actividad industrial contra tal o cual error, complementando una actividad con otra, armonizando el

conjunto, estimulando aquí, corrigiendo allá, ayudando siempre. En España, estas inteligencias, desafortunadamente, nos han faltado. Nuestros intelectuales fueron más literatos que sociólogos, más agitadores que orientadores. Los campesinos, libertarios o no, de Aragón, Levante, Castilla, Extremadura, Andalucía, los trabajadores de Cataluña, que habían comprendido esto, se abocaron solos a la tarea.

Los autores de la organización sindical de la salud en Cataluña tampoco eran intelectuales. Un médico vasco, con una voluntad de hierro, y algunos camaradas enfermeros, han hecho casi todo. En otras regiones, profesionales de talento han animado al movimiento y lo han ayudado, pero una vez más, la iniciativa venía de la base.

Toda la industria de Alcoy, tan bien organizada, era manejada por obreros. Igualmente las de Elda y Castellón. Intentaríamos casi siempre en vano encontrar al lado de discursos políticos o de agitación, más o menos brillantes, pronunciados por intelectuales, una concepción concisa. El militante de base, en cambio, lo ha hecho todo, en Carcagente, Elda, Granollers, Binefar, Jativa, en el transporte terrestre y marítimo, en las colectividades de Castilla o en la semi-socialización de Ripoll y de Puigcerdá.

En cuanto a los gobernantes, han sido tan incapaces en la organización de la economía como en la de la guerra.

Principios y enseñanzas de la Revolución Española

Todo lo que por testimonio directo o indirecto ha sido expuesto en este libro ayuda a la comprensión de las siguientes enseñanzas que he sintetizado para que sea tema de meditación:

1) El principio jurídico de las colectividades era enteramente “nuevo”. No era el sindicato ni la alcaldía, en el sentido tradicional del término, como tampoco el municipio del Medioevo. Aun así, ellas estaban más cerca del espíritu comunal que del sindical. Las colectividades habrían podido llamarse con frecuencia comunidades, como es el caso de la de Binefar, pues constituían realmente un todo en el que los grupos profesionales y corporativos, los servicios públicos, los trueques, las funciones municipales, quedaban subordinadas al conjunto, gozando no obstante de autonomía en su estructura, en su funcionamiento interno, en la aplicación de sus fines particulares.

2) Pese a su denominación, las colectividades eran prácticamente organizaciones libertarias comunistas que aplicaban la regla: “De cada uno según sus fuerzas, a cada uno según sus necesidades”, fuese por la cantidad de recursos materiales asegurados a cada uno allí donde se abolía el dinero, fuese por medio del salario familiar allí donde el dinero era mantenido. El método técnico difería pero el principio moral y los resultados prácticos eran los mismos.

Esta práctica existía sin excepción en las colectividades agrarias; por el contrario, era poco frecuente en las colectivizaciones y socializaciones industriales debido a que la vida de la ciudad era más compleja y el sentido de sociabilidad menos profundo.

3) La solidaridad llevada a grado extremo era la regla general de las colectividades agrarias. No sólo se aseguraba el derecho de todos a la vida, sino que en las federaciones rectoras se establecía todavía más el principio del apoyo mutuo que se brindaba con el fondo común, del que gozaban las regiones menos favorecidas por la naturaleza. En Castellón se estableció con este fin la caja de compensación. En el ámbito industrial esta práctica parece haber comenzado en Hospitalet, en los ferrocarriles catalanes y más tarde en Alcoy. Ella habría sido más general si el arbitraje con los otros partidos no hubiese impedido la franca socialización desde los primeros días.

4) Una conquista de enorme importancia ha sido el reconocimiento de los derechos de la mujer, cualesquiera fuesen sus funciones sociales. En la mitad de las colectividades agrarias el salario que se le asignaba era inferior al del hombre, en la otra mitad era equivalente; la diferencia se explicaba teniendo en cuenta que la mujer soltera raramente vive sola.

5) También los niños han visto reconocido su derecho espontáneamente, no como una limosna acordada por el Estado sino como el ejercicio de un derecho que nadie pensaría negar. Al mismo tiempo, las escuelas se abren para ellos hasta que cuentan 14 o 15 años, única manera de evitar que los padres los envíen a trabajar antes y de suministrar una instrucción realmente general.

6) En todas las colectividades agrarias de Aragón, Cataluña, Levante, Castilla, Andalucía y Extremadura, han tenido por principio constituir grupos de trabajadores casi siempre fijos en zonas precisas que se repartieran los cultivos o las tierras. Igualmente espontánea ha sido la reunión de los delegados elegidos por los grupos con el delegado local de agricultura con el fin de orientar el trabajo general.

7) Además de estas reuniones y de otras análogas de grupos especializados, tenían lugar reuniones de la colectividad entera con carácter igualmente espontáneo –asambleas semanales, quincenales o mensuales. En ellas se informaba respecto de los consejeros nombrados, su actividad, los casos especiales y las dificultades imprevistas. Todos los habitantes, tanto hombres como mujeres, fueran o no productores de bienes de consumo, intervenían y determinaban acuerdos. A menudo, hasta los “individualistas” podían manifestar su opinión y votar.

8) En la colectivización de la tierra, las modificaciones más importantes han sido: el aumento rápido del maquinismo y el riego, la extensión del policultivo, la plantación de árboles de toda especie. En la crianza de los animales: la selección y multiplicación de las especies, su adaptación a las condiciones del medio, del clima, de la alimentación, etc., y la construcción en gran escala de establos, chiqueros y granjas colectivas.

9) Aumentaba constantemente la armonía en la producción y la coordinación en los intercambios, así como la unidad en el sistema de distribución. La unificación comunal se completaba con la regional, de donde surgía la federación nacional.

En la base, la “Comuna” organizaba el intercambio. En casos excepcionales, la comuna lo practicaba aisladamente, aunque con la autorización de la Federación que tomaba nota de los intercambios y podía interrumpirlos si causaban un perjuicio a la economía general. Eso ocurrió con una colectividad aislada de Castilla que no vendía el trigo por su cuenta sino que enviaba al cliente a la oficina respectiva de Madrid.

En Aragón, la Federación de las Colectividades, fundada en enero de 1937, y cuya residencia central se encontraba en Caspe, comenzó a coordinar los intercambios entre todas las comunas de la región, así como también a aplicar el principio del apoyo mutuo.

La tendencia a la unidad se hizo más clara aun con la adopción de una única cédula de “productor” y una única de “consumidor”, que implicaba la supresión de todas las monedas, locales o no, conforme a la resolución tomada en el Congreso constitutivo de febrero de 1937.

La coordinación de los intercambios con las otras regiones y la venta al exterior se mejoraban cada vez más. Si se trataba de beneficios debidos a diferencias cambiarias, o a la obtención de precios superiores a los precios de base, ya excesivos, la federación regional los empleaba para ayudar a las colectividades más pobres. La solidaridad rebasaba el circuito comunal.

10) La concentración industrial tendía a generalizarse en todas las comunas, en todas las ciudades. Las pequeñas fábricas, los talleres anti-económicos, desaparecieron. El trabajo se racionalizó con un objetivo y una forma altamente sociales tanto en las industrias de Alcoy como en las de Hospitalet. en los transportes urbanos de Barcelona como en las colectividades de Aragón.

11) La socialización comenzaba frecuentemente con la distribución (en Segorbe, Granoller y diferentes pueblos de Aragón). En algunos casos, nuestros compañeros arrebataron a la municipalidad reformas inmediatas (municipalizaciones de los alquileres, de la medicina, en Elda, Benicarlo, Castellón, Alcañiz, Caspe, etc.).

12) La enseñanza progresó con una velocidad desconocida hasta entonces. La inmensa mayoría de las colectividades y municipalidades más o menos socialistas construyó una o más escuelas. Cada colectividad de la Federación del Levante tenía su escuela a principios de 1938.

13) El número de las colectivizaciones aumentaba continuamente. El movimiento, nacido con más ímpetu en Aragón, había ganado en el interior una parte de Cataluña, tomando un impulso extraordinario sobre todo en el Levante y en seguida en Castilla, cuyas realizaciones, según testimonios responsables, eran quizá superiores a las del Levante y a las de Aragón. Extremadura y la parte de Andalucía que los fascistas tardaron en conquistar –especialmente la provincia de Jaén– tienen también sus colectividades. Cada región tiene características propias en su agricultura y su organización local.

14) En mis encuestas me encontré sólo con dos fracasos: el de Baltana, y el de Ainsa, al norte de Aragón. El desarrollo del movimiento y las adhesiones que él recibía puede expresarse por medio de estos hechos: en febrero de 1937 la región de Angues tenía 36 colectividades (cifra comunicada al Congreso de Caspe). En junio del mismo año tenía ya 57. Nos faltan las cifras exactas referentes a la cantidad de colectividades creadas en toda España, pero basándome en las estadísticas incompletas del Congreso de febrero en Aragón y en las noticias recogidas durante mi prolongada estada en esa región, puedo afirmar que había por lo menos 400. Las del Levante eran 500 en 1938. Debemos agregar a ellas las de las otras regiones.

15) Las colectividades se completaron en algunos lugares con otras formas de socialización. El comercio se socializa después de mi paso por Carcagente. Alcoy ve surgir una cooperativa de consumo que completa la organización sindical de la producción. Otras colectividades se agrandan: Toramite, Alcolea, Rubieba de Mora, Calanda, Pina, etcétera.

16) Las colectividades no fueron la obra exclusiva del movimiento libertario. Aunque aplicaran principios jurídicos netamente anarquistas, eran frecuentemente la creación espontánea de personas alejadas de ese movimiento (“libertarios” sin saberlo). La mayoría de las colectividades de Castilla y de Extremadura fueron obra de campesinos católicos y socialistas, inspirados o no por la propaganda de militantes anarquistas aislados.

A pesar de la oposición oficial de su organización, muchos miembros de la UGT ingresaron a las colectividades o las organizaron; también

lo hicieron los republicanos sinceramente deseosos de realizar la libertad y la justicia.

17) Los pequeños propietarios fueron respetados. El carnet de consumición que se les entregó, la cuenta corriente que se les abrió, las resoluciones tomadas respecto de ellos, lo atestiguan. Se les impedía

solamente que tuvieran más tierras que las que podían cultivar y de realizar el comercio individual. La adhesión a las colectividades era voluntaria: los “individualistas” adherían a ellas únicamente cuando estaban persuadidos de las ventajas del trabajo en común.

18) Los principales obstáculos para las colectividades fueron:

a) la coexistencia de núcleos conservadores, los partidos y organizaciones que los representaban: republicanos de todas las tendencias, socialistas de derecha y de izquierda (Largo Caballero y Prieto), comunistas stalinistas, frecuentemente poumistas (antes de ser expulsado por el gobierno de la Generalitat, el POUM no fue realmente un partido revolucionario. Llegó a serlo cuando se encontró obstaculizado por la oposición. Todavía en junio de 1937, un manifiesto distribuido por la sección aragonesa del POUM atacaba a las colectividades). La UGT era el instrumento principal que utilizaban estos diferentes políticos.

b) la oposición de algunos pequeños propietarios (campesinos catalanes y pirenaicos).

c) el temor, manifestado inclusive por algunos miembros de las colectividades, de que, una vez terminada la guerra, el gobierno destruyese sus organizaciones. Este miedo hizo vacilar hasta a muchos de los que no eran realmente reaccionarios y a los pequeños propietarios que, de no ser así, se hubiesen plegado a las colectividades.

d) la lucha activa contra las colectividades, que no estaba representada solamente por la acción evidentemente destructiva de las tropas de Franco allí donde ellas llegaran. Esa lucha contra las colectividades fue conducida a mano armada en Castilla por las tropas comunistas. En la zona de Valencia se desarrollaron incluso verdaderos combates en los que intervinieron los tanques. En la provincia de Huesca, la brigada Karl Marx persiguió a las colectividades. La brigada Maria-Companys hizo lo mismo en la provincia de Teruel (pero ambas evitaron siempre el combate con los fascistas). La primera ha estado siempre inactiva, mientras nuestras milicias luchaban por tomar Huesca u otras posiciones importantes. Las tropas marxistas eran destinadas a la retaguardia. La segunda abandonó sin lucha Vinel del Río y otros municipios de la región carbonífera de Utrillas. (Los soldados que se escaparon en camisa de un leve ataque que otras fuerzas contuvieron sin dificultad, se transformaron en seguida en combatientes intrépidos contra los campesinos desarmados de las colectividades.)

19) En la obra de creación, transformación y socialización que ha sido realizada, el campesino ha demostrado una conciencia social muy superior a la del obrero de las ciudades.

Gastón Leval

LA AUTOGESTIÓN EN YUGOSLAVIA

INTRODUCCIÓN ²⁰

La experiencia yugoslava en cuanto a autogestión tiene un carácter muy particular; fue instaurada por una ley promulgada por un gobierno dirigido por el Partido Comunista. La ley esencial data de 1950 y fue completada por la de enero de 1953, inscrita luego en la nueva Constitución del 7 de abril de 1963, modificada, por último, por la ley de julio de 1965.

Esta originalidad plantea inmediatamente el problema de las causas que provocaron esta autogestión; existen al respecto tres clases de explicaciones: teóricas, pragmáticas y políticas. Es sabido que cada experiencia marxista debe encontrar su justificación en los textos de Marx, Engels y Lenin. Pero es precisamente en este punto que los marxistas difícilmente hallan apoyo teórico en sus clásicos; la teoría marxista siempre encaró la economía como una gestión inherente al Estado; dicha teoría no previó la autogestión (o si lo hizo fue de una manera aún más vaga y más abstracta de lo que fueron sus previsiones sobre la paulatina decadencia del Estado). Pero el propósito del presente texto no es demostrar esta contradicción. Refiriéndose a Yugoslavia, escribe el profesor Lasserre:

“Los dirigentes y los teóricos del socialismo yugoslavo declaran haber sido inspirados en cierta medida por el socialismo de asociación y especialmente por Proudhon, por el sindicalismo revolucionario francés anterior a 1914; por la primera etapa de la revolución de Lenin.”²¹

“Tenemos ciertas dudas en cuanto a sus conocimientos y preferencias por el “socialismo de asociación” y por Proudhon, pues Proudhon es muy poco estudiado y conocido en Yugoslavia. El ‘sindicalismo revolucionario francés’ anterior a 1914 era de inspiración anarcosindicalista, concepción que los comunistas yugoslavos rechazan sistemáticamente; en cuanto a la primera etapa de la revolución de Lenin, ella no constituye una concepción teórica sino una actitud puramente táctica y demagógica que únicamente ha permitido al partido acaparar el poder...”

Nos parece que el profesor Lasserre también está poco convencido respecto de la fuente teórica de la autogestión en Yugoslavia, ya que seguidamente propone una segunda hipótesis. Según ella, serían consideraciones puramente empíricas las que han condicionado las ideas de autogestión.

²⁰ Se trata de un artículo de la revista *Noir et Rouge* firmado por Ivo, (Todor Mítev) (compañero búlgaro nacionalizado francés).

²¹ *Archives Internationales de Sociologie de la coopération*, n.º 14, p. 104

“...ellos (los teóricos yugoslavos) presentan las realizaciones yugoslavas como si fuesen, por sobre todas las cosas, el resultado de razones empíricas: la aspiración de los trabajadores, los resultados negativos del primer período, la necesidad de liberarse del estatismo económico, los estímulos originados en los hechos mismos cuando los individuos se sintieron comprometidos en esta tarea (...) El socialismo sólo puede nacer de la iniciativa de las masas. Ello implica la caída del Estado. Volvemos a encontrar aquí una vieja idea saint-simoniana, que ha sido también anarquista, proudhoniana y anarcosindicalista. Marx la había utilizado para hacer de ella el punto final de la evolución del colectivismo, pero fue olvidada por el comunismo ruso.”²²

La razón empírica pone, pues, en evidencia el fracaso de una economía de tipo estatista.

Pensamos que es una razón más seria que la razón teórica a la que hicimos referencia en primera instancia, pero también nos parece insuficiente; la misma economía asentada sobre los mismos principios, con los mismos resultados negativos, mantiene siempre su vigencia. Estos principios económicos continúan siendo aplicados en todas las democracias populares, incluso y pese a todo, hasta en Rusia misma. El fracaso se oculta por la propaganda en el exterior y en el interior por medio de la violencia y el silencio. Indudablemente, si los hombres que ejercen el poder tuvieran el menor sentido de realidad y la más pequeña sensibilidad por las aspiraciones de los trabajadores, ya haría mucho tiempo que hubiesen abandonado sus sistemas de explotación y de opresión, pero ¿acaso los comunistas yugoslavos son más sensibles que el resto de los comunistas? ¿Acaso los ha aproximado al pueblo la resistencia antifascista?

Estimamos que el hecho determinante es de otro orden; muy simplemente, una razón política. Tito mismo nos proporciona la clave del problema

“El peligro de las deformaciones burocráticas no se reveló claramente ni tomó todo su sentido hasta el momento de nuestro conflicto con la presión stalinista y la consiguiente resistencia a esa presión. El hegemonismo se reveló como la consecuencia exterior del burocratismo, y los elementos burocráticos interiores aparecieron como el apoyo firme del burocratismo en la amenaza que él hacía pesar sobre los logros de la Revolución.”²³

En consecuencia, resulta evidente que el nuevo cambio de la economía yugoslava iniciado en 1949-50 con la creación de consejos obreros, correspondía al deseo de obtener el apoyo de las masas yugoslavas en el conflicto existente entre la dirección titoista y el stalinismo y, a la vez, con los apoyos interiores de este último. O sea que si hubo una concesión por

²² G, Laserre, *Ibid*

²³ Tito, “40 años de lucha del Partido Comunista yugoslavo”, 19 de abril de 1969, p. 22.

parte de los dirigentes fue por una cuestión vital: conservar el poder (y su propia vida, ya que en esa época las discusiones ideológicas terminaban en fusilamientos). Pero los dirigentes yugoslavos fueron suficientemente precavidos como para salvar, al mismo tiempo que sus vidas, sus privilegios. Así, el fenómeno político se transforma igualmente en fenómeno de clase; el instrumento del partido conserva su posición de dirigente, incluso dentro de la nueva estructura. La nueva clase con autoridad no pierde nada en esta operación, y por el contrario, gana en el plano interior una cierta estabilidad, y en el exterior un nuevo prestigio y una nueva ayuda económica. No es simplemente por azar que Djilas, miembro influyente de la nueva clase, ha hecho la crítica de su propia clase; se trata del mismo fenómeno dialéctico que obligará a la economía yugoslava a mantener constantemente un equilibrio sutil entre la mera verborragia y la realidad, entre las promesas y la coerción, etc.

Las causas de la autogestión en Yugoslavia determinan las posibilidades de desarrollo de la autogestión misma; de manera especial, los reducidos límites impuestos a ese desarrollo determinan, ellos también, todas sus ambigüedades y contradicciones, como también algunas de sus debilidades.

EL FUNCIONAMIENTO DE LA AUTOGESTIÓN

I. La empresa industrial

La originalidad de la empresa industrial reside en el hecho de que la autogestión obrera se complementa con una gestión comunal. El tercer factor, el Estado, se esfuerza, al menos teóricamente, por ser más discreto, por aparecer más difuminado, pero no obstante está siempre presente con su planificación, su centralismo, sus impuestos, sus decretos. El equilibrio, y más frecuentemente el desequilibrio, contiene estos tres factores. El consejo comunal interviene en el nombramiento del director, supervisa el balance anual de cada empresa, participa de la distribución de los beneficios. Participa también, de una manera más indirecta, en muchos otros asuntos: el plan de ataque, la elección de la producción, las obras sociales, etc.

La comuna es por consiguiente el primer “órgano de control” de la empresa, o más bien de cogestión. Pero esto no es lo único. Otras muchas agrupaciones controlan a cada empresa y al conjunto de todas ellas: los consejos de productores que existen en diferentes niveles, desde la comuna hasta el nivel federal (Yugoslavia es una república federativa), donde el Consejo Federal de Productores, algo así como una cámara de economía, ha reemplazado al Consejo de las Nacionalidades; las cámaras de comercio son más bien destinadas a colaboración y coordinación; la planificación central que siempre existe pero a la que se desea más flexible, más indicadora que imperativa (en efecto, se planifica en conjunto, dejando los detalles a los seis Estados (Federales), a los distritos y a las

comunales); el Fondo Nacional de Inversiones que proporciona los recursos necesarios para la creación de empresas y entrega anticipos para su mejoramiento; existen también los impuestos a la venta y a la compra, la política de precios, los fenómenos de mercado, el control de los cambios interiores, etc.

Todos estos organismos están destinados a controlar y a equilibrar “los abusos de autonomía y liberalismo”, a salvaguardar “los intereses de la comunidad entera amenazados por los intereses particulares”. De este modo, al mismo tiempo que las empresas son libres y se auto dirigen, son vigiladas por toda la sociedad localmente por la comuna, en base a un plan más general para todo un sistema muy complejo de control y tutela. Por todas partes nos encontramos con ese espíritu de desconfianza y paternalismo hacia los obreros; mientras se proclaman su capacidad para actuar, sus virtudes, etc., el partido y el poder, multiplican sus reservas, no disimulan sus recelos, ponen siempre vallas, como si la clase obrera fuese un niño al que se regala un lindo juguete pero a condición de que permanezca niño.

Los órganos de gestión obrera a nivel de la empresa son de cuatro órdenes: la colectividad obrera (el conjunto del personal); el consejo obrero (en la empresa de menos de treinta trabajadores la colectividad reemplaza al consejo); el comité de gestión (los dos últimos son elegidos por tiempo limitado y son responsables ante la colectividad); por fin, el director. Además, existen bien claramente: un comité de empresa para el dominio social, un sindicato y el partido (la *Liga de los Comunistas*).

El organismo más original, el consejo obrero, cuenta con 15 a 120 miembros (más frecuentemente entre 15 y 60). Son elegidos por la colectividad de los obreros por el término de un año (desde 1957 se acepta que sean hasta dos años); cada miembro puede ser reelegido sólo una vez (existen también algunas derogaciones); las tres cuartas partes del total de miembros deben desarrollar la actividad principal de la empresa (para tratar de evitar la preponderancia de los cuatro técnicos); las elecciones eran en principio controladas por los sindicatos y a continuación por una comisión electoral elegida por el organismo saliente; existe una lista electoral presentada por el sindicato, pero otras pueden ser igualmente propuestas a condición de que haya un cierto número de signatarios que la propongan.

El director, que tiene la responsabilidad técnica de la gestión, que puede contratar y licenciar a los obreros, participa obligatoriamente en las reuniones del consejo obrero, y comparte el verdadero poder con el consejo de gestión. En caso de conflictos, estos se llevan ante una comisión de conflictos. Antes del período de autogestión, el director era nombrado directamente por el ministerio como un funcionario de Estado responsable únicamente ante él; acto seguido, el consejo económico realizaba su nombramiento; actualmente él es nombrado conjuntamente por el consejo obrero y el comité popular de la comuna. Su posición es con

frecuencia muy delicada y los abusos de confianza muy comunes. El comité de gestión puede solicitar su revocación (563 casos en 1956. 200 en 1958).

Hace algunos años había 11.000 consejos obreros que contaban cerca de 220.000 miembros (170.000 obreros y 50.000 empleados). Casi el 50 % lo constituyen las mujeres y la gente joven; se calcula en más de 1.000.000 el número de personas que han pasado por los órganos de autogestión obrera. En 1964 existían en el sector socializado 3.668.000 empleados, de los cuales 1.362.000 pertenecían a la industria manufacturera, 376.000 a la construcción y 346.000 a la agricultura (en 1961, en el sector privado, la agricultura contaba con 4.551.000 trabajadores, cifra que disminuye progresivamente). La remuneración mensual media de los obreros ha sido en 1963 de 28.000 dinares, las calorías de la alimentación de cada habitante eran 3.116. Desde 1953 a 1963, fueron integrados 1.600.000 trabajadores a la producción, lo que equivale a decir que el número de trabajadores empleados en los sectores socializados se ha duplicado²⁴. El 95 % de la producción industrial pertenece al sector socialista.

A partir de 1953 y sobre todo en el período del 59 al 60, “la descentralización interna de las empresas” recibe todavía mayor impulso: las grandes empresas son subdivididas en unidades más pequeñas y autónomas llamadas “unidades económicas” o “comunidades de trabajo de productores” (de esta forma, los ferrocarriles se subdividen en 160 unidades): cada unidad tiene su consejo de obreros que posee únicamente un poder consultivo; ciertas unidades perciben por su trabajo una remuneración global que inmediatamente se reparte entre sus miembros.

El régimen de beneficios, salarios y precios —el problema más delicado— se ha establecido después de mucho investigar: incluso actualmente no parece definitivo. A principios del período de autogestión el sistema de salarios era: salario mínimo por categoría con el derecho para las empresas de distribuir algo de su beneficio: a continuación, la empresa tuvo el derecho de fijar el monto de los salarios aplicables en el interior de la misma, mientras que la suma total a distribuir se fijaba de acuerdo a una relación determinada; en una tercera fase, esa relación determinada ha dejado de ser obligatoria para la empresa, o sea que el beneficio neto de la empresa está enteramente a disposición de ella. Beneficio neto significa el beneficio global, del que se deducen: los gastos de producción, comprendidos en ellos las amortizaciones y los intereses del capital, la contribución territorial, el impuesto al volumen de operaciones comerciales, las subvenciones colectivas, etc. De este beneficio neto una parte pasa a integrar los diferentes fondos de la empresa (fondo de reserva, valores realizables en el acto, cte.); otra parte se destina a la comuna y el resto constituye la ganancia personal de los trabajadores. Para tener idea de lo que esto significa basta puntualizar que en 1962 el 25 % del beneficio iba a parar a los organismos centrales, el 35 % a la comuna y el 40 % a la

²⁴ *Etudes Economiques*, OCDE, mayo de 1965.

empresa (en lo que se refiere a 1959, Paul Zorkine²⁵ había publicado otras cifras). Yendo más lejos en el análisis, se advierte que se impone legalmente un salario mínimo pero no máximo; que el balance y el proyecto de distribución se someten a la consideración del Consejo de Productores de la comuna, que puede invitar a la empresa a que modifique su proyecto. La remuneración por cada función laboral pasó también por muchas etapas: al principio se buscaba el “monto tarifario”, correspondiente a cada función laboral, que era establecido por un reglamento discutido y modificado periódicamente por el cuerpo de obreros y completado a fin de año por un reparto de los excedentes; luego se trató de establecer una remuneración por unidad de producción (algo como el salario colectivo a destajo, a partir de los beneficios recibidos por unidad de mercaderías vendidas con anterioridad); se han introducido, por consiguiente, previsiones con respecto al monto total de los gastos de producción (a fin de instar a que se hagan economías en la producción); por último, la remuneración acompañó también a la subdivisión de la empresa en unidades autónomas de trabajo. De este modo, teóricamente, lo que gana cada trabajador corresponde a tres factores: el resultado obtenido por el obrero mismo, el obtenido por su equipo de trabajo y el obtenido por la empresa. En base a este esquema en 1962 funcionaron 11.000 empresas, con 212.000 miembros de consejos obreros y 68.000 miembros de comités de gestión.

II La agricultura

La agricultura continúa ocupando a la mayoría de la población. Si antes de la guerra comprendía al 75 % de la población, en 1953 se redujo al 61 % y en 1962 al 51 % (nótese que la población en 1960 era en un 60 % mayor a la de preguerra y que la población aumenta anualmente en la proporción de 7 %).

Hay que señalar que si el poder representa el paternalismo y, en el fondo, desconfía de la clase obrera, hay todavía menos confianza en la clase campesina. Así, en el Consejo de Productores (hemos comprobado que se trata de la Cámara Económica Federal) la agricultura, con 68 % de la población del país, tiene el 32 % de los diputados, mientras que la industria y las minas, que reúnen al 18 % de la población activa, cuentan con el 42 % (en 1962).

Antes de la guerra existían en Yugoslavia aproximadamente dos millones de explotaciones de tipo campesino (cada una de 5,4 hectáreas término medio), muy pequeñas y pobres. La primera reforma agraria (23 de agosto de 1945) ha alcanzado a casi 1.600.000 hectáreas (la mitad distribuida entre 316.000 familias campesinas de las que 70.000 no tenían tierras, y la otra reservada a la explotación colectiva); en consecuencia, hay que destacar que no se trata de una nacionalización como en Rusia, sino más que nada de una repartición y socialización. La segunda reforma (1953) ha

²⁵ Ver el artículo [http://www.fondation-besnard.org/Noir & Rouge n°14 \(hiver 1959\)](http://www.fondation-besnard.org/Noir_&_Rouge_n°14_(hiver_1959).).

tocado a 227.000 hectáreas pero entregadas únicamente para explotaciones colectivas. A título sólo de comparación: la primera nacionalización en la industria data de diciembre de 1946 (únicamente 42 sectores industriales); la segunda, de 1948, ha hecho del Estado el dueño de toda la industria, los bancos, minas, comercio mayorista y minorista.

Desde el principio la explotación colectiva ha sido de dos clases: la propiedad de Estado tipo *sovkhoze* (con trabajadores asalariados) y el tipo cooperativa de trabajo (que a su vez se subdividían según cuatro variantes). El período 1949-52 fue el periodo de la colectivización frecuentemente forzada; en 1950 existían 7.000 colectividades agrícolas con dos millones de miembros (es decir, 20 % de familias rurales); es preciso señalar también que esta experiencia se pagó con un fracaso evidente en el plan de productividad, de participación efectiva, de aparcería, etc. Ese fracaso, agregado a las dificultades de la preguerra, trajo aparejada una gran escasez de alimentos. El decreto de 1953 autorizó a los campesinos a que abandonaran las colectividades: de 7.000 su número fue disminuyendo hasta 116 en 1962. Al mismo tiempo se instauró una nueva organización. Actualmente la situación se presenta de esta manera: un sector privado con 2.335.395 explotaciones y 11.190.000 hectáreas y un sector colectivizado que en 1960 sólo comprendía 6.000 explotaciones aproximadamente y menos de 1/10 de la superficie total de tierra cultivable (el área agraria total es de alrededor de 15.000.000 de hectáreas, de las cuales 10.000.000 corresponden al área cultivada, mientras la población agraria asciende a 10.000.000 de individuos).

El sector colectivizado adopta tres formas:

1) Cooperativas generales:

Son las antiguas cooperativas de consumo (antes de la guerra había 11.309 cooperativas agrarias, con 1.609.176 miembros) que extendieron su actividad al dominio de la producción, efectuando trabajos para provecho de los campesinos de la aldea. Estas cooperativas no poseen, por lo tanto, necesariamente, tierras, de manera que, por ejemplo, de 4805 explotaciones que había en 1960 únicamente 2500 poseían 430.000 hectáreas (las cooperativas generales explotaban 1.500.000 hectáreas pertenecientes a los propietarios campesinos). Entre los campesinos y las cooperativas existen muchas formas de contrato: contrato de suministro de productos y de trabajo (cultivo, siembra, abono, etc.) ejecutado por los campesinos; contrato de coproducción, por el cual el campesino alquila su tierra y al mismo tiempo participa en algunos trabajos; el 60 % del beneficio pertenece al campesino y el 40 % a las cooperativas (después de haber deducido la renta de la tierra y el precio del trabajo del campesino); contrato de locación de la tierra (en consecuencia sin participación en el trabajo). Las cooperativas también otorgan créditos a las explotaciones privadas para la adquisición de materiales. La originalidad de esta experiencia reside en su doble aspecto: en el trabajo participan asalariados y miembros ligados por contratos limitados. Las cooperativas son

administradas por una asamblea general la cual elige un consejo cooperativo, que, por su parte, nombra un comité de dirección integrado por nueve miembros.

2) Granjas sociales:

Con preferencia, granjas de Estado de tipo *sovkhoze* clásico, con un conjunto de trabajadores asalariados (en 1960, 157 explotaciones de esta clase, con 672.000 hectáreas; 116 en 1962).

3) Cooperativas de producción, tipo *kolkhoze*.

Antes de 1953, era la forma de gestión más frecuente, junto con las granjas de Estado; después del decreto que autorizaba a los campesinos a abandonar las cooperativas, su número disminuyó enormemente; actualmente ha comenzado a aumentar (378 en 1960 con 205.266 hectáreas).

El sector colectivizado, aunque no explote sino el 10 % de la tierra cultivable, produce cerca del 50 % del excedente comercializado (por ejemplo, 85 % del trigo, 65 % del maíz, 100 % de los cultivos industriales). Así como en el caso de la industria, las unidades agrarias son controladas por la comuna que da autorización para fundar una cooperativa, proporciona tierras comunales, controla la actividad. El segundo escalón lo constituye la unión de las cooperativas del distrito.

Los resultados de la gestión en la agricultura son muy insuficientes. La producción es muy endeble, apenas 21 % más que antes de la guerra, lo cual, dado el aumento de la población, es sumamente deficitario y necesita las importaciones (70 a 80 % de la balanza de pagos). El problema se hace todavía más complejo si se considera el hecho de que el nivel de la producción de la agricultura privada es poco más o menos parecido al de 1930-39, o sea que, por una parte, el aumento de la producción se debe solamente al sector colectivizado, y por otra, que veinte años después del cambio de régimen, el campesinado ha quedado, en su inmensa mayoría, en condiciones poco satisfactorias. Eso se debe, según parece, a la incomprensión fundamental del marxismo de los problemas campesinos. El campesinado no es considerado más que como mano de obra y base para la industrialización: los partidos comunistas en el poder no saben jamás cómo encararse con la masa campesina. En Yugoslavia, después de haber intentado la represión y la violencia (con las que no se logró nada, salvo el hambre), el poder quiere elevar el nivel de vida del campesino y hacerlo participar en la vida económica por medio de una socialización gradual, una interacción progresiva y el ejemplo permanente de la modernización técnica. Pero los resultados hasta el presente son poco alentadores.

Pero el problema va más allá del ejemplo yugoslavo: cuando no hay límite interior a la propiedad (en Yugoslavia, sólo el límite máximo está fijado en 10 hectáreas para la propiedad privada), existen propiedades demasiado pequeñas cuya capacidad de renta es muy insuficiente, sin excedentes y al

mismo tiempo con un índice demográfico muy grande y una psicología campesina muy particular. El problema parece insoluble. Una colectivización resultaría “una colectivización de la miseria”. Y sin embargo, en España las colectividades agrícolas, que no estaban en mejores condiciones, han demostrado su vitalidad. Los *kibutz* en Israel, también. Es necesario entonces un conflicto social para sacar a la masa campesina de su apatía. También hay que dejar de considerar a los campesinos como una fuerza retrógrada y de segundo orden.

III. La gestión social

Existe un tercer sector de la economía yugoslava que escapa completamente a los principios de la autogestión, el sector considerado de “gestión social”. Es una innovación reciente (de 1955), su dominio corresponde al de las nacionalizaciones en los países capitalistas, los servicios de interés general, los servicios públicos, los capitales, los bancos (los ferrocarriles están sin embargo bajo el régimen de autogestión, los comités de las direcciones de órganos federales están compuestos por representantes de los consejos obreros).

Esta "gestión social" adopta ella también diferentes formas

a) la gestión de los representantes de los poderes públicos, con cierta participación más bien simbólica de los consejos obreros (por ejemplo, la Banca Nacional Federal de Yugoslavia es dirigida por un Consejo de 21 miembros, de los cuales 14 son nombrados directamente por el Consejo Ejecutivo Federal y 7 por el Consejo obrero –lo mismo ocurre con la radiodifusión);

b) la gestión de las personalidades técnicamente competentes, igualmente designadas con una pequeña participación de los Consejos obreros (editoriales, teatros, bibliotecas, instituciones sanitarias, protección social);

c) la gestión de los representantes designados por los consumidores y usuarios, gestión indirecta realizada por las diversas agrupaciones que representan los intereses de los usuarios (así, el Instituto Federal de Seguridad que está dirigido por un Comité de 20 miembros, 14 de los cuales son nombrados por el Consejo Ejecutivo Federal –pero a proposición de las cámaras económicas, de la Unión General de los Cooperadores, de la Conferencia permanente de las ciudades– y 6 por el Colectivo obrero);

d) la gestión más directa de los Consejos elegidos directamente por los consumidores y los usuarios (su trabajo es sobre todo consultivo y su función gratuita);

e) por último, una gestión todavía más directa: asambleas que eligen directamente a los órganos de gestión, que discuten incluso el presupuesto (por ejemplo, los Consejos de inmuebles habitacionales, los institutos de seguridad social de cada distrito).

Vemos que en esta forma de gestión llamada “social” se procura que participen más los consumidores y usuarios que los productores. Los economistas yugoslavos declaran que no han encontrado la solución verdaderamente satisfactoria en este dominio.

IV. Autogestión comunal

La ley constitucional del 13-1-1953 en su artículo 4 dice:

“la propiedad social de los medios de producción, la autogestión de los productores en la industria y el “*self government*” (auto gobierno) del pueblo trabajador en la comuna, la ciudad y el distrito, son las bases de la organización social y política del país”.

Al mismo tiempo que descubría la autogestión, el poder trató de hallar en los “*Comités Populares de Liberación*” (durante la guerra administraron las zonas liberadas) y en el esquema de descentralización un modo de reconciliar el poder con las masas. Pero en ellos también se encuentran las mismas ambigüedades e insuficiencias.

El Comité Popular está formado por dos consejos, el consejo comunal de 15 a 20 miembros y el consejo de productores con 15 a 20 miembros también, elegidos ambos por cuatro años; un consejo de ciudadanos formado por miembros del comité popular y por ciudadanos competentes, para formar comisiones (por ejemplo, de salud, de enseñanza, de agricultura, etc.); el secretario comunal es un funcionario que depende directamente del presidente del comité popular; este último es elegido por los miembros del comité popular pero no es reelegible. Para cuestiones difíciles, se recurre a los mecanismos de “democracia directa”: reuniones de electores, referéndum, etc. Hemos visto ya que la comuna no es solamente una unidad administrativa y social sino también económica. Participa directamente en la vida económica de las empresas de la comuna (elección del director, reparto de los beneficios, balance anual, cálculo de salarios, etc.). Ella tiene su propia vida económica al administrar los fondos para inversiones, para vivienda, para carreteras.

Crítica de la experiencia

Preferimos plantear algunos problemas, dejarlos abiertos a la discusión y a manera de hipótesis, en lugar de hacer afirmaciones categóricas. Esta precaución se impone por la evolución misma de la experiencia de autogestión, que, aunque existe en Yugoslavia desde hace 15 años, parece siempre revestir un carácter inestable; se impone también porque la experiencia yugoslava, a pesar de resultar interesante por sí misma, sólo constituye un ejemplo muy general: una tentativa suplementaria de gestión apartada del capitalismo liberal y estatista y de los regímenes totalitarios. En fin, nosotros estudiamos el ejemplo yugoslavo de lejos y ciertos errores de visibilidad o de interpretación son siempre posibles.

Hay dificultades de otro orden, ya sea por entrar en la *mitología de la autogestión* tal como se da, tratando de defenderla “cueste lo que cueste” y entregarla como modelo a otros países; ya sea condenándola en bloque porque, como dice Guérin:

“no entra en el esquema ideal previsto por el comunismo libertario”.

También está el hecho de que, aparte de la aprobación o condena global de un fenómeno, algunos aspectos del mismo problema pueden revestir características interesantes que merezcan ser discutidas. En efecto, si nuestro juicio global sobre la experiencia yugoslava resulta muy reservado, si no muy desconfiado, hacemos notar aquí las conclusiones a las que arribó Zorkine en 1959:

“Cada vez que se trató de hacer coexistir a los dos (Estado-Consejo obrero) jamás fue el Estado el que se debilitó, sino por el contrario, el que absorbió a los consejos.”

Este juicio global se relaciona también con el de Djilas:

“Todo el esfuerzo yugoslavo en pro de la administración directa no ha sido para el régimen más que una válvula de seguridad; por medio de la red de los impuestos fiscales y del empréstito forzado, se vio retenido el sueldo beneficiario que los trabajadores creían poder distribuirse: no les quedó más que las sobras de la mesa y algunas ilusiones menos. Sin libertad universal la gestión obrera no puede ser libre; resulta claro que en una sociedad sojuzgada nadie puede decidir nada libremente. Los ‘descentralizadores’ centralizados, de una u otra manera, siempre han hecho pagar por debajo de su valor la independencia que ellos suponían acordar.”²⁶

Pero aparte incluso de ese juicio global, esta experiencia da lugar a problemas que es preciso tratar de abordar de la manera más franca posible, dado que los mismos problemas se han planteado ya en otras experiencias y vuelven de nuevo a plantearse. La realidad demuestra que no se eliminan los problemas descartándolos por medio de un razonamiento.

Las *críticas a la autogestión* son numerosas e inspiradas en puntos de vista diferentes. Las más interesantes son quizá las que se hacen a sí mismos los yugoslavos, como ejemplo de lo cual tenemos el discurso de Tito en *Split* el 6 de mayo de 1962.²⁷ Alexandre Vesselinovic ha publicado en la revista *Sindicatos Yugoslavos* (noviembre de 1954) un artículo titulado “*Desviaciones*”, en el cual identifica por lo menos diez tipos de desviaciones: la “línea de los expertos” (la posición dominante del aparato administrativo en la empresa), el “primitivismo” (por ejemplo, al tratar a todos los empleados de burócratas), “anarquía” (subestimación de los factores conscientes de organización en la empresa), la burocracia de los

²⁶ “*La nueva clase*”

²⁷ Ver *Archives Internationales de Sociologie*, 1963, n°13, pp. 140-155

órganos de autogestión, los privilegios, el particularismo de las empresas y de las comunas, el centralismo de la comuna, el antagonismo de competencia por competición desleal, las concepciones de los pequeños propietarios, el paralelismo (entre los órganos de autodirección y las organizaciones sociales).

Este autor agrega todavía

“Al igual que cada adquisición de la Revolución, la autogestión obrera es el objeto de los ataques del antiguo sistema. Algunas veces los ataques son conscientes, razonados, pero muy frecuentemente el pasado lucha con la fuerza de las concepciones, costumbres y manifestaciones inveteradas. Lucha y tira, por su parte, hacia atrás.”²⁸

Pero todas estas “desviaciones” se resumen en realidad en dos puntos esenciales. Al mismo tiempo debemos ser conscientes de que, en esta situación, hay que sostener una lucha en dos frentes: contra las tendencias del burocratismo y contra las tendencias del anarquismo espontáneo.²⁹

La tendencia a la autarquía y el egoísmo obrero

Un poco más arriba, hemos discutido las razones de la instauración de la autogestión en Yugoslavia (fracaso de la gestión “administrativa”, y ante todo la necesidad por parte del régimen de tener un apoyo popular). Esta creación por decisión gubernamental pesa siempre sobre el carácter y el funcionamiento de la autogestión. Tanto en el momento de la creación como actualmente, siempre han faltado la adhesión y el entusiasmo popular; las masas no han podido superar la desconfianza, el sentimiento que se “agita” en ellas de que sólo se trata de una demagogia de propaganda provisoria y sin porvenir. En esas condiciones, el reflejo más común es “sacar provecho de la situación” puesto que no se sabe lo que ocurrirá al día siguiente.

Esta hipótesis se ve agravada por los constantes cambios, los innumerables nuevos decretos que caen de arriba y dan a la experiencia el aspecto de marcha en *zigzag*. Además, el partido y el poder siempre afirmaron su papel dirigente y guardaron los medios esenciales para ello: la decisión, el plan, los bancos, la reducción del beneficio, la injerencia directa o indirecta, la arbitrariedad. Lo más frecuente es que la autogestión se sintetice realmente, no como una gestión autónoma, ni tampoco como una cogestión, sino muy simplemente como una administración; y se conoce bien la mentalidad de un gerente ante su patrón: trata por todos los medios legales e ilegales de aumentar sus propios beneficios. Kardelj justifica de esta forma el derecho a la injerencia

²⁸ Meister, p. 306

²⁹ E. Kardelj, en Meister, p. 306

“Sin ese derecho de injerencia es imposible asegurar la unidad del sistema, así como un funcionamiento uniforme de los servicios públicos.

“Es debido al sistema de las inspecciones más o menos relacionadas en base a un plan vertical -sistema fuera del cual un mecanismo administrativo descentralizado sería inconcebible que ha sido dedicada una atención particular en este orden de ideas.”³⁰

También declara Kardelj

“Es verdad que últimamente y sobre todo en el curso del año pasado, por nuestras prescripciones, económicas y de otro tipo, hemos disminuido a tal punto la acción de los consejos obreros y de las comunas, que su autonomía, en ciertos sectores, ha caído por debajo del mínimo admisible. Nuestra intervención reviste en algunos casos una tendencia a retornar pura y simplemente a una gestión burocrática. Es verdad que la base financiera de la gestión autónoma de nuestros consejos obreros y de nuestras comunas es demasiado estrecha. Ésta es la causa principal de nuestro retraso en el desarrollo de nuestros consejos obreros. Tomamos de nuestras empresas y de nuestras comunas tal parte de sus beneficios que las empresas son llevadas al estancamiento técnico.”³¹

Con estas contradicciones los obreros tienen con frecuencia la impresión de que se juega con ellos como el gato con los ratones, y que en definitiva los ratones acabarán por ser devorados (viví en Yugoslavia en 1950-51, en la época de los primeros decretos de autogestión, y estas impresiones eran evidentes entre los obreros).

Aparte de estos fenómenos más que nada psicológicos (pero que son muy importantes en experiencias de este género), hay una insuficiencia esencial en el funcionamiento mismo de la autogestión yugoslava. La empresa industrial se ha integrado más o menos a la comuna pero allí se detiene la coordinación que viene de la base. Los consejos de obreros no tienen el derecho de formar su propia confederación de productores. Los productores tienen sus representantes en los Consejos de distrito, en los Estados Federales y en la Cámara económica de la Federación, pero son representantes sólo a título consultivo y simbólico, sin un verdadero poder de participación y de decisión. Tienen también sus congresos, como el de Belgrado en 1957, pero que únicamente votan resoluciones en base a las “aspiraciones” de los trabajadores. En la *Liga de los comunistas*, como por ejemplo en el congreso de diciembre de 1964, ciertos intereses de los Consejos Obreros estaban expresados, pero las decisiones y la orientación escapan siempre a los productores mismos. Ellas siguen siendo privilegio del poder central y por lógica conclusión del poder personal.

³⁰Kardelj “*Nuestra administración de Estado en la nueva situación*”, en *El nuevo derecho yugoslavo*, 1956 (citado por Meister).

³¹ Citado por Meister, p. 321

Evidentemente, también existen los sindicatos pero su papel es secundario. Falta lo esencial: las fuerzas productivas están subordinadas y son irresponsables frente al plan general. Quedan obligadamente aisladas, les falta una visión de conjunto y la solidaridad de clase. Sin responsabilidad efectiva, sin solidaridad, no se puede crear una economía colectiva. No se trata únicamente de los órganos intermediarios entre el poder central y la autogestión, sino de una verdadera autogestión en base a un plan colectivo.

Hemos visto una experiencia parecida en la España revolucionaria. A pesar de contar con condiciones objetivas mejores (se trataba de una colectivización durante una guerra revolucionaria), a pesar de un fenómeno subjetivo también mejor (la CNT y la UGT habían podido lograr una formación sindical muy considerable y de gran ímpetu), los consejos obreros creados desde el principio en Cataluña no pudieron escapar al mismo peligro.

“En Barcelona, y en casi todas las ciudades, en los centros industriales de Cataluña, cada fábrica fabricaba y vendía sus productos por su propia cuenta; cada uno buscaba clientes y los disputaba a la fábrica rival. Un neocapitalismo obrero había nacido. (...) En el comercio, el mismo neocapitalismo se manifestaba en escala mucho mayor. (...) Por el contrario, en las fábricas y empresas que estaban en manos de los sindicatos, la producción aumentó, o por lo menos, no hubo déficit. En la medida de los recursos disponibles el rendimiento era siempre superior. Además, no existió la inmoralidad de que los salarios fuesen dos o tres veces superiores conforme a las materias primas de las que se dispusiera y la habilidad comercial que se pusiese en juego.”³²

Esta tendencia de las empresas es todo lo contrario de un federalismo. No se trata para ellas sino de adquirir la mayor cantidad posible de beneficios en detrimento de los otros consejos de fábricas, si ello es necesario. Es la reaparición de la ventaja y el arribismo capitalistas, con la diferencia de que ya no hay un propietario sino decenas, aunque con una rapacidad idéntica.

Esta situación ha podido ser superada desde que los sindicatos tomaron en sus manos la situación económica y crearon federaciones por medio de cámaras de producción. Las dificultades no se solucionaron inmediatamente (pues existían muchas de otro orden) pero al menos se ha suprimido esa plaga.

En la experiencia de los *kibutz* en Israel, también se vio aparecer el egoísmo (que siempre lleva a la explotación de los otros), pero se trataba y se trata de la actitud de los *kibutz* frente a los asalariados temporarios. No existe el aislamiento de los *kibutz*, ya que los diferentes *kibutz* están organizados por sus federaciones. En Yugoslavia, eso falta, incluso está

³² Gaston Leval, “*L’attività sindacale nella trasformazione sociale*”, Milán, 1948, pp. 32-41.

vedado. E inmediatamente uno se pregunta por qué el espíritu de particularismo, de egoísmo, es tan fuerte en las empresas.

Guy Desobre³³ también deplora la “falta de unión” que él considera como una “insuficiencia de los consejos obreros”. Piensa que esa falta de coordinación entre los consejos obreros les impide ejercer un control sobre los dirigentes políticos. Pero son precisamente los dirigentes políticos los que no soportan ninguna competencia ni ningún control. Ellos prefieren dejar a los consejos obreros en esta situación de imperfección e insuficiencia para mantener el totalitarismo ideológico y político.

Para nosotros, la necesidad de esta federación se impone desde ahora; sin ella las empresas aisladas llegarán a una nueva desigualdad y a verdaderas absurdidades.

En Yugoslavia la cuestión es, según parece, más complicada, pues la clase obrera, conforme lo manifiestan algunos yugoslavos, por pertenecer a un país subdesarrollado, no está a la “altura” de su misión. Yugoslavia, en efecto, tiene todavía los caracteres de un país subdesarrollado: la masa campesina es predominante por su número; la clase obrera, a su vez, tiene un origen campesino demasiado reciente; hay una superpoblación sobre todo en el campo con éxodo masivo hacia las ciudades; el rendimiento industrial y agrícola es aún demasiado bajo; el nivel de vida resulta insuficiente. Pero ¿basta esto para condenar por muchos años a la clase obrera a un papel de sumisión y ejecución? Históricamente considerada, no es la clase obrera de los países altamente industrializados la que realizó el ideal comunitario; son por el contrario los obreros y los campesinos de Rusia y de España quienes se aproximaron más a aquél.

Simultáneamente con el problema general, existen muchos otros, más bien técnicos, que son igualmente importantes para el funcionamiento de la autogestión. Sólo podemos aquí enumerar algunos: la estimulación de la producción, la estimación de los salarios, la planificación, la escasez del ideal colectivo en la sociedad consumidora, la coexistencia del sector auto dirigido con el aparato estatista, la coexistencia con los sectores privados.

Conclusiones

Hemos hecho referencia a las bases teóricas que son muy endebles, a los orígenes de la autogestión yugoslava (que otorgan a esta experiencia límites muy estrechos y la convierten en un pesado compromiso), también al funcionamiento, dificultades e insuficiencias manifestadas después de 15 años; asimismo, hemos hecho algunas críticas y subrayado las dudas, el pragmatismo, las fuerzas múltiples y divergentes que dan a esta experiencia el aspecto de una marcha en *zigzag* y una gran incertidumbre.

³³ “*Documents Socialistes*”, n° 1.

Es pues difícil hacer pronósticos, pero incluso como experiencia actual, los consejos obreros y la autogestión yugoslavos no pueden servirnos de ejemplo; aunque uno desee sentimentalmente solidarizarse y defenderlos (más aún cuando son amenazados) no puede identificarse con esta experiencia, ni hacer de ella la defensa incondicional; no es que solamente hagamos críticas y tengamos reservas, sino que no aceptamos el principio de un partido político que deba ser dirigente, preponderante, omnisciente y omnipresente; las fuerzas productoras deben ser consideradas no sólo en su carácter de medio de producción sino también, y ante todo, como una fuerza social capaz de organizar la sociedad sobre bases más justas y sólidas que las de la violencia o la arbitrariedad.

Éste no es el caso de Yugoslavia. Aquí surge una primera contradicción: la superestructura política e ideológica prevalece sobre la infraestructura económica y productora, y tergiversa el papel de cada una y la relación entre ellas. Una segunda contradicción en el esquema marxista es igualmente evidente: Marx, en *El Capital* ha definido a la clase capitalista como aquella “que posee el monopolio de los medios sociales de producción y del dinero”; así, al aplicar los principios marxistas a la economía de los países llamados socialistas deben definirse como una economía capitalista, y a la clase que está en el poder no solamente como una burocracia o una deformación sino como una clase capitalista, porque es la única que posee el monopolio de los medios de producción, el dinero, el poder de decisión y de coerción. Los yugoslavos han tratado de resolver esta segunda contradicción pero conservan la primera; por esto su economía está desgarrada entre los deseos y la nostalgia de una clase política y tecnocrática privilegiada, por una parte, y los escapes exagerados de un particularismo local y regional, por otra.

Si la experiencia yugoslava, en la práctica, no es del todo convincente por su forzosa limitación e insuficiencia, históricamente constituye un intento de gran importancia. Ella testimonia, por un lado, el fracaso de la gestión puramente administrativa, burocrática, estatista y dictatorial, y por otro, la búsqueda de otra solución en la que las masas productoras resultarán comprometidas de una manera más libre, más responsable y más directa. Aun en el caso de que esta solución no sea encontrada todavía o de que resulte imperfecta, abre perspectivas que seguramente superarán la situación presente. Nos parece que ese proceso está ya en camino; en los países llamados socialistas, el ejemplo yugoslavo, en tanto esfuerzo político como así también investigación económica, ha abierto una brecha en el edificio dogmático y escolástico stalinista; los obreros de Budapest que habían retomado el *slogan* de los Consejos obreros (yendo incluso más lejos que ellos), fueron aplastados por los tanques, pero actualmente, inclusive en los países satélites más estalinistas, el partido se siente obligado a tender un manto de demagogia sobre cierta participación y autonomía de base...

El ejemplo yugoslavo es estudiado todavía con más franco interés por los países cuya independencia política es reciente y que están, por lo tanto, en vías de desarrollo económico: los argelinos, los marroquíes (¡Ben Barka pasó muchos meses en Yugoslavia!).

Así, la humanidad marcha hacia adelante, tanteando, buscando, por medio de triunfos a medias y fracasos, guardando un recuerdo profundo de sus dolores pero también un sentido siempre vivo de esperanza y justicia...

El día que las aspiraciones populares, el deseo de justicia y el rechazo de la explotación, encuentren una conciencia clara de la realidad económica y social así como ejemplos y lecciones de gestiones colectivas pasadas y presentes, ese día, las masas darán quizá un nuevo paso hacia adelante.

Ivo

LA AUTOGESTIÓN EN ARGELIA

El 1 de noviembre de 1954, algunos grupos de hombres mal armados y mal equipados daban la señal de insurrección en el territorio de tres “departamentos franceses”. Ocho años después, Ben Bella, uno de los nueve jefes históricos que declararon la rebelión, presidía los destinos de un Estado teóricamente totalmente soberano.

Pero la independencia había sido seguida por una grave crisis política, provocada por la desunión de los dirigentes del GPRA (Gobierno Provisional de la Revolución Argelina), desunión disimulada y contenida durante la guerra y que estalló al día después del referéndum de autodeterminación. Ben Bella, instalado en Orán, forma el grupo de Tlemcen en oposición al gobierno de Ben Khedda, que constituye él mismo una coalición de elementos muy diversos. La ausencia de tradición constitucional permite a cada clan reclamar la representación exclusiva del país, es decir, el monopolio de Estado. El grupo de Tlemcen forma una “junta política” del FLN (Frente de Liberación Nacional) por propia iniciativa y, apoyado por el ANP (el ejército integrado en Túnez y en Marruecos y comandado por Bumedienne) toma el poder en agosto, pese a una bastante viva oposición por parte de los Willayas del interior. Las elecciones del 20 de septiembre dan lugar a una relativa estabilidad, con la constitución de una asamblea y de un gobierno; el Poder está legitimado. Y se puede pensar que en la medida en que Bumedienne ya estaba en ese lugar, el mismo poder continúa hasta hoy, simplemente “depurado” de elementos en lo sucesivo inútiles o embarazosos.

Esos tres meses de agitaciones políticas intensifican la confusión económica originada por la disgregación rápida de las estructuras coloniales. Constituye un recurso trivial decir que la economía argelina reposaba enteramente sobre el hecho de ser una colonia: Argelia no era más que un mercado para los productos de la metrópoli y una fuente de recursos en cuanto a materias primas; todos los engranajes de la economía estaban en manos de los europeos. Julio de 1962 y la crisis del verano provocan su partida masiva; la economía argelina, o lo que resta de ella después de años de guerra, queda desorientada como fruto del nuevo estado político, sin técnicos, sin cuadros competentes. En los campos el vacío es casi total, las fincas agrícolas están “vacantes”; en las ciudades la situación es un poco menos mala; a pesar de la destrucción causada por la OAS que ha agudizado la crisis, las fábricas, en su mayor parte, conservan al menos su plantel mínimo.

En la administración, y sobre todo en la administración regional, el desorden es completo: ni prefectos, ni asambleas regionales. En cambio, el ejército francés queda todavía al igual que un ejecutivo provisorio, igualmente francés.

En este vacío económico y administrativo del verano de 1962 y completamente al margen de la crisis política y de las preocupaciones de los diferentes grupos, nace la autogestión.

¿Había sido prevista por los integrantes del movimiento de liberación?

El *Programa de Trípoli* (junio de 1962) se ocupa poco de las estructuras industriales considerando la predominancia agraria del país; preconiza, por el contrario, lo que denomina una “revolución agraria”. La posibilidad de granjas pilotos estatales es inmediatamente encarada, estableciendo que los obreros que trabajen en ellas participen en la gestión y los beneficios de las mismas. Si se desea, puede verse en esto un embrión, aunque vago y ambiguo, de la idea de autogestión. El proyecto presentado al CNRA por la Federación de Francia del FLN (mayo de 1962) pedía únicamente una “colectivización de los grandes medios de producción”.

En efecto, desde la partida de los colonos, que abandonan la tierra saboteando a veces un material que no podían llevar consigo, los *fellahs* [campesinos] tomaron en sus manos las tareas de cultivo para asegurar la reanudación de la cosecha. Es obvio que tuvo que haber un mínimo de organización, un espíritu básico de comunidad y solidaridad.

“Seríamos demasiado indulgentes con nosotros mismos si pretendiésemos que esta decisión había sido concertada y preparada desde más o menos largo tiempo. La verdad es que fue espontánea: la tierra estaba allí, sólo faltaba trabajarla... ¿(los trabajadores) estuvieron a la altura de sus ambiciones? El problema no es ese; ¿quién, en esas circunstancias habría actuado mejor?”

“*Revolución y Trabajo*” agrega esta irónica alusión a la ausencia de iniciativa por parte del gobierno:

“Por otra parte, ¿quién podía oponer alguna otra alternativa a la acción espontánea, a la creación, de un montón de trabajadores? Nadie. Más aún: ¡el ejecutivo provisorio creó una Sección para la administración y protección de las propiedades que habían quedado vacantes, y lanzó un llamado a los colonos para que regresasen!”³⁴

En todo este tiempo, se multiplican los incidentes entre campesinos y responsables oficiales: tierras ocupadas, hornos y graneros, pertenecientes a grandes propietarios, incendiados. Los *fellahs* parecen poco preocupados por el “respeto hacia los bienes” que una ordenanza del 24 de agosto exigía.

El 5 de octubre, Ben Bella, que ya es presidente de la república argelina, pronuncia un discurso en el cual anuncia la iniciación de “la campaña de labranza”: las tierras abandonadas durante la guerra van a ser entregadas a los *fellahs* que asegurarán *in extremis* los cultivos; los *fellahs* serán controlados por comisiones nombradas por los prefectos. Pero los *fellahs* forman sus propios comités; el 22 de octubre una ordenanza reconoce a

³⁴ “*Revolución y Trabajo*”, diario de la UGTA-Unión General de Trabajadores Argelinos.

los comités de gestión para la agricultura; el 23 de noviembre los comités de las empresas industriales, por otra parte menos numerosos, son reconocidos a su vez.

La UGTA se desarrolla y sus claras posiciones en favor del “sector socialista” y de la autogestión inducen al gobierno a elegir esta última, según parece, como el mal menor. El Estado argelino, entonces en pleno caos, era absolutamente incapaz de asegurar la administración de las propiedades que habían quedado desocupadas. Este vacío, este desorden político, son los que precisamente permitieron que se desarrollara sin demasiados obstáculos “la acción espontánea de las masas trabajadoras”.

Y el gobierno, ante el hecho consumado, confirmado, de inmediato dicta reglamentaciones al respecto; éste es el objeto de los decretos de los días 22 y 28 de marzo de 1963, que otorgan a la autogestión marco por un lado y tutores por el otro. Con la consagración oficial llega también al control del Estado.

Estos decretos no dan una imagen total del funcionamiento, siquiera del teórico, de la autogestión; sólo se ocupan de la empresa autodirigida; la autogestión, sin embargo, es algo más que una simple suma de empresas autodirigidas. No obstante, nada se dice en esos decretos sobre las relaciones que puede haber entre las empresas, sea desde el punto de vista de la planificación, sea desde el de financiación, dando por sentado que cuando se explicaba la autogestión al trabajador argelino se la reducía a su participación en la, empresa.

La empresa autodirigida argelina cuenta con muchos mecanismos de los que se vale para expresar la voluntad de los trabajadores. ¿Quién controla dichos mecanismos, conforme a la estructura que se les ha dado? ¿Cuál es su competencia y qué poderes se les ha acordado? Lo menos que debemos hacer es partir de la base.

La asamblea general de los trabajadores: su norma es la de un control directo y total de los trabajadores, pero con una aclaración importante: solamente los trabajadores permanentes de la empresa tienen derecho a opinar, por lo que resulta esencial saber quién es trabajador permanente y quién no (aparte incluso del carácter discutible de esta regla). Desgraciadamente, esta cuestión no es de la competencia de la asamblea; más adelante veremos quién decide acerca de la cualidad de trabajador “permanente”. En principio la competencia de la asamblea es grande pero técnicamente se reduce a pocas cosas: aprobar las cuentas, el reglamento interno, el plan de producción de la empresa. En efecto, los trabajadores son invitados a delegar funciones en el organismo superior y a dar su consentimiento de vez en cuando.

El consejo de los trabajadores: no existe en las pequeñas empresas; con 10 a 100 personas, se reúne todos los meses.

El comité de gestión: lo constituyen 3 a 11 miembros elegidos por el consejo, por el lapso de tres años aunque con una renovación anual. Consecuencias prácticas: si la asamblea general deseara cambiar el personal de ese comité, deberá primeramente disponer de dos años para cambiar la mayoría del consejo; hecho esto, los nuevos elegidos para el consejo necesitarán dos años para cambiar la mayoría del comité y tres años para el cambio de la totalidad; en total, son necesarios cinco años antes de que se ejerza el control de la base.

El papel del comité es más importante que el del consejo: es el que elabora el plan de producción y el reglamento de organización del trabajo, el que toma las decisiones relativas al equipamiento de la empresa y a la comercialización de la producción. Decisiones limitadas: el plan de la empresa respeta el plan general de producción (lo que se comprende en algún sentido) y la comercialización se somete a las decisiones del departamento de compras; el equipamiento depende concretamente de la buena voluntad de los círculos financieros; en definitiva, y como luego veremos, todo eso escapa al control de los trabajadores.

Por fin, los dos pináculos de la empresa auto-dirigida: el presidente y el director. Aquél, elegido cada año por el comité de gestión, representa a éste: así, es el que da el visto bueno a las actas de las reuniones de la asamblea, del consejo y del comité de gestión, el que representa a la empresa ante terceros. Todo este trabajo podría hacerse “colegiadamente”, nosotros diríamos por medio de un cuerpo colectivo, o incluso por el comité de gestión, cuyo número de miembros no es elevado.

El director “representa al Estado en el seno de la empresa” (es nombrado y revocado por la ONRA –Oficina Nacional de la Reforma Agraria–; en consecuencia, con total y permanente control del gobierno). Además, no se han escatimado sus poderes: es en principio “el poder ejecutivo”; asegura, mediante la autoridad del presidente, “la marcha de la empresa”, aplicando las decisiones tomadas por el comité o el consejo. Pero no es todo, pues también es *secretario de tres organismos laborales* (¡asamblea general, consejo de los trabajadores y comité de gestión!), y da su forma escrita y definitiva a las decisiones tomadas, que, por otra parte, él se encarga de ejecutar. Una vez redactadas, el presidente las firma. Es también miembro del más importante de los organismos,

el comité de gestión, donde decide si las resoluciones tomadas se ajustan a las leyes, reglamentos, etc. Es notable que sea él quien decida si el plan responde o no al plan nacional. Tampoco es todo: en materia financiera, no es el presidente quien representa a la empresa, sino él; él firma, retiene el dinero y establece el modo de contabilidad. Con la reserva de algunas eventuales reclamaciones de los trabajadores (pero no de su control, ya que él depende sólo del gobierno), toda la gestión financiera y técnica está en sus manos. Para terminar, los artículos 5 y 14 le confieren el derecho de entregar cédulas que acrediten que un miembro es permanente, con lo cual tiene el poder de control sobre la asamblea. Cuando el director estima

que un trabajador, según su opinión, no es un trabajador permanente (ejemplo: un trabajador no provisto de su correspondiente cédula de tal), “Él opone su veto”, cosa que puede significar que una reunión sea interrumpida o que una decisión tomada sea anulada. Inversamente, “en caso de carencia de consejo, el director puede sustituirlo”.

Puede afirmarse, desde el punto de vista del control, que la organización de la empresa auto- dirigida se asemeja a una pirámide bastante puntiaguda, y como habría dicho La Palisse, cuanto más puntiaguda es, más se aleja el pináculo de la base. De todas maneras, el director que los estatutos trataban vanamente de representar como un simple agente técnico de ejecución y que en rigor de verdad posee grandes poderes de decisión y, de hecho, la posibilidad de acapararlos casi todos, mientras comparte la cima con el presidente, no es elegido ni siquiera indirectamente por los trabajadores.

Desde el punto de vista de la capacidad de los organismos, cuanto más se sube en la pirámide, más se amplían los poderes. Pero, si esto de por sí resulta molesto, no es lo más grave: Una autogestión limitada a la empresa, salvo que se trate de la marcha de un movimiento de los trabajadores mismos, corre el riesgo de convertirse en una parodia de autogestión. Ahora bien, lo que sobrepasa un poco el nivel de la empresa escapa totalmente a los obreros: tanto en el plano de la coordinación de la producción global como en el de la coordinación y el apoyo financieros.

Donde el vínculo de coordinación es más imperioso es en el nivel correspondiente al establecimiento de una planificación general y del plan por sector y por empresa. Pero, ¿qué se entiende por planificación? Dicho de otro modo, ¿quién va a encargarse de esta planificación? ¿Acaso los trabajadores por intermedio de federaciones regionales o técnicas? No, en Argelia la respuesta es otra:

“Queremos organizar las relaciones interindustriales dentro de un contexto nacional. Esta institución adoptará diferentes formas de organización, siempre sobre la base de que el papel del Estado debe ser preponderante en cualquiera de ellas.”³⁵

El gobierno se encarga de la coordinación que él delega en una serie de organismos varios y hasta extraños. Estos organismos están controlados todos por él y llenos de convencidos adversarios de la autogestión. Por eso, estudiar la coordinación en base al plan nacional de las empresas autodirigidas implica muy frecuentemente tener en cuenta el plan de sabotaje a la autogestión. Este sabotaje es evidente desde el principio, a la vez en lo que concierne a la coordinación general, o sea al plan, como a la comercialización y al financiamiento.

El consejo comunal para favorecer el desarrollo de la autogestión reúne a “los presidentes de los comités de gestión, a las autoridades administrativas de la comuna y a los representantes de la ONRA (Oficina Nacional de la

³⁵ Exposición de Bumaza, 11-12-63.

Reforma Agraria)” y “debe animar, coordinar y controlar a los directores”: la composición del consejo revela la importancia de los representantes del Estado en desmedro total de la participación directa de los trabajadores de la comuna, puesto que sus únicos representantes, los presidentes, pueden no ser; controlados por ellos (ver el modo de elección al que ya hicimos referencia). Ya en cuanto al simple plan local, los trabajadores están fuera de concurso. De cualquier manera, esos consejos no han existido nunca.

Esta coordinación a nivel local es modelada por una coordinación en escala nacional, bajo la tutela de los ministerios. En la agricultura, principal sector de la economía argelina, el organismo todopoderoso es la ONRA, que no es más que una filial del Ministerio de Agricultura, creado en 1963 para coordinar la autogestión agrícola. En efecto, este ministerio tiene en sus manos la vida de las empresas, en virtud de que dispone de los CCRA (Centros Cooperativos de la Reforma Agraria), que son los que suministran créditos, materiales, fertilizantes, semillas, etc. Son muy sencillamente viejos organismos de la era colonial, las SAP (Sociedades Agrícolas de Previsión) rebautizadas a gusto de esta época.

Más interesantes resultan las *uniones nacionales de empresas*. Un ejemplo de ellas es la URIBA (Unión Regional de Industrias Madereras Argelinas), la cual se presenta con el aspecto de una asociación de empresas, en tres niveles: la fábrica, célula productiva básica; el complejo, que agrupa a muchas fábricas en una rama de la producción (como el complejo de la industria del mueble); por último la unión, órgano supremo de administración que pone a disposición de los complejos diversos servicios de índole técnica, comercial, jurídica y financiera que una empresa sola no podría costear. Las uniones se resienten por dificultades provocadas por la ausencia de reglamentos precisos y más completos, por la actitud del organismo tutelar (Ministerio de Industria) y por la falta de solvencia (según el *Boletín de la Autogestión*, nº 3).

Por lo tanto, la “coordinación” de las empresas es más una comunidad de dependencia con respecto al Estado que un resultado de debates y contactos a nivel regional. En cuanto a la participación de los trabajadores en esta coordinación, ella ni siquiera es citada en las reglamentaciones. Si los trabajadores no participan en esta coordinación administrativa, ¿pueden participar al menos en la coordinación productiva? ¿El Estado tiene algo que proponer, al menos en cuanto a los grandes lineamientos de la producción deseable en escala nacional?

En materia de planificación la nulidad es completa: en su exposición sobre la política económica del gobierno, Bumaza no presenta ningún plan, ni siquiera habla de él, no hace más que tratar de equilibrar el presupuesto sin prever otro problema que no sea el de los gastos de equipamiento, que por otra parte se funda en viejos programas como el *Plan de Constantine*, de De Gaulle; no cesa sin embargo de felicitarse por “la socialización creciente de la economía argelina”.

Se comprende después de esto que los trabajadores no tengan que discutir acerca de la coordinación de la producción, desde el momento que ella no existe. Pero entonces el veto del director de la empresa autodirigida, que debía en principio salvaguardar la línea general de la economía dentro de la empresa, o bien no sirve para nada o no es más que un medio para ejercer el dirigismo. En fin, la economía argelina queda como una economía de mercado, lo cual constituye una fuente de dificultades considerables para la autogestión, pues el mercado condiciona tanto su comercialización como su financiamiento.

La *comercialización* escapa a los trabajadores. Se puede distinguir la comercialización en el interior del país y en el exterior: en el interior depende de las CORA (Cooperativas de la Reforma Agraria), emanadas del ministerio; en el exterior depende de la ONACO (Oficina Nacional de Comercialización) que tiene el monopolio de la importación en la agricultura.

Los precios del mercado y la competencia del sector privado obligan a los comités de gestión a comportarse como capitalistas en sus transacciones corrientes. Las empresas autodirigidas no gozan de ningún privilegio en los mercados del Estado, lo que es bastante asombroso en un país socialista. Los comités de gestión son descartados de la comercialización y ningún organismo en el ámbito regional la controla. El resultado de esta situación es que los comités no pueden hacer previsión alguna respecto de los beneficios de la empresa:

“Nosotros, campesinos y obreros de la autogestión, estamos convencidos de que no podremos acabar con esto ni salir adelante si las CORA y la ONACO no están en nuestras manos, como lo está ya la producción... No podemos resolver el problema si cada CORA no está exclusivamente en manos de los trabajadores y si no es controlada permanentemente por los consejos comunales”. (*Boletín de la Autogestión*, n° 2).

Al igual que las empresas privadas, y por las mismas razones, las empresas autodirigidas necesitan un financiamiento exterior; no sólo cuando se crean (hay que integrar un stock, adquirir un terreno, instalaciones, máquinas), sino también cuando ya están iniciadas (es preciso reponer el stock, reparar las máquinas, etc). También necesitan dinero cuando se desarrollan: antes que los intentos primeros den frutos necesitan recibir ayuda, ya sea en cuanto al trabajo suplementario necesario, si el dinero ha sido suprimido, ya sea contratando ese trabajo con el dinero recibido. Existe también el caso de una empresa momentáneamente escasa de dinero que puede precisar un préstamo a corto plazo para “arreglarse”. Este papel de prestamista puede reemplazarse por cajas federales directamente controladas por las empresas autodirigidas. O bien, en un sistema semicapitalista, por bancos: esta última solución es la que se eligió en Argelia (decretos de junio de 1964).

Hemos hablado de sistema semicapitalista (empresas autodirigidas + bancos). Si se considera a los bancos del Estado como instituciones socialistas cuando el Estado es socialista, nuestra expresión era falsa. Pero el Estado, cualquiera sea su etiqueta, es la expresión colectiva de la clase dirigente; un banco estatal es un banco capitalista que, a diferencia de los bancos privados, es controlado por los capitalistas como colectividad, en lugar de ser abandonado a la voluntad de algunos de ellos; poco importa que el capital esté en sus manos por el hecho de que son propietarios o porque son el Estado mismo.

Perteneciese a una u otra clase, el sistema argelino tenía una cualidad: no necesitaba crear bancos pues esos bancos ya existían, mientras que si las empresas autodirigidas hubiesen tenido sus propias cajas, habría sido imprescindible encontrar un personal especializado, contadores por ejemplo, lo cual no habría resultado fácil. Pero a nuestros ojos había un gran defecto y no era precisamente socialista, lejos de eso; se ponía a las cajas y al mecanismo financiero del sector autodirigido en manos de sus enemigos natos.

Por lo demás, un banco de la autogestión había sido ya pedido por el primer congreso del sector industrial autodirigido en marzo de 1964; este pedido podría corresponder a un deseo de los trabajadores: tener "su banco". Y uno se explica que aunque este banco no tuviera de tal más que el nombre y el papel técnico, no obstante constituyese una especie de caja federal, que de un modo u otro estaba bajo el control efectivo de los trabajadores.

En realidad, no hubo en ninguna parte estatutos que reglamentaran estas cuestiones, y el problema, capital por cierto, del control de un banco, no fue expuesto.

La autogestión en Argelia (e indudablemente en todos los países subdesarrollados) no suscitaba sólo el problema de la revolución, sino al mismo tiempo el del despegue económico. El marasmo del Tercer Mundo está unido al saqueo económico ejercido por las clases dirigentes locales; dicho de otro modo, por el neocolonialismo. Actualmente en Argelia, EE. UU. ha reemplazado a Francia. El gobierno norteamericano, de tanto en tanto, distribuye trigo entre los hambrientos, y a cambio de esto controla a los sectores relevantes de la economía argelina, tal como la SONATRACH, creada en 1964, que domina en asuntos petroleros (el gobierno ruso envía aviones Mig a Bumedienne y a cambio se beneficia con influencia en lo político y en el ejército). Efectivamente, los *fellahs* subsistieron principalmente gracias al trigo americano: en el mes de mayo de 1967 se informó que los EE. UU. habían suministrado dos millones de quintales de trigo a Bumedienne.

Contrariamente a lo que repiten los burgueses bien informados, el Tercer Mundo es rico, incluso considerando que la gente allí muere de hambre. El problema está en el modo de explotación de sus materias primas para la

constitución de una industria. Pero para hacer inversiones en una industria hay que acumular capital; el gran problema de los países subdesarrollados es cómo se llevará a cabo la acumulación del capital. ¿Solicitando la “caridad” de las grandes naciones, por medio del garrote o por la apelación al espíritu colectivo? ¿Puede desprenderse de una economía agraria un capital suficiente?

En realidad, no hay tres posibilidades sino, dos solamente, pues las clases dirigentes de los países del Tercer Mundo, al ser demasiado débiles para tener la situación en sus manos, se dirigen a las grandes potencias. La caridad trae aparejado el garrote, y Bumedienne y sus funcionarios no son más que los agentes de Johnson (o en menor grado de Breznev), exigiendo del pastel la mínima porción como para que salgan adelante los únicos sectores que les interesan; para el resto, el hambre.

El único medio para salir de esto habría sido que los trabajadores acumularan ellos mismos el capital. Un proyecto de reorganización de la Kabília lo comprueba:

“...una tasa óptima de acumulación de capital, que debe ser el fin perseguido, no puede ser el resultado de que los trabajadores sufran permanentes trabas. Esto produciría una despolitización, un espíritu de irresponsabilidad social generalizada”.

La autogestión era económicamente la única salida. Nada de paraísos socialistas para mañana, sino trabajadores autodirigidos que duplicaban la producción y la entregaban intacta mientras hacía tres meses que no se les pagaba y tenían el estómago vacío, demostrando a qué grado de heroísmo cotidiano puede llegar la gente que espera ser liberada al fin del estado de asalariada.

En Argelia, la elección estaba entonces entre la autogestión agrícola y el trigo norteamericano. Los trabajadores habían elegido la autogestión, en tanto Bumedienne, el ejército y los nuevos capitalistas habían optado por el trigo norteamericano. Pero los “realistas” burgueses prefieren presentar a la autogestión como una fantasía ideológica carente de interés y de influencia sobre el desarrollo económico. Liberación de una plusvalía agraria para reforzar al sector industrial autodirigido llevado desde el principio al máximo: ésa era entonces la política necesaria. Ahora bien, desde el comienzo las cosas ocurren muy diferentemente. En primer lugar la autogestión no es más que una parte del “sector socialista” de la economía que, a su vez, es uno de los tres sectores económicos de Argelia.

En el interior del sector socialista la autogestión coexiste, y no pacíficamente, con un sector nacionalizado y algunas dependencias encargadas de la “gestión directa” (gestión del Estado, sin duda alguna). Tomada dentro de la economía entera, la autogestión se enfrenta, en sentido estricto, a un sector mixto y a un sector privado.

La importancia del sector privado va a explicar los sinsabores de la autogestión, sobre todo si se tiene en cuenta que no existe ninguna prioridad para ella.

La economía mixta (Estado-privada) engloba a la casi totalidad del sector moderno de la industria, con una gran proporción de capitales privados extranjeros (ejemplo de sociedad mixta: la CAMEL, con capitales anglo-franceses, que licúa el metano para exportarlo en el importante complejo de Arzew). En cuanto al sector privado, comprende a la vez empresas industriales y propiedades territoriales individuales.

En la industria la autogestión es netamente minoritaria. Mientras el sector privado emplea al 92 % de los trabajadores, la autogestión emplea apenas el 8 % restante, o sea 15.000 trabajadores. En 1964, sobre 450 empresas autodirigidas, sólo el 4 a 6 % eran empresas importantes (varios centenares de obreros) que formaban parte del sector industrial de base: principalmente ACILOR (metalúrgica), VAN (del vidrio) y otras tres. El 30 % concernía a la construcción (demasiado desarrollada en relación a las necesidades), el 20 % se ocupaba de la transformación de los productos agrícolas; el resto, 45 estaba compuesto de unidades de producción escasa, semejantes a simples talleres.

Lo que choca en estos ejemplos de autogestión es el hecho de que se trata casi siempre de pequeñas empresas dentro de sectores económicos de poca importancia: panaderías, cafeterías, carnicerías, confiterías, talleres mecánicos, algunos molinos harineros, pequeñas industrias para la fabricación de accesorios para la construcción, fábricas de papel, empresas que emplean cuanto más de 100 a 200 personas. Algunas empresas grandes que forman parte del "sector socialista" no están autodirigidas sino dirigidas por el "Estado argelino"; dicho de una forma más prosaica, por los clanes políticos que comparten el poder.

No obstante, la combatividad y la conciencia parecen estar más vivas allí que en el sector agrícola. Existen quizá más *verdaderas* empresas autodirigidas en el sector industrial que en la agricultura, y en correspondencia con esto el gobierno no insistió jamás en formar comités de gestión en la industria, muy por el contrario.

El desarrollo tiende a operarse en el interior del sector autodirigido por medio de una unión de empresas de la misma naturaleza, que permite una concentración y racionalización, y por la búsqueda de mercados económicos.

Fuera del sector autodirigido se vislumbran, merced a artículos de "*Revolución y Trabajo*" u otros, tentativas para obtener la autogestión, sea en las empresas privadas, sea en ciertas empresas nacionalizadas y particularmente mal dirigidas.

El sector socialista prevalece únicamente en la agricultura, más que por la superficie de las tierras cultivadas, por la riqueza de las mismas y la técnica empleada en la explotación. La autogestión representa 9/10 de los viñedos, 1/4 de las huertas y 5/6 de las plantaciones de cítricos (cifras citadas por Teillas).

La mayoría de las buenas llanuras pertenecía a los europeos y a algunos argelinos muy ricos, y en su mayor parte era explotada con métodos modernos. Los *fellahs* quedaban reducidos a las laderas de las montañas, a las mesetas, a las tierras arenosas, en suma, a todas las tierras de pobre rendimiento. Las explotaban de a pequeñas parcelas.

“A un lado estaba el bosque con su guardián y al otro la tierra del colono. Nosotros estábamos sobre la roca” (respuesta de un *fellah* a la encuesta de “Revolución y Trabajo”, “¿Por qué la Revolución?”, 29 de octubre de 1965).

La diferencia se ha acentuado con los métodos de explotación modernos. Las grandes posesiones exigían pocos trabajadores, las tierras buenas estaban poco pobladas. Las malas, superpobladas. Una propiedad como la del Kerulis, por ejemplo, de 2.300 hectáreas, sólo empleaba a 43 obreros al mes, 400 obreros jornaleros y 1.200 obreros temporales contratados únicamente para la vendimia. Y en el distrito de Ain Temouehent, donde se halla Kerulis, en 1963 se contaban 8.000 trabajadores permanentes contra 20 a 25.000 ocasionales³⁶. En toda Argelia había 439.483 pequeños *fellahs* que poseían menos de 10 hectáreas y un cuarto de estos últimos, ¡menos de una hectárea!

Pues bien, nada ha cambiado desde el punto de vista de la repartición demográfica: 200.000 trabajadores autodirigidos “van tirando” en las grandes propiedades cuya producción se entrega al Estado (no se les paga nada o casi nada, pero al menos comen un poco); 450.000 trabajadores ocasionales llaman a la puerta de las propiedades autodirigidas en busca de limosna; 450.000 *fellahs* que tienen menos de 10 hectáreas viven siempre sobre los guijarros o en el bosque, del cual se les prohíbe procurarse alimento, lo que, dado su número, sería materialmente imposible, incluso contando con mejores estructuras sociales. Todos estos hambrientos continúan mirando los prósperos dominios (más o menos autodirigidos). Algunos parten a la ciudad y aumentan la cantidad de desocupados (un millón) pues allí tampoco hay trabajo para ellos. Todo eso está justificado por una noción abstracta de “rentabilidad”; abstracta, es decir, reaccionaria. Algunos comités de gestión han intentado, por el rodeo de dar a los trabajadores ocasionales un título profesional, aumentar el número de consumidores. El gobierno ha triunfado en su intento de detener al movimiento allí donde existía. De esta manera, políticamente, el abismo se ahonda entre los trabajadores autodirigidos y los *fellahs*. Un encargado del boletín del PRS (10 de noviembre de 1966) da un ejemplo de ello. Recuerda el estado de las tierras: completamente empobrecidas, campos

³⁶ *Launay, Paysans algériens, p. 62.*

yermos, terrenos aptos para el cultivo arruinados por los bombardeos, árboles quemados, animales diezmados...

“En cuanto a los obreros de granjas autodirigidas, se hallan entre dos fuegos: un poder que los sabotea y los *fellahs* que los odian; y algunas veces los obreros permanentes vigilan sus cosechas fusil en mano (ejemplo: granja autodirigida de Haussonvillers, a 70 km. de Argelia, en la ruta a Tizi Ouzou).”

Así, pobres mal pagados o no pagados del todo pero que comen un poco gracias a deducciones furtivas en las “ganancias socialistas”, impiden a otros pobres, aquellos completamente hambrientos, arrojar sobre las mismas ganancias para consumirlas.

La solución económica no se encuentra, evidentemente, en hacer ingresar a todo el mundo en el dominio autodirigido. Tampoco está ya en una sabia reforma agraria reservada a los *fellahs* (por otra parte prácticamente imposible ya que el mal es demasiado grande). La solución está, o estaba, en una reintegración de las tierras malas al circuito económico de la autogestión, naturalmente, también con una reorganización de la producción de las “tierras malas”; una tierra no es forzosamente mala para todo, y menos cuando se tiene mucha mano de obra desempleada. Eso no podía hacerse sino por medio de formas de organización colectivas y voluntarias, que podían recibir el impulso de las propiedades autodirigidas; pero para esto habría sido necesario liberar inmediatamente parte de la producción autodirigida para el consumo, no reservando más que lo estrictamente indispensable. Habría sido necesario pagar hasta el último centavo, tener en cuenta el consumo y pensar primero en términos colectivistas. (Cf. *Acuerdo de la comisión para el desarrollo de la gran Kabilia*, 20 de mayo de 1961, anulado por el comité central del FLN).

Pero la clase dirigente piensa primero en sí misma, derrocha el dinero y las inversiones que se realizan son, o extranjeras, en cuyo caso son grandiosas pero superficiales y no permiten una salida económica colectiva (petróleo), o bien son inversiones “folklóricas” sin perspectivas (talleres de cerámica o de muebles de berberís en Kabilia; se trata de producir lo pintoresco para los señores). La improvisación de nuevos ricos embriagados por su éxito, que es lo que caracteriza a la nueva clase dirigente argelina, se vuelve a encontrar en lo concerniente no a los modos de producción sino a la producción misma.

360.000 hectáreas de viñedos (de las cuales 330.000 pertenecen al sector autodirigido) suministran cerca de la mitad de la producción vegetal argelina (13 millones de hectolitros por año). Producción inútil para el consumo interior (a causa de los prejuicios religiosos y, además, porque de cualquier manera, uno no se alimenta principalmente de vino). Cuando se logra exportarla proporciona una buena ganancia (reporta el 50 % de las divisas del nuevo Estado argelino).

Pero si la burguesía francesa aceptara frenar la producción en Francia, para que los acaudalados colonos entraran nuevamente en ella, con su propia producción, consentiría con mucha pena la misma preferencia en favor de sus competidores argelinos, tanto más cuanto que, incluso en los países muy consumidores, el consumo de vino disminuye lenta pero regularmente. Como las propiedades autodirigidas no están equipadas para guardar el vino, la mayor parte del esfuerzo empleado en la producción por el sector clave de la economía argelina se perderá.

El lugar mismo atribuido a la autogestión agrícola, la más importante, dentro de la agricultura, era pues una posición falsa. Había que unificar la condición de los campesinos o ver crecer el abismo entre la autogestión y los *fellahs*, una minoría y una mayoría.

Para ilustrar esta situación tomemos algunos ejemplos, primero en la agricultura y luego en la industria.

Para empezar, el del “Zair Houari” situado a una treintena de kilómetros al oeste de Orán, pegado a la playa “los Andaluces”, en el municipio de Ef Anzor; en consecuencia en la región costera, la más favorecida de Argelia; 1.756 hectáreas. A estas ventajas geográficas se une la diversidad de los cultivos: vid, cereales, cultivos hortícolas en general, árboles frutales, todos los cuales son regados por una fuente que pertenece a la propiedad.

Ésta está autodirigida desde el 1° de octubre de 1963. El número de trabajadores es de 60 permanentes y 45 a 150 ocasionales o de estación, según las zonas de cultivo. Todavía se observa allí que la mayoría de los obreros no está representada en la asamblea y en otros organismos de autogestión, situación común a todos los trabajadores temporales de la autogestión agrícola. ¿Cómo funcionan los engranajes de la autogestión?

“Los trabajadores eligen al presidente en reunión de asamblea; este presidente, un obrero, elegido por un año, distribuye el trabajo. El Estado nombra a un encargado de gestión que se encarga de la administración. El obrero percibe un salario diario de 8 F, el chofer de 13 F, el hortelano de 22 F, el presidente de 20 F. El encargado de gestión tiene un sueldo mensual de 500 F (o sea 20 F por día). Los obreros trabajaban y habitaban la propiedad antes de la independencia. El encargado de gestión es un técnico agrícola formado por los franceses, no es del pueblo sino del departamento. Es muy querido y escuchado por los obreros. El ex presidente fue asesinado una tarde en ocasión de un tumulto; el actual es completamente invisible, viaja en 404 (modelo Peugeot) y raramente se encuentra en la propiedad”.

He aquí las declaraciones recogidas por “*Revolución y Trabajo*” de un trabajador que vivió siempre en esa propiedad (70 años):

“Nosotros poseemos la libertad y la autogestión..., trabajamos para nosotros”, –y más adelante–: “Ahora todo es nuestro. La mesa de asambleas está lista todo el día para nosotros. Allí tenemos nuestras reuniones, recibimos explicaciones y damos nuestros consejos respecto de los trabajos a emprender, labranza, sulfatos, podas, semillas, etcétera..., y se nos escucha y se nos tiene en cuenta”. (*Revolución y Trabajo*, 29-4-65).

Un índice interesante puede ser el clima de las relaciones entre el encargado de gestión y los obreros; esas relaciones son buenas y el encargado parece un obrero más (se comprobó ya que su salario era apenas elevado). Por el contrario, en la misma región se ve a ciertos encargados de gestión comportarse como patrones de empresa. Al ser el encargado el único que corrientemente habla francés, era el único también con el que podíamos hablar largamente. Respecto del plan de las estructuras, confirma lo que tres meses antes había dicho “*Revolución y Trabajo*”:

“Las sugerencias de los obreros son presentadas a la asamblea de los trabajadores que tiene lugar regularmente en presencia del comité”.

Lo que nos manifiesta sobre el funcionamiento de la propiedad es menos alentador: la finca posee ciertamente sus propios especialistas (“*Revolución y Trabajo*” lo había subrayado con orgullo), mecánicos, soldadores..., pero el aprovisionamiento de las piezas de repuesto se hace cada día más difícil. Las sucursales de las firmas que se ocupan de materiales agrícolas sólo venden a quien les paga rápidamente, y la finca está siempre escasa de recursos.

“Sin embargo, es el cuarto establecimiento donde me presento –dice– y el primero que tiene su contabilidad equilibrada”.

Los otros tres eran fincas dedicadas al monocultivo, viñas o cereales.

¿De dónde surgen las dificultades? De la comercialización; uno reconoce en ella todos los males comunes a todas las empresas autodirigidas de Argelia.

Así por ejemplo, nos enteramos de que una parte del vino del año anterior está todavía almacenada en los galpones; siendo rudimentarias las condiciones del almacenamiento, se producirán pérdidas. Y no sólo con el vino pasa esto; un mandatario privado propone un día comprar un lote de tomates en 12 millones de francos. Después de consultarse al comisario de la ONRA en Orán (que supervisa cualquier operación del comité con el exterior), éste sólo es capaz de abstenerse y enviar el lote, siguiendo el proceso normal, a la CORA de Orán. Al cabo de un mes, se nota que la venta del lote reporta al comité la suma de 2 millones de francos. Se puede preguntar qué se ha hecho de la diferencia entre 12 y 2 millones. Después de esto, ya no resulta sorprendente que un establecimiento rico, donde los obreros trabajan duramente y son recompensados con condiciones

favorables bastante raras en Argelia, tenga justamente que limitar su presupuesto, y que su encargado de gestión se pronuncie en favor del retorno a la libre empresa.

¿Cuáles son las condiciones de trabajo? En general, a los obreros se les paga irregularmente, y no se les da alojamiento a todos en la propiedad. Hay que tener en cuenta muchos factores: los domingos y días feriados no se pagan, la seguridad social y los subsidios familiares no existen (“*Revolución y Trabajo*” señala que los trabajadores han creado una caja mutual en la que depositan, conforme lo que pueden, de 1 DA a 5 DA mensuales, lo que permite acudir en ayuda en caso de desgracias o enfermedades). Las ventajas que estiman los que hablan de la autogestión son pura ilusión, pues los productos de la finca consumidos allí mismo por los trabajadores, tienen que ser pagados por adelantado con sus salarios.

Pero es sobre todo en el ámbito de la educación, salvo la que se imparte a los niños, que los esfuerzos son inexistentes. El Consejo comunal que debe servir de incitación a la autogestión, no existe; los trabajadores, en su mayor parte analfabetos, son librados a su suerte: nada de alfabetización y menos aún de cursos de perfeccionamiento. Todos pertenecen a la UGTA, y sin embargo, cuando se les pregunta qué piensan del *Boletín Interno de la Autogestión*, responden: “¿Qué es eso?”

Para terminar, una propiedad donde aparecen las dificultades habituales, pero donde esas dificultades resultan casi compensadas con condiciones geográficas y técnicas bastante raras en Argelia, permite un presupuesto equilibrado, un funcionamiento suficientemente regular como para suscitar la codicia. Y es por eso que, desde hace dos meses, la finca ha pasado a ser controlada por el Ejército, el ANP, al que una vez se bautizó con el nombre de Cooperativa Agrícola de Viejos Mudjahidines. El encargado de gestión ha sido cambiado y el comité de gestión, disuelto.

1) La empresa “Laimeche Ali” en Tizi-Rached

El municipio de Tizi-Rached se encuentra en Kabilia, región de muchos combates durante la guerra y verdaderamente tratada con dureza (muertes, destrucciones). Es allí donde se organizó, antes de la independencia, la cooperativa Laimeche Ali que proporciona material de construcción.

Al principio, en 1962, 50 artesanos aportaron 10.000 AF (antiguos francos) cada uno; en 1963 el partido les proporcionó ayuda en materiales y crédito. La municipalidad facilita los edificios del viejo SAS (oficinas del ejército francés durante la guerra) que son transformados en talleres, comercios, comedores, escritorios, etc. Un banco presta 6 millones de AF, mientras un empréstito suscripto en favor del pueblo reporta 2,5 millones de AF más (la importancia de este empréstito en pos de una población arruinada se explica por el deseo de salir del marasmo y por el hecho de que se realizaron reuniones de información). En setiembre de 1963, nuevos talleres, como carpinterías, talleres de electricidad, de metalurgia, de

soldadura, de cerrajería, de plomería, han sido ya construidos. La empresa produce ladrillos, montantes para puertas y ventanas, herrajes, etc; emplea a 240 obreros y en lo sucesivo puede fabricar todos los materiales necesarios para la construcción. En 1964 adquirió material moderno y contrató a 406 trabajadores.

Organización: los miembros de la asamblea general de los obreros eligen un comité de gestión; son miembros de la asamblea general los artesanos que se encuentren adheridos a ella y los trabajadores manuales, al cabo de seis meses. El comité de gestión está integrado por 9 a 13 miembros; es elegido por un año y debe dirigir la empresa; realiza reuniones después del trabajo. Utiliza los servicios de un contador y emplea a ingenieros polacos a los que les pagan directamente en la respectiva embajada. Los horarios de trabajo se extienden de 6 h. a 12 h. y de 14 h. a 17 h., de lo cual una hora se dona a la cooperativa.

Reparto de los beneficios sociales: los salarios (fijados por el comité de gestión) varían entre 25.000 y 45.000 AF mensuales. A los obreros se les proporciona almuerzo y cena o bien alojamiento. Una vez realizado el balance, se encara un aumento de salario y un ajuste suplementario. Los trabajadores han pedido y obtenido cursos de alfabetización dictados por un instructor francés (2 horas por día). Además, el comité se encarga de enviar a los jóvenes a la escuela de F. P. del establecimiento o a la escuela de enfermería.

La empresa ha tenido graves dificultades financieras, ya que a principio de 1964 el contador partió al extranjero llevándose el total de la caja en ese momento, cosa corriente en esta época. Desde el punto de vista de la organización, ya hubo un caso de destitución en la persona de un presidente del consejo de gestión, pues quería reducir el número de miembros y utilizar a los trabajadores manuales como mano de obra asalariada. Sin embargo, eso no impide que los obreros (algunos habían trabajado en Francia y militado en la CGT y actualmente forman a los campesinos argelinos) hagan proyectos nuevos: una fábrica de baldosas, la construcción de una ciudad para los trabajadores que llegan de lejos. Estos proyectos van unidos a otros de nivel comunal: una aceitera-jabonería, un albergue para jóvenes, nuevos caminos y un hospital cuya administración recaería en representantes de la comuna, en la empresa Laimeche Ali y en el personal hospitalario.

2) SIATEM (Empresa de alimentos para el ganado)

(*"Revolución y Trabajo"*, 17 de marzo de 1966.) De 50 a 100 obreros fabrican alimentos para el ganado en base a la pulpa de algarroba, mientras la semilla permite fabricar un producto que reemplaza al material plástico utilizado en las películas fotográficas o, incluso, a la insulina. La sociedad ha extendido su producción a los criaderos de aves, a los graneros, a los molinos, y dispone ya de cuatro almacenes para la venta.

En un año ella realizó las tratativas para la venta de 16.000 quintales de algarroba, además de la venta a una sociedad suiza de 200 toneladas de granos.

Perspectivas: aumentar las exportaciones que sean posibles, cubrir las necesidades del sector agrícola autodirigido en cuanto a alimentos preparados y coordinar la producción con los otros dos molinos autodirigidos (Tamzali en Argel y Tiar en Mostaganem) que permitiría montar una empresa *muy viable*.

3) Aceiteras Modernas (ex Tamzali, argelino)

Otro ejemplo de sabotaje en pro de la industria privada y en detrimento del sector autodirigido es el de las célebres aceiteras de Tamzali, actualmente *Aceiteras Modernas*.

170 obreros, con una capacidad de producción de 4.000 a 5.000 kg. de aceite refinado cada 24 horas. Esta industria está equipada con material ultramoderno; provee a los comerciantes mayoristas de la región oriental y septentrional de Constantina, a los argelinos y también al ejército, el ANP. Se comprende que la acción que ha desplegado en la autogestión les produzca a algunos “dolor de estómago”, como a veces se dice. Pero las aceiteras de Tamzali no fabrican nada más que el aceite y no los productos derivados de él, como el jabón. Las firmas de la competencia privada, por el contrario, fabrican aceite y jabón (principalmente Lesieur). De allí un chantaje fácil de ejercer sobre los mayoristas: si quieren comprar el jabón deben llevar también el aceite.

La réplica era fácil: el comité de gestión de las *Aceiteras Modernas* ha pedido la aprobación para instalar una jabonería. Pero el proyecto no tiene respuesta desde hace dos años, y Lesieur, que importaba sus jabones, ha obtenido el visto bueno para la instalación de una jabonería. (“*Revolución y Trabajo*” del 24 de marzo de 1966.)

He aquí entonces uno de los casos en el que una empresa autodirigida, que desde el punto de vista económico es factible, resulta dañada por una competencia privada que tiene intereses comunes con los organismos gubernamentales.

4) Papeleras y cartoneras

En las papeleras y cartoneras recientes de El Harrach –autodirigidas desde 1963, maquinaria moderna dejada en el lugar mismo por la dirección– los obreros especializados que dieron impulso a la fábrica, “han tenido la sensatez” de hacer encargos anticipados de piezas de repuesto. Hay en ella 109 obreros. Producción de diciembre de 1963: 300 toneladas; 1964: 6.700 toneladas; fines de junio de 1965: 7.410 toneladas. Dos detalles interesantes:

a) en 1965 “un presidente del comité de gestión juzgado como poco valioso en cuanto a su experiencia, fue alejado de su cargo”;

b) siempre en 1965, los trabajadores se permitieron el lujo de acudir en ayuda de otros comités de gestión que estaban en dificultades... (500.000 D. A. (dinar argelino) en total, es decir 50 millones de francos antiguos).

Más allá de estos gastos, en 1964 han depositado 370.000 D. A. en el Fondo Nacional de Inversiones (“*Revolución y Trabajo*”, n° 107, 10 de marzo de 1966). Los trabajadores de las papelerías de *El Harrach* sólo respetan la medida tomada por los decretos de marzo, puesto que entregaron dinero más por solidaridad con otros compañeros de autogestión que por el Fondo Nacional. Se comprende: al menos así saben dónde va a parar el dinero.

5) SATAC (Sociedad Argelina de Transporte Automotor en Común)

4 de octubre de 1963: nacionalización y elección de un comité de gestión de la empresa de transporte público SATAC –Transportes Coronel Lofti. (*Revolución y Trabajo*, n.º 93. 17-06-65)

Los TCL explotan 3.000 kms. de líneas(35 líneas regulares unen Argel con el interior del país), y disponen de 137 vehículos de los cuales 32 han sido adquiridos por el comité de gestión. La empresa presenta un beneficio neto de 540.000 D. A. Hasta el ministro de transportes, Zaibek, declara:

“Ustedes acaban de probar que la autogestión es un éxito, tengan siempre confianza en ella”.

Los trabajadores y la clase dirigente

Hemos comparado los informes presentados por cuatro congresos. Los precongresos de los trabajadores de la tierra de Blida, de Tiaret, de Argel y el Congreso General de la Federación de los Trabajadores de la Tierra (los informes de este último en “*L’Algérie caporalisée*”, de Daniel Guérin).

Resumamos las críticas hechas por los mismos trabajadores, que demuestran su grado de conciencia.

Primeramente las críticas al arrivismo, el de los pseudopresidentes de comités de gestión, el de los pseudodelegados a esos mismos congresos, que desembocan finalmente en una crítica a la comercialización burocrática por parte de los SAP (ver más arriba) y en una crítica a la tutela ejercida sin capacidad por la Oficina Nacional de la Reforma Agraria (ONRA).

“Los funcionarios de la ONRA vienen en automóvil y nos dicen que ya no hay dinero para emplear a los obreros sin trabajo... Hermanos, yo soy delegado del pobre obrero, no del ministerio de Agricultura. Esta federación debe ser la federación de los obreros de la tierra y no la del

ministerio de Agricultura.” “El obrero es perseguido por la SAP. Nosotros trabajamos más que ellos, desde el alba hasta las 9 de la noche, y somos nosotros los que alcanzamos el socialismo que ellos quieren destruir.” “Es necesario que la ONRA y los encargados de gestión pongan fin a sus intervenciones en las cuestiones de los obreros.”

Pero la crítica se hace todavía más amplia: se proponen medidas que indican que algunos delegados han visto el peligro de fisura entre la autogestión y el campesinado pobre:

“Titularización de los obreros ocasionales después de los seis meses de su presencia en un establecimiento” (para evitar los “obreros temporales de por vida” sin derechos de autogestionarios). “Ayudar a los campesinos pobres que tienen 5 hectáreas.” “Crear uniones de campesinos y cooperativas de consumo, lo cual permitiría eliminar a los especuladores. Alianza de los obreros de las ciudades con los del campo para luchar contra los *nuevos colonos*.”

Y el problema del poder:

“El punto importante, hermanos, es que hay que establecer *un control estricto sobre todos*, desde el obrero hasta Ben Bella”. “Queremos un sindicato revolucionario y fuerte que imponga, nuestras propias decisiones.” (Entrevista con “*Revolución Africana*”, 7 de agosto de 1965.)

El problema de la planificación federalista ha sido captado rápidamente, y desde marzo de 1964 un editorial de “*Revolución y Trabajo*” declaraba:

“En la hora actual cada unidad de producción vive sus problemas particulares; las perspectivas de una solidaridad activa de la que se desprenda una acción positiva concertada, quedan en consecuencia limitadas; pues bien, es por medio de la unión estrecha entre ellos que los comités de gestión podrán encarar los problemas en escala nacional. Del próximo congreso de la autogestión industrial debe surgir necesariamente un organismo permanente.”

Un folleto firmado por el “*Comité de Defensa de las conquistas de la Revolución Socialista*”, que circulaba por Argel en los días siguientes al 19 de junio, declaraba:

“No se puede pretender construir el socialismo manteniendo los privilegios de una minoría de burgueses y burócratas que sacan su opulencia de la miseria del pueblo. Para realizar el socialismo hay que desarrollar la autogestión, dar la tierra a los que la trabajan, hay que expulsar a todos los patrones, suprimir todos los privilegios (...). Obreros, campesinos, pobres, funcionarios:

- organicen el control obrero de la producción capitalista.
- impidan todo menoscabo a los decretos de marzo.

- apodérense de las tierras de feudales y distribuyanlas." ³⁷

Pero la crítica de conjunto más dura, por el hecho de ser global, fue la de un delegado al congreso general de los trabajadores de la tierra:

"Hermanos, 63 comités de gestión me han encargado que diga que estamos todavía colonizados por los burgueses."

¿Quiénes son estos burgueses? Dejemos de lado la pequeña burguesía para ocuparnos de la acaudalada. Las cifras sobre este punto son raras. Chaliand estima que 25.000 grandes propietarios poseen más de 50 hectáreas. Un folleto del ORP (*La Revolución socialista triunfará en Argelia*, p. 22) habla de 8.500 grandes propietarios de más de 100 hectáreas sobre 2.800.000 hectáreas. Antes de la independencia existían 8.499 propietarios musulmanes (más de 100 hectáreas) que poseían un total de 1.688.800 hectáreas.

En la industria, 7.000 a 8.000 empresas argelinas emplean mano de obra asalariada. La cifra de 8.000 familias (sobre 10,5 millones de habitantes en 1964) que acaparan al aparato de Estado y al ejército, anticipada por el ORP en su folleto, debe de estar bastante cerca de la verdad. Según la misma fuente, esas familias absorberían del 35 % al 40 % del beneficio nacional. La cifra parece enorme. No obstante, cuando se considera conjuntamente la pobreza del beneficio nacional (no se incluyen, evidentemente, los beneficios que reportan los capitales extranjeros), la escasez del consumo de los campesinos y de los desocupados, y el derroche inaudito de la actual clase dirigente, uno se pregunta si esta cifra no es exacta (el ejército solo gastaría 1/3 del presupuesto).

Ello explicaría que las únicas inversiones en este momento sean hechas o directamente por el extranjero (p. ej. EE. UU. para la SONATRACH) o por el ejército. En cuanto al resto, las sumas proporcionadas por los presupuestos desaparecen misteriosamente. Existen clases dirigentes que realizan inversiones. En Argelia no.

Comparemos estas cifras con las proporcionadas por Chaliand para el aparato de Estado al 1° de abril de 1963. Él contaba 70.000 personas, entre las cuales había:

- a) 13.729 funcionarios franceses.
- b) 22.182 cuadros argelinos salidos de las escuelas de administración colonial.
- c) 34.097 cuadros FLN.

Pero para la distribución se tenía:

- 1) cuadros de elaboración y de decisión: 43 % categorías A y B contra 57 % FLN;

³⁷ Citado por Prioré, "*Lutte des classes et. syndicalisme en Algérie*", 1965.

2) cuadros de gestión: 77 % categorías A y B contra 23 % FLN;

3) cuadros subalternos: 15 % categorías A y B contra 85 % FLN.

El poder de decisión y de ejecución pertenecía entonces a algunos FLN, rodeados de muchos burócratas profesionales.

Por otra parte, la etiqueta FLN está lejos de significar aunque más no sea una vaga opción revolucionaria, puesto que según los informes oficiales mismos, el partido FLN no existe verdaderamente todavía. Los FLN de los cuadros subalternos son entonces individuos que han entrado al partido para tener un puesto de chupatintas.

Chaliand estimaba el conjunto de la clase dirigente en 50.000 personas. Teniendo en cuenta dobles y triples empleos, esa cifra debe llegar y corresponder a 8.000 familias, encarando a la familia en el sentido amplio que tiene en Argelia (¡e incluso en Francia entre los dirigentes!)

Ahora bien, esta clase no ha cambiado de Ben Bella a Bumediene, contrariamente a lo que ciertos teóricos querrían hacer creer.

Un líder trotskista, “Abdelkrim” Pablo, presenta así las posiciones del ORP:

“De un documento programático del ORP, muy interesante, que circula actualmente en Argelia entre los cuadros, se desprende claramente la impresión de que el alto nivel ideológico de su dirección lo alejará de errores fatales...

“La línea general de los revolucionarios socialistas pretende en consecuencia que la Revolución argelina retome su marcha hacia adelante, amenazada por la confiscación, el estancamiento, el retroceso, por la acción de las castas burocráticas. Ella pretende defender las conquistas de la Revolución socialista tanto como de la Revolución nacional y democrática. Antes del 19 de junio... el poder a pesar de sus debilidades, aplicaba hasta cierto punto una orientación conforme a estos dos objetivos.

“Es por eso que, en su mayoría, los revolucionarios socialistas apoyaban todavía a ese poder de Estado que, por el contrario, era combatido abiertamente por la burguesía reaccionaria unida a la reacción exterior.”

Así, antes del golpe de Estado en Bumediene, el Estado era más bien revolucionario; después del golpe la situación se invertía; el Estado se hacía burgués; la posición que debían tomar los “revolucionarios socialistas” resultaba clara: antes del golpe de Estado, habían apoyado (en caso de necesidad “críticamente”) al nuevo Estado argelino. Después del golpe de Estado, pasaban a la oposición. Desgraciadamente, esta oposición entre la línea del Estado argelino de Ben Bella y el de Bumediene es insostenible.

He aquí dos citas particularmente significativas:

“El ANP es el instrumento esencial de este Estado (...) Podremos pues afirmar que en este segundo año de independencia nuestro ejército está a la altura de nuestro pueblo, y también de nuestras esperanzas, y que no lo hemos considerado jamás como un peligro para nuestros amigos. Hacemos nuestro el proverbio que dice: Una revolución sin partido es como un rebaño sin pastor.” (Discurso de Ben Bella, 1-11-64.)

“Hoy, el ANP está unificado: esta unidad lo refuerza y lo vuelve capaz de vencer todas las dificultades que queden por superar y sobre todo las fuerzas retrógradas que se alzan en el camino de la Revolución (...) Nuestros cuarteles son colmenas de esfuerzos, de disciplina, de engrandecimiento...” (Declaración del ministro Bumedienne a *El Djeich* en la misma fecha.)

A través de las metáforas agrarias de los líderes se vislumbra la línea política misma, la de un “socialismo de cuarteles”. El negarse a ver la unidad de la represión por el desarrollo del Estado argelino conduce a organizaciones como el ORP a opiniones de este tipo:

“Un cierto número de medidas positivas han sido tomadas por el nuevo poder en el dominio económico y social, en base al plan de la lucha antiimperialista y al plan de las libertades democráticas”.

Advierte que las relaciones URSS-Argelia se mantenían y que el poder “evolucionaba hacia la izquierda”, en conclusión, llama a “una solución democrática y pacífica a la situación creada por el 19 de junio”, por medio de “luchas legales” (*La Revolución Socialista*, revista teórica del partido de vanguardia ORP, 1967, n.º 1).

El sabotaje de la autogestión se vuelve más evidente con muchas otras cosas, y hay que ser ciego para no ver que, de 1962 a 1968, es el Estado argelino, el mismo de antes, el que se refuerza, compuesto por el mismo personal técnico, dirigido por las mismas categorías sociales.

“Desde el punto de vista económico las medidas de interés nacional tomadas por el régimen están lejos de ser desdeñables (...) Si hubiese que caracterizar el balance del nuevo régimen valiéndose de una fórmula, nosotros diríamos que el coronel Bumedienne está en camino de construir el Estado”, reconoce Chaliand (“*Partisans*”, julio-setiembre de 1966)

Todo esto antes de preguntarse cándidamente:

“Se trata ahora de saber qué uso se hará de las estructuras puestas en su lugar”.

De esta manera se ha llegado a la siguiente conclusión:

“¿Cuál es el poder ejercido por los que producen? Ninguno, ni siquiera en el sector autodirigido” (Informe de la UGTA, mayo de 1966).

¿Es decir que no ha pasado nada, que la autogestión era justamente una palabra en los discursos oficiales?, ¿”a imitación de los yugoslavos”? ¿Pero por qué imitar a los yugoslavos, por qué jugar con fuego? Es un tema peligroso el de la autogestión.

Ha existido una lucha por la autogestión, con realizaciones concretas. Todos están de acuerdo en admitir que ella ha nacido espontáneamente de una necesidad económica. El empeño que se ha puesto en oficializarla, en ahogarla, y luego en reprimirla, demuestra la importancia que le han atribuido sus enemigos. Y sus enemigos, del principio al fin, ha sido aquellos que los trabajadores argelinos denunciaron violentamente con la etiqueta de “burócratas”, es decir, el Estado argelino.

Por cierto, el sector autodirigido no ha constituido en todas partes un éxito económico; la autogestión sobrellevaba dificultades técnicas que ya hemos señalado. Pero, paradójicamente, los males que se auguraban si la autogestión se extendía sin control del Estado, o sea, la desorganización económica, el saqueo individual, el feudalismo, es el mismo Estado argelino el que los despliega a los ojos de todos a medida que se fortalece. La mayoría de los argelinos están actualmente hastiados de su Estado. Únicamente el ejército y la policía (en particular la *Súreté* nacional) son numerosos y están bien equipados; frente a ellos, la población sangra por una guerra de ocho años.

Existen también embaucadores de todas clases que han hecho correctamente su trabajo confusionista. Ha habido confusión ideológica en el FLN antes de la independencia, pero menos de lo que generalmente se ha dicho; la carta de Argel manifestaba:

“El principio esencial del período de transición es que los mismos medios no pueden ser puestos indiferentemente al servicio de cualquier fin. No se puede desarrollar una sociedad nueva a partir de métodos y estructuras que forman parte del desarrollo capitalista. Ahora bien, el principio de división de la sociedad en esferas dirigentes que aprietan y masas que ejecutan, es el principio mismo de la sociedad capitalista”.

Partiendo de allí se podía ir lejos, pero ¿cuántos aprobaban verdaderamente ese pasaje de la carta de Argel? Muchos creen todavía que el Estado podría ser conservado junto a la nueva sociedad en desarrollo, a la autogestión, y que ésta, sin combatirlo directamente, podría vaciarlo poco a poco de su contenido autoritario. En consecuencia, han aceptado sin protestar que el Estado naciente legalice a la autogestión, que le asigne “sectores” donde ella esté “en su derecho”. A cambio, ese Estado ha podido consolidarse sin tropiezos graves.

Pero, ¿puede consolidarse y conservarse un sector autodirigido sin atacar todo lo que no está autodirigido? La táctica de los “baluartes del socialismo” es una táctica defensiva, no vale nada; la autogestión no se puede poner en conserva, tampoco el anarquismo; ambos se pudren de esa manera. La autogestión sólo podía extenderse o decaer y no podía extenderse más que enfrentando al Estado. Lo más pronto posible habría sido lo mejor, pues desde el momento mismo que se crea un Estado él no cesa de fortalecerse. El trabajo de grupos revolucionarios era, por medio de la difusión de informaciones reales, acelerar la toma de conciencia colectiva de esta idea: no existen los “malos” burócratas y los “buenos” funcionarios de Estado, no hay coexistencia pacífica posible con el Estado; su vida es la muerte de la Autogestión.

Sabadel

ALGUNAS CONCLUSIONES

En varios números hemos publicado artículos sobre los movimientos relacionados con la autogestión. Presentamos aquí un intento de conclusión.

Las mismas ideas son expresadas muchas veces de modo diferente sin que se señalen con exactitud importantes matices; de allí la energía de ciertas polémicas aparentemente ociosas: se discutirán expresiones como autogestión, control de la economía por parte de los trabajadores, poder obrero, consejos, soviets; no hablemos de términos más comunes sino todavía menos claros, como colectivización, socialización o cooperativismo.³⁸

Lo que queremos significar con la palabra autogestión es el hecho de que las clases actualmente sin poder –obreros, campesinos, empleados– están capacitadas para dirigir la economía (y en consecuencia también la sociedad) sin intervención de clase dirigente alguna (formada cada vez más por técnicos cuyas ideas políticas ceden el paso al puro intento de consolidar su dominio de clase); esta gestión, que se organiza *globalmente*, está fundada en una apropiación colectiva *directa*, de las unidades de producción (o de trabajo) de base.³⁹

Según las preferencias y estando de acuerdo respecto al contenido puede llamarse a lo anterior, el control obrero, los consejos, los soviets, una unidad económica libremente formada y federada. En cualquier caso, no

³⁸ Es importante definir aunque sea esquemáticamente estos ilustres conceptos: La colectivización posee dos sentidos principales: a) para los marxistas es una economía enteramente regida por el órgano de la colectividad (el pueblo), es decir el Estado; b) para los anarquistas cada grupo económico se organiza de acuerdo a su voluntad en colectividades que se ordenan federativamente de abajo hacia arriba, sin cuerpos que dominen. La socialización tiene el mismo sentido que la colectivización, con las mismas divisiones ideológicas (para los marxistas, la estatización tiene también el mismo sentido). El cooperativismo puede entenderse en tres grandes sentidos: a) para los capitalistas es la manera de prometer el socialismo sin dar gran cosa; b) para la izquierda constituye la forma de iniciar el socialismo y competir legalmente con el capitalismo; c) en un periodo revolucionario, los revolucionarios denominan generalmente a la colectivización, cooperativismo, para no asustar a los capitalistas (que frecuentemente están más al corriente de la realidad y de lo que resulta temible que los revolucionarios mismos). En cambio, toda medida de tinte vagamente social es celebrada por el capitalismo como un paso hacia el cooperativismo.

³⁹ Pannekoek: "Los consejos obreros son la forma de organización del periodo de transición durante el cual la clase obrera lucha por el poder, destruye al capitalismo y organiza la producción social" (citado en "Cahier de discussion pour le socialisme ¿Les conseils, n° 6, septiembre de 1965).

Malatesta: "La revolución como nosotros la queremos debe ser el comienzo de la participación activa, directa y verdadera de las masas, es decir, de todos en la organización y la gestión de la vida social".

Kropotkin: "La participación del pueblo en la revolución debe ser positiva al mismo tiempo que destructiva, pues él sólo puede conseguir reorganizar la sociedad sobre bases de igualdad y libertad para todos. Delegar este deber en otros sería traicionar la causa misma de la revolución".

se trata de una utopía destinada a realizarse más tarde, al llegar el tiempo de la calma y una vez hecha la revolución, sino de un movimiento real, expresión material de las clases explotadas, llevado a cabo en el período de organización de la revolución, en plena crisis; dicho de otra manera, en el famoso “período de transición”.

No queremos decir que los Consejos obreros y la Autogestión estén limitados al período de transición; solamente deseamos insistir sobre el siguiente aspecto: la crítica materialista a la sociedad capitalista casi siempre es común a todos los revolucionarios; igualmente, los grandes lineamientos de la sociedad futura (Estado comunista) son teóricamente comunes a todos ellos (hasta los stalinistas pueden decir: “en el fondo, nosotros y ustedes, los “anarquistas”, estamos de acuerdo...”). Sólo que, entre el Purgatorio de hoy y el Paraíso de mañana, hay que afrontar el Infierno: la crisis; hay un período llamado de transición; el fortalecimiento del Estado “al servicio del pueblo” sólo conduce a la cristalización de una nueva clase dirigente de antiguos burgueses y de nuevos arrivistas ex trabajadores, y el debilitamiento paulatino del Estado no tiene ninguna justificación histórica o teórica⁴⁰ mientras que la intervención de los explotados en todos los asuntos sociales es lo que siempre propició la generalidad de los representantes de la autogestión.

Los ejemplos históricos

Los primeros movimientos de gestión obrera aparecen en Rusia en 1905. A continuación tenemos el de Ancona en Italia en 1914 (con presencia de los anarquistas) y los numerosos y vigorosos movimientos que siguen a la primera guerra mundial: espartaquistas en Alemania, obreros húngaros, rusos (soviets de 1917) e italianos; en América latina, los “ejidos” mejicanos (comunidades agrarias). Todas estas experiencias no duraron más que algunas semanas. Los ejidos no tuvieron un verdadero desarrollo hasta 1936.

El período 1918-20 asiste a la elaboración teórica de estos movimientos que nadie había previsto. Aparte de Lenin que los subordina al partido, la mayoría de los pensadores los aprecian en todo su valor: Volin en Rusia; Fabbri, Malatesta, el marxista –heterodoxo en este momento– Gramsci en Italia; el marxista, ideólogo del comunismo *consejista*, Pannekoek en Holanda.

La segunda guerra mundial está precedida por el movimiento español de 1936-39. La preguerra está caracterizada por movimientos rápidamente reprimidos en Francia (fábrica Berliet), Polonia, Bulgaria. Estos intentos

⁴⁰ “Cuando un hombre ha llegado a la vejez, camina hacia su fin: lo mismo ocurre con un partido político. Cuando las clases desaparezcán, todos los instrumentos de la lucha de clases, partidos políticos y maquinaria de Estado, al no tener ningún papel que cumplir, al no ser ya necesarios, decaerán gradualmente, acabarán su misión histórica y la sociedad humana alcanzará un estado superior.” (La Palisse o Mao-Tsé Tung, “*De la dictature démocratique populaire*”, 1949, escritos escogidos, ed. Máspero, 1967.)

tienen también una duración muy restringida, salvo en España (julio 1936/marzo 1939, pero en realidad agosto de 1936/diciembre de 1938). En Méjico, los ejidos continúan existiendo –actualmente incluso– pero sufren una fuerte competencia por parte del sector privado.

Más recientemente, tenemos a Yugoslavia hacia 1950, Hungría en 1956 y Argelia en 1962.

Este catálogo histórico no pretende ser completo; nos permite simplemente sacar algunas consecuencias.

Los hechos precedieron a la teoría:

– cuando el capitalismo ya no asume la responsabilidad de la producción (crisis económica o política; con referencia a Yugoslavia, ver más adelante) espontáneamente, sin que haya habido propaganda en este sentido, el proletariado toma la dirección de las fábricas;

– toda una serie de movimientos de 1917 a 1936 son la consecuencia de la crisis mundial. En Israel, Yugoslavia, Hungría y Argelia se trata de crisis más delimitadas;

– la espontaneidad no sobrepasa ciertos límites de tiempo y espacio, la elaboración de la teoría es su prolongación inevitable. En efecto, la teoría pone el acento sobre dos planos: políticamente, defender los triunfos alcanzados a través de la posesión de los medios de producción; económicamente, asegurar los intercambios entre las fábricas, su abastecimiento, el de la población, etcétera...

Nos parece que de este análisis pueden extraerse dos comprobaciones: de manera espontánea el proletariado puede llevar a cabo la autogestión; al igual que la revolución y la organización, la conducción a largo tiempo dependen de un plan, de una visión de conjunto; en la faz práctica encontraremos países donde la propaganda de la autogestión se conjugará con la aparición espontánea de esta idea en el proletariado gracias a la crisis.

Cuatro ejemplos privilegiados

Después de una crisis económica (por ejemplo después de 1929) y de un golpe de Estado político y muchos años de propaganda en favor de la colectivización (sobre todo anarquista y en parte socialista), los obreros y campesinos españoles toman posesión de fábricas y tierras en numerosas regiones. La masa está preparada, la colectivización se aplica de abajo hacia arriba y es convalidada al principio por los gobiernos de Madrid y Barcelona. Los sectores colectivizados son los del transporte, industria pesada, agricultura.

Tras una crisis económica y política en Palestina, mediante una propaganda en favor del colectivismo, se crean barriadas económico-militares; cuando Israel se constituye políticamente los *kibutz* se hallan compuestos por nacionalistas que se someten enteramente al Estado, al que por otra parte, jamás cuestionaron. El sector colectivizado es el de agricultura y el de algunas industrias instaladas posteriormente.

En Yugoslavia, después de una crisis política (ruptura con el *Komintern* y liquidación de la oposición interna) y económica (suspensión del comercio con el resto de los países socialistas), sin que haya mediado una propaganda colectivista, el Estado instaura la autogestión a fin de asegurar una base social. El sector colectivizado corresponde a los dominios modernos de la agricultura y la industria.

En Argelia, en seguida de una crisis política y económica (guerra y éxodo de los colonos), sin propaganda previa, los *fellahs* se apoderan de las tierras y el gobierno reconoce la situación. Se colectivizan el sector moderno de la agricultura y algunos sectores de la industria (8 % de los trabajadores).

En base al *plan general*, parecen desprenderse tres lecciones:

En España, en julio de 1936, el presidente de la Generalidad de Cataluña (órgano regional del gobierno central), Companys, ofrece a los trabajadores y a los anarquistas, todavía en armas y que acaban de vencer a los fascistas, que opten entre su dimisión o su permanencia en el cargo. Los anarquistas aceptan que el organismo de Estado continúe, aunque con participación de ellos. En mayo de 1937, la policía y las tropas de dicho organismo atacan a esos mismos trabajadores y anarquistas, intentando notoriamente conquistar la central telefónica de la ciudad, que en ese momento se hallaba autodirigida.

En Alemania, algunos consejos dejaron en su lugar a los organismos del Estado, provisoriamente inofensivos. Semanas más tarde, éstos habían reunido sus amedrentadas fuerzas y se encontraban listos para la represión más sangrienta.

En Argelia, un aparato estatal desde el principio ineficaz había aceptado la autogestión, pero una vez fortalecido no duda en tratar de suprimirla por la fuerza: en El-Achour (Mitidja) interviene el ejército, confisca los fondos y pone en la calle a 3.000 obreros agrícolas. En estos últimos tiempos se habría fusilado a los "cabecillas".

La coexistencia constituye un engaño. Si se quiere suprimir el aparato estatal hay que hacerlo en los primeros días, violenta y sistemáticamente. Esperar a ser más fuerte que él para afrontarlo no es realista, pues él está a merced nuestra sólo por poco tiempo.

Tolerarlo por “democracia” es tolerar la opresión de algunos en nombre de todos: el Estado no es una opinión política, es un sistema de represión.⁴¹

Lo mismo ocurre en lo concerniente a la limitación a un solo sector económico. En Argelia, el reconocimiento legal de la autogestión ha tenido como consecuencia hacer de ella un sector totalmente delimitado dentro del cuadro casi sin cambios de la colonización según el último estilo (*Plan de Constantine*).

La coexistencia de un vigoroso sector privado unido a un sector estatal con el sector autodirigido conduce al debilitamiento, en última instancia, de éste, que debe necesariamente integrarse con las leyes del mercado capitalista (el deterioro es tan “conscientizado” que aquí los burócratas de Estado son con frecuencia, ellos mismos, nuevos propietarios terratenientes o industriales).

Para las grandes propiedades cuyos dueños son burgueses argelinos, nada ha cambiado. No ha cambiado nada tampoco en cuanto a las miserables parcelas de los *fellahs*. Autodirigir las tierras de los colonos permite encubrir la explotación por parte de los argelinos y desviar la atención de los beneficios alcanzados por la nueva clase argelina (eso permite hacer pasar decretos de restitución de dominios a sus antiguos propietarios). En resumen, la persistencia de las leyes del mercado explica en gran medida que las empresas autodirigidas, aisladas, lleguen a competir entre ellas y se integren por último al capitalismo. Esta tendencia de las empresas es todo lo contrario del federalismo. En éste ya no se trata de que ellas logren los máximos beneficios posibles, en detrimento de los demás consejos de fábrica.

Es la reaparición del arrivismo capitalista, pero con la diferencia de que ya no hay *un* propietario sino decenas, aunque con una capacidad idéntica.

“En Barcelona, y en casi todas las ciudades, en los centros industriales de Cataluña, cada fábrica fabricaba y vendía sus productos por cuenta propia, cada una buscaba sus clientes y los disputaba a la fábrica rival. Un neocapitalismo obrero había nacido... En el comercio, el mismo neocapitalismo se manifestaba en una escala mucho mayor. En las fábricas y empresas que estaban en manos de los sindicatos, la producción aumentó, o por lo menos no hubo déficit; en la medida de los recursos disponibles, el rendimiento era allí cada vez mayor. Además, no existió la inmoralidad de que los salarios fuesen dos o tres veces superiores en base a las materias primas disponibles y al talento comercial que se poseyera”...⁴²

⁴¹ "Al dejar a todos los partidos y organizaciones políticas plena y entera libertad de comunicar sus ideas el ejército de los rebeldes majnovistas cumple con prevenir a todos los partidos de que no podría admitirse ninguna tentativa de preparar, organizar e imponer a las masas trabajadoras una autoridad política por no tener tales actos nada en común con la libertad de ideas y de propaganda. Ekaterinoslav, 5 de noviembre de 1919 –Firmado *Consejo Revolucionario Militar del Ejército de los Rebeldes Majnovistas*. (Citado por Volin. p. 601).

⁴² G. Leval, "*L'attività sindacale nella trasformazione sociale*".

En Yugoslavia se había señalado que el Estado patrón alentaba la competencia entre las empresas “autodirigidas”. La autogestión reducida a la fábrica es pues sólo una caricatura que no cambia para nada al sistema. Habrá que llevar a cabo una gigantesca tarea de planificación federalista para permitir un desarrollo socialista de la economía, así como un gran trabajo de acopio de datos estadísticos accesibles para todos.

Para concluir con estos tres puntos, en la medida que el golpe inicial y la lucha armada destruyan al Estado y a la clase pudiente, la autogestión tendrá oportunidad y necesidad de extenderse y organizarse, lo que es esencial para su mantenimiento y su éxito definitivo.

Lecciones técnicas

Como las experiencias de autogestión no han pasado nunca de algunos pocos años (siempre muy agitados), los problemas que vamos a ver ahora resultan harto hipotéticos. Sin embargo, consideramos que son problemas fundamentales para la autogestión.

A) Economía

El capital inicial y su reembolso, la propiedad de la tierra y de los medios de producción

En España, muchas colectividades con recursos económicos sensiblemente idénticos tomaron un camino diferente como consecuencia de la existencia o ausencia de capitales.

La necesidad de un fondo común se hace evidente si se piensa en ciertos pueblos de Aragón en los que no se colectiviza sino la miseria. El problema de la integración y amortización del capital, de la gestión inicial y del reembolso del capital prestado, han sido los escollos de las experiencias autogestionarias que hemos considerado. Notemos también que este problema conmociona incluso a los economistas “soviéticos” (discusión Libermann). ¿Debe darse a las unidades de producción participación en los “beneficios” (excedentes) que ellas logren? Si la respuesta es afirmativa se presentan dos casos: o bien la empresa reinvierte sus ganancias, transformándose en empresa rica con trabajadores mejor remunerados, o bien presta sus excedentes monetarios con un interés, y entonces se comporta como capitalista colectivo. En los casos que hemos estudiado siempre se hacía sentir la necesidad de un banco (central, regional...) para financiar las primeras gestiones de las unidades autodirigidas, como régimen socialista; como régimen de autogestión generalizada, nos parece que habría que superar inclusive la idea del crédito gratuito del banco mutal de Proudhon. La colectivización total de la economía debería acarrear la apropiación colectiva de los excedentes

de la producción y su aplicación sujeta a las decisiones de los órganos centrales; aplicación que puede (sin obligatoriedad de reembolso) llegar no solamente a las empresas “pobres” sino a las no “productivas” (hablando en términos capitalistas) y de interés local, regional, general, cosa que superaría la perspectiva de la simple empresa. No se pueden proporcionar recetas para el futuro pero debemos señalar una ambigüedad: nuestra crítica a las apariciones y desapariciones de las experiencias autogestionadas por el Estado y el sector privado de común acuerdo, no debe hacer creer que nos fundamos teóricamente en toda injerencia de la colectividad en la gestión de una unidad de producción delimitada; subrayemos, pues, a propósito del problema de las gestiones iniciales de las empresas que tanto preocupa actualmente, que nosotros no concebimos al sistema autogestionario como la federación y el encaramiento de los intereses particularistas; nuestro modelo no es un nuevo feudalismo industrial. Señalemos todavía, no obstante, que las medidas “institucionales” no nos parecen agotar el problema; probablemente la solución debe buscarse en la “reestructuración socialista del hombre” de la que habla W. Reich: terminar con los estados neuróticos como cosa previa al surgimiento de una ética socialista, cooperativista, autogestionaria. Pasado un espacio de tiempo, el hombre tomará en cuenta la evolución económica y social de la colectividad, lo que ya implicará un control y la posibilidad de autorizaciones, punto que profundizaremos más adelante.

La supresión de la propiedad de la tierra y de los medios de producción debe obtenerse con rapidez para evitar equívocos como el de 1936-39, período durante el cual los antiguos propietarios llegaron a entablar juicios para expulsar a los colectivistas de “sus” tierras. Una medida de tipo radical suprime la dualidad entre economía colectiva y no colectiva, cosa que, por otra parte, sólo se consigue por la fuerza.

En Israel, el fondo judío que adquirió las tierras fue el que adelantó dinero a los kibutz. En Argelia, el problema no se encuentra en la agricultura, en la que únicamente el sector moderno ha sido autogestionado; la situación sería muy distinta si el movimiento autogestionario se hubiese desencadenado en el sector tradicional (pobre), entre los pequeños *fellahs*. En ese caso se habría impuesto una armonización de los diferentes sectores. El endeble sector autogestionado de la industria ha asistido al desarrollo de una verdadera ayuda mutua entre fábricas prósperas y las que no lo eran.

B) Social

a) Planificación, autorización, clausura y traslado de fábricas.

Todas estas medidas fueron aprobadas en el Plenum económico de Valencia en enero de 1938; la CNT se encontraba entonces en pleno delirio reformista y el derecho a la revocabilidad y a las elecciones libres y responsables había sido escarnecido y no estaba previsto en ninguna parte.

Pero si faltaba el derecho a la revocabilidad, las otras medidas permanecían en todo su vigor: los problemas de construcción de represas hidráulicas y de tratativas con los habitantes de las futuras poblaciones irrigadas, las clausuras y las concentraciones de fábricas, los desplazamientos de mano de obra y los cambios de oficio, estarán siempre presentes allí puesto que siempre existirán imperativos económicos.

b) Las federaciones industriales

El problema se presenta en España; una vez que ocurre el hecho de la colectivización, uno se da cuenta de que los transportes, por ejemplo, pertenecían a muchos sindicatos diferentes pero que, precisamente como organismo que podía disponer y suministrar vehículos, no existía; la organización sindical modelada en base a la vieja organización capitalista ya no satisfacía las nuevas necesidades. La nueva organización ha sufrido el mal de no superar los viejos cuadros.

c) Fatiga de la organización e indiferencia

El desarrollo de un elemento de dirección ocasiona con frecuencia una fatiga que provoca a su vez la indiferencia de la base: en los kibutzim se comprobaba:

“una tendencia de la asamblea general a volverse pasiva en lo concerniente a las decisiones económicas desde que la complejidad de esos problemas había llegado a tal punto que era necesario tener conocimientos especiales para poder juzgarlos”. (*Noir et Rouge*, N° 23.)

Idéntico problema se plantea para una cooperativa obrera de régimen capitalista:

“Discutir eso (el balance de fin de año) es algo que nunca sucede ya que es muy difícil para nosotros que no tenemos los conocimientos necesarios”. (Encuesta radiofónica sobre las asociaciones, enero de 1964.)

Es cierto que la separación, normal en una sociedad capitalista, entre “problemas técnicos” y “problemas políticos”, priva considerablemente de interés a los primeros, pero también lo es que sin la transmisión y el desarrollo de los conocimientos técnicos para todos no se puede hablar de autogestión. Se pueden igualmente encarar soluciones de organización (rotatividad de los equipos de gestión).

d) Incitación al trabajo y diferenciación salarial

Los marxistas que ejercen el poder han resuelto el problema, desde 1918, retomando el sistema capitalista de la diferenciación de salarios y ofreciendo a los técnicos indispensables pagarles generosamente. La misma situación encontramos en Argelia, donde los contadores y mecánicos eran los más solicitados; en algunos establecimientos donde la igualdad de salarios era completa ellos partieron hacia el sector privado (evidentemente, si se hubiera suprimido a éste...) En España, el congreso económico del que ya hablamos mantuvo las diferencias aunque reduciéndolas. De cualquier manera, los oficios estaban lejos de reportar todos el mismo beneficio.

Dejamos de lado el problema de los técnicos superiores, de la investigación científica, etc., que no se plantea inmediatamente en los primeros años de una revolución. (Aquí habría que profundizar la cuestión del problema educativo.)

Y ahora uno puede preguntarse: ¿hay que “hacer algo” por la autogestión? Si se trata de sólo un grupo aislado autodirigido carece de sentido mantenerlo, salvo en el caso de que se esté dentro de él: recientemente los trabajadores de la fábrica Pinno-Pax (máquinas de coser) de los suburbios de Lieja, al ver su fábrica cerrada por efectos de una quiebra fraudulenta de la dirección, la hacen funcionar ellos mismos; el ejemplo es inmediatamente tomado por las centrales sindicales y las revistas progresistas; los de la fábrica han hecho lo que ellos querían hacer. (ICO marzo de 1938.)

Pero sería estúpido pensar que una propaganda en pos de la autogestión va a conducir a la revolución. La información sobre la autogestión debe integrarse a una información sobre el capitalismo aquí, hoy, es decir, sobre el desarrollo del sistema de explotación y sobre la forma en que hasta ahora la clase dirigente ha controlado bien o mal ese desarrollo.

Resultaría útil también, y posible, comparar los puntos de vista de cierto número de minorías revolucionarias que están a favor de los Consejos obreros y del Control obrero, etc. (ver al principio nuestro párrafo sobre los diversos términos) y considerar si verdaderamente hay diferencias. Informar e informarse, aclarar a muchos ya revolucionarios (en teoría) que no pretendemos ser los únicos, es una tarea que, si se quiere llevar a buen término y *paralelamente* a la lucha de todos los días, no será ni fácil ni carente de importancia.

Sabadell